El Pianista

Victoria Roch

EL PIANISTA

VICTORIA ROCH

Copyright© 2008 Victoria Roch
Primera edición septiembre 2015
Reservados todos los derechos

A Encarni y su madre Priscila

1

La tierra en que nacemos
como a la madre tenemos,
en ella nos refugiamos
cuando cuidado queremos.

El tren se detuvo en la vieja estación. Eloy bajó tirando de su pesada maleta llevaba su vida en ella y a pesar de tener ruedas le costaba arrastrarla. Colgada en su espalda una mochila con la ropa que nunca fue importante para él la calidad ni la cantidad. Por su trabajo necesitaba traje y esmoquin, ambas piezas las llevaba en una bolsa aparte. A veces utilizó el frac, siempre de alquiler.

Regresaba a su pueblo, Villanueva, a la casa de sus padres. No era una decisión a la ligera ni libremente tomada. Volvía para acabar sus días, el reloj de su vida tenía las horas contadas. Quería, por lo menos al final, saber exacto dónde estarían sus huesos. Que alguien se ocupara de poner su nombre en una lápida. No deseaba ser un número después de muerto, ya lo había sido toda la vida y la eternidad le parecía demasiado tiempo para seguir siendo anónimo. Y mientras llegase la hora podría ver una cara conocida, alguna sonrisa amiga. Esas eran las razones y no otras, o al menos esas eran las que se daba.

En la estación poco parecía haber cambiado: Seguía con su andén de tablas con cubierta de uralita; un par de asientos de madera desvencijados llenos de corazones grabados a punta de navaja, garabatos y palabras soeces. El edificio pintado de blanco ya desvaído estaba cerrado, le extrañó. Recordaba que el jefe de estación vivía en la parte trasera y solía acercar al pueblo con su coche al que llegaba sin ser esperado. Ninguna ventana estaba abierta, en el pequeño corral no pululaba ni una gallina. Suspiró resignado, tendría que andar unos cinco kilómetros hasta llegar al pueblo. Pensó en llamar a Encarna y

que fueran a recogerlo, no quiso hacerlo por no empezar su vuelta dando problemas.

Avanzó arrastrando su vida de vuelta a casa, tirando de la maleta por la carretera recién asfaltada agradeciendo que no fuera ya un camino de tierra surcado por el paso de los carros. El día declinaba raudo, unas farolas nuevas facilitaban sus pasos iluminando el recorrido de tramo en tramo, guiándole hacia la entrada del pueblo. Llegó hasta una rotonda con un viejo arado en el centro, pensó que ninguna escultura mejor pudieron haber puesto. Tomó el desvío de la derecha, llevaba directo a la parte trasera de su casa, al corral que apenas estaba protegido por una valla de piedra de poca altura y por encima de ella dejó caer dentro la maleta y lo demás que llevaba. Suspiró tras ello y encendió un cigarrillo apoyando su espalda contra el muro, estaba tranquilo.

Un mes antes, en el hospital La Paz de Madrid, el doctor Mezquida, oncólogo, escueto y sin preámbulos le dijo.

—Tienes dos opciones, operarte y seguir todos los tratamientos de quimioterapia y radioterapia o no hacer nada. Con la primera hay posibilidades de prolongar uno o dos años más tu vida, con la segunda puede que no llegues al año. Tú decides, no creo que deba aconsejarte, es tu vida.

—Supongo que vivir unos meses más o menos a estas alturas no tiene mucha importancia. Sin operar, aparte de los síntomas que ya me explicó, qué puedo tener, ¿cómo será el final?

—El final no será bueno, ni de una manera ni de otra. Habrá que recurrir a la morfina, es lo más probable en cualquiera de los dos casos. En medicina no hay nada exacto, pero tampoco quiero engañarte, prefiero decirte lo peor y equivocarme, que es lo que deseo.

—¿Pueden atenderme si me voy a mi pueblo?

—Por supuesto, te daré el informe con las recomendaciones necesarias. En cuanto llegues lo entregas al médico, él sabrá qué hacer llegado el momento. Y siempre puedes recurrir al hospital más cercano. ¿Tienes familia allí?

—Sí, primos, hace tiempo que no los veo. Con una de mis primas sí he mantenido contacto por teléfono, es la más cercana, como una hermana. Mis padres ya murieron. Un amigo de toda la vida y algún conocido, bueno todos me conocen, aunque hace años que no voy por allí. La casa está vieja, pero es la única propiedad que tengo.

—Bien, siempre estarás más arropado que aquí. Sin familia las grandes ciudades no son buenas para vivir y mucho menos para morir.

El doctor Mezquida le dio el informe, estrechó su mano mirándole a los ojos.

—No pienses, trata de vivir como si nada fuera a pasarte. En realidad lo único diferente es que tú eres consciente de algo que todos deberíamos serlo puesto que a todos se nos puede acabar el tiempo en cualquier momento. Vive cómo quieras mientras puedas, tal que si fueras a vivir siempre y nada más debe importarte. Nada, Eloy, nada, solo vivir el tiempo de la mejor manera que te sea posible.

Eloy deambuló durante días por Madrid sin ver ni oír. Le había pedido al médico que le hablara claro, sin tapujos. No tenía a nadie que pudiese escuchar el veredicto, por tanto él y solo él pudo recibir la mala noticia, porque desde un principio presintió que era mala. Cogió varias borracheras, unas en solitario, otras en compañía más que dudosa. Huir, huir de sí mismo fue lo primero que pensó.

¿Cómo puede uno huir de sí mismo? La respuesta era fácil, pero difícil de realizar. Morir antes de la hora, no era tan valiente o quizá no era lo bastante cobarde. ¿Qué hacer? Quedarse a esperar en Madrid el final le parecía que iba a ser peor aun. Tenía amigos, pero para la fiesta y la diversión, no para acompañarle en esos momentos. La fuerza que necesitaba para seguir adelante nadie se la iba a proporcionar. Tendría que sacarla de algún sitio, ese lugar solo podría ser aquel de donde había surgido su vida. Fue su forma de huir o de no huir, de enfrentar en realidad el problema.

No se despidió de nadie, para qué. Mejor que pensaran que estaba en otro de sus viajes, a fin de cuentas de viaje se iba. A un viaje sin retorno. Cambió el número de su teléfono, el único puente entre su abismo actual y la vida despreocupada de siempre, la que dejaba, la que lo abandonaba sin dar muestras aparentes traicionando su ansia

de vida.

Un control rutinario, por una ligera neblina que le enturbiaba la vista de tarde en tarde, había dado la alarma. El resto no quería recordarlo, un calvario de pruebas y análisis. Total para nada, para llegar a la sentencia fatídica que lo condenaba sin darle ninguna oportunidad de defenderse, pues aun haciendo lo que fuese el final sería el mismo.

La casa de sus padres está en las afueras, ahora había alguna construcción nueva cercana, pero seguía estando lejos de lo que era el centro del pueblo y sin vecinos inmediatos. Bajó por la calle Mayor, llegó hasta la plaza porticada y rectangular, su prima Encarna vivía allí. Era quien tenía la llave de su casa y con quien mejor relación mantuvo siempre. Siendo cría la llevaba a la escuela a caballito, cómo más le gustaba.

Quedó parado mirando a su alrededor, el tiempo parecía haberse detenido en aquel lugar. El ayuntamiento, el casino, la farmacia, la única fonda del pueblo y las cuatro casas de los más relevantes de la villa; o por lo menos así lo recordaba. Como novedad: las papeleras de hierro fundido, los pasos de los peatones pintados sobre los adoquines, pues seguía siendo de adoquines todo el suelo de la plaza. Se preguntó por qué emborronar el pavimento si apenas cruzaba un coche.

La fuente redonda con cuatro caños con aquella extraña figura de piedra labrada queriendo representar a un leñador con su hacha. Más bien le pareció siempre que blandía una bandera, como un grito libertario en medio de un pueblo muy tradicional y de derechas.

Llamó a la puerta de su prima, ahora con timbre, antes lo hacía con la aldaba en forma de mano que seguía colgando en medio y que de tan pulida y brillante que estaba de oro parecía. La hacendosa de su prima seguro que la bruñía cada mañana. Abrió un muchacho de unos quince años.

—Hola, tú debes de ser Miguel, soy tu tío Eloy. ¿Está tu madre?

—Sí, ¿eres el Pianista?

—Sí, soy el Pianista.

Miguel le franqueó la puerta y levantó la voz al llamar a su madre, después de darle la mano muy formal.

—Vale, pasa. ¡¡Mamá, ha venido tu primo Eloy!!

—¡¿Qué dices, Eloy?! ¡Virgen Santa! ¡Pero qué milagro!

Encarna lo abrazó con alegría, lo miró y remiró, le besó cien veces y le palpó el cuerpo asegurándose de que era real.

—¡Señor, cuántos años! Desde que faltó tu padre, doce o trece.

—Va para quince, éste era un bebé y ahora ya le veo hecho un hombre.

—¡Señor, Señor! Pero pasa, pasa, anda. ¿Vienes de vacaciones? ¿Cómo se te ocurre ahora en invierno? ¿Por qué no me has llamado?

—Vengo a quedarme.

—¿A quedarte, te han jubilado?

—Trabajo por libre, Encarna, me jubilo cuando quiero. Me he cansado de andar rodando por ahí, ya estoy viejo para tanto viaje.

—Pues me parece muy bien, ya era hora, lo tuyo siempre de aquí para allá no era vida. ¡Virgen Santa! Qué lástima, con lo contentos que estarían tus padres. En fin, así son las cosas, pero me alegro mucho por tenerte cerca y que vengas para aumentar el censo, ahora en invierno somos cuatro gatos, en verano la cosa se anima. Lo que tienes que hacer es casarte y vivir un poco en orden, qué mira que has llevado mala vida. Bueno no lo digo por nada, por andar por ahí siempre solo.

—Venga, Encarna deja que deshaga la maleta antes, no vayas atosigándome.

—Eso ¿dónde la tienes, has venido con coche? Porque tú eras anticoche.

—He venido en el tren, la he dejado en el corral. He venido por saludarte y para que me des la llave.

—¡Sí, hombre! ¿Cómo te vas a meter en la casa conforme está? No piensas en nada, ahora irá Venancio y traerá la maleta, dormirás aquí hasta que tengas la casa en orden. No hay luz y agua solo la del pozo, lo di de baja por evitar gasto.

—Encarna, no necesito gran cosa, con unas velas me apaño mientras me pongan la luz. Ya iré arreglándolo todo, no tengo nada mejor que hacer.

—Eloy no me des malestar nada más llegar. Te quedas aquí y yo

estaré tranquila, si son unos días, cómo si es un mes o el tiempo que sea. No voy a dejarte vivir como un perro, hay que limpiar y lo que haga falta. Y no me discutas. ¡Señor! En el tren y sin llamar para ir a recogerte. ¿Quién te ha traído? Porque ahora ya no hay nadie allí, hace lo menos cinco años o más, ni me acuerdo.

—He venido andando, ya he visto que está todo cerrado; pero bueno, la carretera está nueva, ha dado mucho cambio la entrada del pueblo.

—A pie, eres el colmo, siempre a tu aire. Se han hecho algunas cosas en los últimos años, ya sabes que Jacinto sigue de alcalde y todos los años por las fiestas inaugura algo. Bueno, supongo que él te habrá ido contando.

Ha entrado Venancio, el marido de Encarna. Apenas le deja decir una palabra y dar un abrazo a Eloy, ha salido a recoger la maleta obedeciendo a la orden de su mujer sin rechistar. Siempre ha sido muy resuelta, a pesar de ser más joven que Eloy si iban juntos a algún sitio era ella la que mandaba, como casi todas las mujeres del pueblo, como si fuera una tradición de la condición femenina.

Dos semanas ha estado viviendo en casa de su prima. Ella y dos mujeres más han limpiado. Ya tiene el agua y la luz. Hoy por fin puede trasladarse. Venancio le lleva la maleta y todo lo que ha comprado en la tienda de comida y algunos enseres. Mucho más de lo que él creía necesitar, pero ha sido Encarna la que ha indicado qué comprar.

—Oye Eloy, a tu prima ni caso, ya la ves, tan mandona como siempre. Tú a lo tuyo, a mí me llamas para lo que quieras. Si quieres ir al café, a cazar o lo que tengas necesidad, con confianza. Ahora me voy que tengo unos hombres contratados y no quiero perderlos de vista, ¿te ayudo o te apañas con los trastos?

—Venancio no te preocupes, no tengo nada mejor que hacer, ya os he dado bastante faena, gracias por todo.

—De gracias nada, la familia está para lo que haga falta. Lo dicho, cualquier cosa que necesites me llamas. Ya tienes mi número en el móvil, así que solo tienes que apretar el botón y aquí estaré.

Abre el viejo portón, la casa perteneció a sus abuelos paternos,

tiene ya cerca de doscientos años, las paredes son de piedra y eso la ha mantenido bien conservada. Al entrar hay una sala grande que da al corral, tiene chimenea y es también el comedor, ocupa la mayor parte de la planta baja que además de eso solo tiene la cocina, una habitación pequeña y un aseo. En la parte de arriba hay un baño y tres habitaciones, una de ellas es grande, con balcón. Ha decidido ocupar esa habitación, era la de sus padres, todo el mobiliario es muy antiguo.

Está todo limpio, aunque a falta de una buena mano de pintura. Encarna la limpiaba un par de veces al año por airearla, pero hace mucho tiempo que la pintaron. Se sienta en la cama, que confronta al balcón, y queda absorto mirando el paisaje.

La sierra, apenas a un par de kilómetros más allá, es un panorama relajante y esplendoroso. Una extraña sensación lo invade. Durante estos días ha entrado y salido sacando trastos, tirando unos, quemando otros en el corral. No ha tenido tiempo ni momento a solas para contemplar y contemplarse. Ahora sí y nota el calor de las lágrimas rodando por sus mejillas, nunca ha sentido tan pesada la soledad como en este momento. Y, sin embargo tiene una sensación de acogimiento como si allí siguiera su madre. Percibe hasta el olor a jabón flotando en el ambiente, aquel oscuro jabón que preparaba con el aceite gastado.

Mil recuerdos le vienen a la mente de su niñez, de su adolescencia. De cuando se despidió para ir a Cádiz, donde le correspondió hacer el servicio militar. Del día que volvió, y cuando les dijo que se iba a Madrid a vivir y su madre lloró durante horas.

En los casi treinta años transcurridos apenas ha venido al pueblo tres o cuatro veces de vacaciones y otras tantas visitas más de fin de semana. Las últimas fueron por los entierros. Primero fue su madre y dos años más tarde su padre. Esta es su tercera visita por un entierro, solo que el muerto no será otro. Un escalofrío le recorre el cuerpo, aprieta los puños contra su cabeza con los ojos cerrados y los dientes apretados. Sacude la cabeza, respira hondo y se levanta.

Coloca la ropa en el armario y baja. De forma mecánica va poniendo todo en orden en la cocina. Luego, en el cuarto que está al

lado de la sala, ordena los pocos libros que ha traído consigo y los CD, alguno con grabaciones propias hechas a lo largo de los años. Recuerda lo que el médico le dijo: “vive como si fueras a vivir siempre”. Y decide ir a comprar un televisor y una cadena musical.

Antes de salir contempla la sala. El viejo piano vertical de la abuela Priscila, en el que él aprendió a tocar, está en el lugar que siempre estuvo, junto a la puerta que da al corral. La chimenea en el centro de la pared de la derecha y frente a ella dos sillones viejos. La mecedora donde se sentaba su madre casi al lado del piano. La recuerda dormitando, moviendo suave la mecedora sin ruido, con los ojos cerrados la sonrisa iluminándola y con las manos cruzadas sobre el regazo. Así pasaba el rato mientras él tocaba, disfrutando. Su padre en el sillón, cabizbajo, mirando al fuego. Le parece oír aquello que tantas veces repitió su padre: “el piano nos lo quitará”. Pero nunca le dijo que no tocara, jamás lo hizo a pesar de lo que pensaba. Al contrario, siempre lo ayudó. Le mandó dinero mientras no tuvo trabajo. Le llamaban por teléfono todas las semanas. Su madre siempre preocupada por la comida, su padre las mismas palabras repetía cada vez en el minuto que hablaba: “nada de tocar en tugurios por cuatro perras gordas, para comer no te ha de faltar, para eso estoy yo, si necesitas algo más lo dices”.

Aparta de un manotazo un par de lágrimas que se le escapan y sigue contemplando la sala. Al otro lado, en un aparte, la mesa redonda y maciza de madera oscura, con sus sillas, y un aparador. Una lámpara colgando de la viga central con cuatro tulipas grandes. Una foto suya del primer concierto que dio y dos cuadros con paisajes rurales completan la decoración.

“No siendo gran cosa es lo más lujoso que he tenido, por lo menos todo esto es mío. Tendré que afinar el piano por si me da por tocar algún rato”.

Colgada en una percha detrás de la puerta está la cazadora, se la pone y sale a la calle. Dispuesto a vivir mientras pueda.

Los días siguientes anda entretenido en terminar de instalarse. Cada vez que sale a la calle a comprar el pan o lo que necesita, encuentra a alguien conocido, envejecido, gordo o gorda. Todos le dicen lo mismo:

“por ti no pasan los años, estás igual que siempre”. Y si bien no es cierto, sí aparenta alguno menos de los cincuenta que ya tiene. Desde luego parece mucho más joven que aquellos que son de su quinta. La mayoría trabajando en el campo o en la aserradora tienen la cara bien curtida por el sol y casi todos con poco pelo. Él conserva todo el cabello, con algunas canas y apenas pronunciadas las entradas. Su rostro poco sol ha tomado, no tiene más que unas pequeñas patas de gallo. Esta delgado y viste casi siempre con vaqueros, camiseta, chaleco y cazadora. Zapatos de piel negros y atados, en lo único que no ha reparado en gasto. Su aspecto es mucho más juvenil que la mayoría de los habitantes del pueblo.

Lleva ya veinte días en el pueblo, decide ir al ayuntamiento. No ha llamado a Jacinto, su mejor amigo, piensa saludarlo y aprovechar para inscribirse. Luego tiene que ir al ambulatorio para entregar al médico el informe. Y llega el encuentro con el alcalde, Jacinto, amigos desde pequeños, hasta les tocó por suerte hacer el servicio militar juntos. Varios abrazos y unas mutuas palmadas en la espalda.

—¡Hombre, Eloy! Ya estaba enterado de que habías vuelto al redil. Pensé en ir a visitarte, pero me dije, le toca a él, así que he esperado a pesar de las ganas que tenía de verte. Pero esto no es visita, te vienes a cenar el sábado a casa, Isabel se alegrará mucho. Me ha estado diciendo que no tengo vergüenza por no ir por si necesitabas algo. Sé por Encarna que ya tienes la casa en orden, supongo que has estado ocupado en ello.

—Sí, por fin la tengo habitable. En cuanto a la cena de acuerdo, no voy a decirte que no. Si la memoria no me falla, Isabel era buena cocinera.

—Era no, es, y no se te ocurra ponerlo en duda, se siente muy orgullosa de ello. Ahora guisa fino, por aquello de que no tenemos que engordar y los rollos esos del colesterol, pero está bueno, te gustará. Tú que has andado por ahí de restaurantes lo apreciarás mejor que yo. Entonces ¿es verdad que has venido a quedarte?

—Sí, Jacinto, me he cansado ya de dar tumbos. Tengo una pensión y algún ahorro, aquí tampoco voy a necesitar mucho, así que me sobra. Y tú muy metido a la política, por lo que me ha dicho Encarna,

eso sí que no me lo esperaba, me quedé asombrado cuando me lo contó. No me habías dicho nada. ¿Qué ha sido del anarquista anticlerical?

—El tiempo todo lo madura, hasta la mollera. Alguien tiene que ocuparse, me lo propuso el partido y mira, llevo dos años. De alcalde son ya diez, como sabes empecé de independiente, pero si quieres conseguir algo para el pueblo hay que estar en un partido, así que eso hice. Me llamaron y me metieron en una comisión, por ahí ando, es la única forma de que te vayan conociendo, no es que aspire a mucho pero ya que dedico tiempo pues por lo menos que sirva para algo. Claro que eso me obliga ir a Madrid a menudo, allí he pasado la semana, con lo que es el pueblo aquí poco hago. Pero ya hablaremos, tiempo tendremos. Di ahora lo que te hace falta y arreglaremos lo que sea de inmediato, de algo te ha de servir ser amigo del alcalde.

—Nada importante, darme de alta, volver a ser del pueblo.

—Tú nunca has dejado de ser del pueblo, aunque nos has tenido muy olvidados, anda pasa, tendrás que rellenar unos impresos.

Después de solucionado se despide de Jacinto y va al ambulatorio. Es nuevo, muy funcional, de una sola planta y con un pequeño jardín. Le atienden enseguida pues no hay nadie. Reconoce al médico de cuando murió su padre, ahora tiene el pelo más blanco, es una persona agradable que lee con atención el informe y una carta dirigida a él. Levanta la mirada, respira hondo y carraspea antes de empezar hablar.

—Bien, Eloy supongo que tienes clara la decisión que me dice el doctor Mezquida que has tomado, de todas formas puedes cambiarla en el momento que quieras.

—Sí, don Carlos, no me pareció que ganaba gran cosa sometiéndome a todo lo que tendrían que hacer, uno o dos años más vividos de mala manera no valen la pena. Siento tener que darle trabajo a usted cuando llegue la hora. No pienso cambiar mi decisión.

—Nada hombre, nada, estamos para eso. Lo que lamento es no poder hacer que mejore tu situación. Procuraré aliviarte en lo que pueda conforme vaya surgiendo algún malestar. De momento, como estás bien, ven de cuando en cuando a saludarme, como amigos. ¿Te

parece?

—Sí, señor, lo que usted quiera.

—Mira, para empezar me tuteas, yo lo hago contigo. Somos más o menos de la misma edad, así estaremos más cómodos. Nos iremos viendo en el casino, si te da por ir a tomar café o jugar una partida de dominó, yo suelo ir algunas tardes. Y no te importe si en cualquier momento y a la hora que quieras tienes que llamar, aunque sea para hablar un rato. Toma nota de mi número de teléfono. Aquí no tengo demasiada faena, así que lo que te haga falta, sin ningún reparo. Te veo bastante entero, pero puede que tengas algún bajón de moral, me llamas, me dices ven y ahí estaré. O si te apetece tomar una copa sin más, considera que soy tu amigo, como si no fuera médico. De momento puedes olvidar que lo soy.

—Muchas gracias. No lo he dicho a nadie, ni pienso hacerlo mientras pueda. Me gustaría mantenerlo en secreto el máximo de tiempo.

—Por supuesto, me parece bien, la gente no siempre reacciona como es debido en estos casos. Unas veces por exceso y otras por defecto. Y mientras estés bien, para qué hablar de ello. Trata de vivir como si tal cosa en la medida que puedas. Creo recordar que tocabas el piano, eso te puede ayudar, es una buena distracción. Lo dicho, vive sin pensar en más.

—Más o menos es lo que me dijo el doctor Mezquida. Bien, pues ya nos veremos por el casino o donde sea, gracias, hasta la vista Carlos.

De camino a casa le suena el móvil, es Encarna.

—Eloy recuerda que el domingo tienes que venir a comer a casa a las dos y media. Sin excusas, que a saber qué comes. Por lo menos ese día será algo decente y oye una cosa, cuando bajes a la plaza me haces el favor de entrar en casa, ¡descastado! Ya me han dicho que has estado en el ayuntamiento y ni buenos días que te has dignado decirme.

—Bien, jefa, tú mandas.

Encarna definitivamente se ha convertido en su hermana mayor, si no en su madre. No le molesta, al contrario. Siente ese calor que durante todos estos años se ha negado, no ya a tener, ni siquiera se ha

permitido desear. Decidió vivir al ritmo de la música, lo que más le gustaba. Tocar el piano no le dejó tiempo ni lo buscó para encontrar una pareja estable, para sentir el amor, ni la verdadera amistad, siempre de aquí para allá sin echar raíces en ningún lugar.

2

Llega el sábado, con un ramo de flores silvestres que ha recogido él mismo y con una botella de vino bajo el brazo se dirige a casa de su amigo Jacinto.

La casa de Jacinto está en la calle Mayor, cerca de la plaza. Asistió a su boda, fue sonada, coincidió con unas vacaciones de las pocas que pasó con su familia. Recuerda a Isabel en aquel día, era la más guapa del pueblo, y la más rica. Estaba realmente bonita con su vestido de organza comprado en el mismo Madrid. Jacinto le recibe con su amplia sonrisa.

—Pasa amigo, pasa. No sabes cuánto me alegro de tenerte en mi casa.

Aparece Isabel, con algún kilo de más, guapa y sonriente.

—¡Eloy, qué maravilla que hayas vuelto!

—Hola, Isabel ¡estás guapísima! Igual que siempre.

—Gordísima es lo que estoy, pero en fin, son los años, ya sabes. Vamos al comedor, he invitado a una amiga, espero que no te moleste. Como te la vas a encontrar a menudo, mejor la vas conociendo, los sábados solemos reunirnos. Lola, este es Eloy.

—Hola, encantado.

—¿Qué tal? Por fin te conozco, llevo años oyendo hablar de ti.

—Vaya, no sabía que era tan famoso.

—Hombre, el único artista famoso del pueblo, comprende que teníamos que presumir.

—Lo de artista pase, Jacinto, pero lo de famoso para nada, del

montón.

—¡Venga ya! Lola, lo que te hemos dicho siempre, toca como los ángeles. ¿Aún tienes el piano de tu abuela Priscila?

—Sí, allí está.

—Bien pues tendrás que invitarnos un día para oírte tocar algo.

—Tendré que afinarlo primero, después de tantos años dudo que pueda sonar, estará agarrotado y lleno de telarañas.

—Pues no se hable más, cuando lo afines, yo preparo la cena y nos la comeremos en tu casa.

—De eso nada, Isabel, ya sé que eres una magnífica cocinera, pero si vienes a mi casa tendrás que comer lo que yo prepare. No será tan bueno como esto, pero se podrá jamar. Algo he aprendido por ahí.

—Cómo quieras, pero que te conste que no tengo inconveniente en prepararla yo. ¿Has oído Jacinto? Sabe cocinar, tú ni un huevo frito.

—Pero sé comerlo que es igual de importante. Imagina que lo que cocinas no supiera disfrutarlo, te morirías.

La velada transcurre contando anécdotas de cuando eran jóvenes. Al terminar, Eloy acompaña a Lola a su casa. Vive a medio camino entre su casa y la de Jacinto, en la calle San Antón.

—¿Cómo es que te has retirado ya? Eres aún joven.

—No tan joven para el trasiego. He viajado por medio mundo, siempre de hoteles de poca monta, y ya sabes lo que ocurre con los músicos.

—No, no lo sé ¿qué ocurre?

—Pues que nunca sabes si tienes otro contrato. Si vives conforme ganas, te quedas en la calle a dos por tres. En alguna ocasión ha sido así. Sobre todo cuando era joven y pensaba poco. Un día, después de haber pasado por una racha mala, me dije, de ahora en adelante miraré por guardar algo. Y a partir de ese momento dejé de ir a hoteles decentes, me fue bastante bien la cosa. Me cansé de viajar y alojarme en cuchitriles, y si no estás dispuesto a viajar lo tienes un poco crudo para conseguir contratos. Te vas haciendo mayor y te pesa esa forma de vida. ¿Y, tú cuánto tiempo llevas aquí de maestra?

—Doce años ya.

—¿Y no has pensado en cambiar de pueblo, a otro mayor?

—La verdad es que cuando me dieron la plaza vine con la intención de pasar el año y luego solicitar el traslado. Pero mira, me gustó vivir aquí. Hoy en día hay poco respeto por los maestros. En este pueblo, al ser pequeño, se sigue manteniendo una deferencia, la gente te conoce y te demuestran aprecio. Calidad de vida, eso es lo que hay aquí, sencilla, pueblerina si quieres, pero calidad. No necesito más, estoy a gusto. Mi madre vino conmigo, murió hace cuatro años. No tengo familia cercana. Aquí he encontrado gente que me trata como si lo fuera. Eso vale más que un puesto de mayor categoría.

—Sí, tienes razón, en los pocos días que estoy he podido notar ese trato deferente, familiar, que tenía totalmente olvidado. ¿Y qué haces en tu tiempo libre? Porque poco cambio he visto en ese aspecto.

—No creas que me queda tanto, algo tengo. Leo, paseo, escucho música, hablo y hablo con la gente. Ahora, porque es ya tarde, si fuera entre el día puede costarme una hora llegar a casa, de tantas veces que me paro y bla, bla, bla.

—¿No te cansa?

—Sí, claro, a veces, y tengo que dar cualquier excusa para echar a correr. Bien, hemos llegado, esta es mi casa.

—Pues nada, ha sido un placer. Por supuesto estás invitada el día que vengan Isabel y Jacinto a la mía.

—Me gustará, cuando vivía en Cuenca solía ir a conciertos.

—Tampoco esperes nada extraordinario, soy bastante normalito.

—Bueno, me conformaré. Seas cómo seas es todo un acontecimiento. Buenas noches, Eloy, gracias por acompañarme.

—Buenas noches, Lola, hasta pronto.

De regreso a casa va tranquilo, en paz, ha estado a gusto y no ha llegado a pensar en nada. Esa noche es la primera que duerme de un tirón, desde que supo lo que nunca hubiese querido saber.

Encarna tiene tres niños más, aparte de Miguel. Comer en su casa es un auténtico suplicio para Eloy, que no está acostumbrado al ruido de los niños. A sus peleas. Con Miguel es distinto, habla como un hombre, es muy formal y está muy intrigado por su vida. Quiere que le cuente cosas de sus viajes. Pasa media tarde del domingo hablando

con el chaval, se siente a gusto respondiendo a sus preguntas. Vuelve a casa ya anochecido, después de rechazar el quedarse a cenar y tras aceptar llevarse un bol con comida.

Se levanta temprano y saca la caja de los instrumentos de afinar, cada pieza envuelta en un fino paño, todo en perfecto estado, tal cual recordaba haberlo dejado. Comienza quitando las tapas de la caja y procede meticuloso a limpiarlo todo y a temperar el sonido. Le lleva todo el día. Al terminar, sentado en la banqueta de terciopelo rojo muy desgastado, acaricia el teclado, no se decide a tocar nada. Las lágrimas corren a raudales por su rostro, un gemido sordo escapaba de su garganta, un quejido largo y profundo. Sale al corral buscando respirar, se ahoga, la angustia que siente le está asfixiando. Querría gritar, gritar al cielo, al infierno, a lo que fuera.

¿Por qué? No sabe el día ni la hora, ni falta que le hace, ya sabe demasiado.

“No he debido volver, qué diablos hago aquí. Recordando, sintiendo lo que ya no creí que era capaz de sentir. Cómo voy a soportar esto. ¡¡Dios!! Ni siquiera sé si existes. ¡Ayúdame! No puedo vivir así”.

De rodillas en el suelo, con la cabeza contra la pared, llora hasta agotarse. Aterido de frío despierta ya amaneciendo. El cuerpo contraído, acurrucado en posición fetal, la cabeza le pesa como si fuera plomo. Queda sentado como puede contra la pared, abrazándose para darse el calor que elimine los escalofríos y mira al cielo instintivamente. Por lo alto de la serranía la oscuridad se resquebrajaba como un rayo de esperanza en la negra noche que es su vida, la luz le va invadiendo. Se llena de la tenue claridad dejándose envolver por ella, agradeciendo sus huesos la caricia reparadora en su destemple. Tarda en poder levantarse, ya es todo claridad cuando lo consigue. Va hasta la cocina y prepara un café con leche con cierto temblor en las manos, lo sorbe poco a poco, notando el alivio por dentro. Una muy humeante ducha le termina de recomponer. Y sale a la calle dispuesto a seguir viviendo cómo sea.

Un goteo constante de la nariz y una tamborrada en su cabeza, le hace acudir a la consulta de Carlos.

—Un resfriado, ni más ni menos.

Le cuenta lo que le ha pasado.

—Entonces está más que justificado. ¿Por qué no me llamaste? Mira, Eloy, esto es muy fuerte teniendo a alguien al lado dándote apoyo. Pero sin nadie, amigo, es como querer atravesar el desierto a pleno sol y sin botijo. Olvídate de lo que te pasa. Sé que es fácil decirlo, pero es la única forma de que puedas vivir bien el tiempo que tengas. Métele ganas a todo lo que hagas. Hasta freír un huevo tiene que servirte. No es garantía de que no te derrumbes más, pero el tiempo que tengas ocupado estarás bien, y de eso se trata, de pasar lo mejor posible los días. No quisiera darte ningún tranquilizante de momento, tienes que conseguirlo por ti mismo. Toca el piano, hazlo. Ocupa las horas en hacer lo que sea. Y no dudes en llamarme si lo necesitas.

Aún tarda una semana en decidirse, al final lo hace. Suite Bergamasque de Debussy, su preferido. Comienza tímido el preludio, con los dedos fríos por el tiempo que lleva sin interpretar, por el miedo a no sentir lo que siempre ha sentido al tocar. Poco a poco va invadiéndole su pasión por la interpretación, y consigue evadirse de todo concentrándose totalmente en el sonido maravilloso de las notas que va desgranando. Al llegar al Claro de Luna, ya su pasión está totalmente desbordada, es él plenamente, él y su eterno amor al piano unidos en la magia. Vivo, está vivo frente a su piano, con él y en él puede mantener la vida. Nada más importa. El llanto hace su aparición, mas no es de rabia ni dolor, sino la felicidad de la paz que siente. El alegreto final le frena el llanto, la sonrisa baila al compás. Respira profundamente al terminar, ha encontrado el elixir que le va a permitir vivir el tiempo que le queda. Apenas es consciente de su expresión dicha en voz alta.

“Gracias, Dios mío, gracias”.

Su amigo Jacinto, con su mujer y Lola, vendrán a cenar esta noche. Desde primeras horas de la mañana está metido en hacer todo lo necesario. Ha limpiado, puesto flores en un jarrón viejo, algo

descascarillado. Comprado velas. Tiene un candelabro de plata que fue de la abuela y que ponía encima del piano. Lo limpia, después de casi una hora queda como nuevo. Revisa la nevera con la lista que ha confeccionado, es la tercera vez que lo hace, quiere quedar bien con sus amigos. Tiene gran aprecio por Jacinto, a pesar de la poca relación que en todos estos años han tenido, lo mucho que convivió con él en su niñez y juventud ha mantenido vivo el afecto.

El menú es sencillo, pero de las pocas cosas que hace es lo que mejor prepara. Una ensalada con endibias y langostinos cocidos. Un plato de pasta, macarrones con verduras y mucho tomate, carne magra y gran cantidad de queso parmesano. Así lo aprendió de su amiga Gina. Una milanesa que tocaba el chelo con la que convivió una temporada. De postre, tarta de queso con mermelada de frambuesa. El vino, un tinto de crianza y una botella de limoncello que él mismo ha preparado para recibirles con la receta de Gina. Para el postre cava. Pone los platos y cubiertos en la mesa, un mantel de su madre blanco con bordados, da un toque elegante a la sencillez de la vajilla de porcelana antigua con adornos en azul. Las copas de cristal tallado. Solo tiene cinco. Las de cava son muy anchas, piensa que ahora no se toma el cava en ese tipo de copas, pero en la alacena hay una docena, señal de lo poco que se han usado. Faltan aún quince minutos, pero ya lo tiene todo listo. La ensalada en la mesa y un plato con buen jamón. Prepara un CD de Bebo Valdés, piensa ponerlo en marcha cuando les oiga llegar. Es la primera vez que invita a cenar a alguien en su propia casa. A lo largo de los años ha estado en multitud de fiestas, llevando comida, ayudando a prepararla. Nunca como ahora, él dueño y señor se ha encargado de todo.

La chimenea está encendida, el ambiente es más que agradable. El candelabro sobre el piano, se le había olvidado, lo enciende apresurado pues unas risas le anuncian la llegada de sus amigos.

—¡Caramba, Eloy! Estás hecho un verdadero anfitrión.

—Sin chuflas, Jacinto, que lo mío me ha costado organizar lo que en la vida he hecho.

Besa a las dos mujeres y les ayuda a quitarse los abrigos.

—Qué música más bonita ¿es tuya?

—No, Isabel, no soy tan bueno, ese es Bebo Valdés. Sentaos, por favor. Espero que esté comible lo que he preparado, es lo que mejor sé hacer.

Les encanta, y no es por decir, está bueno y todos tienen buen apetito, él menos que nadie, pero se siente bien y come como todos.

—No sé si será verdad que es lo mejor que haces, pero desde luego es excelente. Brindo por ti y por tu vuelta. ¿De verdad te quedarás para siempre?

—Sí, Isabel, no lo dudes, nada podrá hacer que me marche, es definitivo.

—Oye, Eloy, he pensado que algo tendrás que hacer, o dentro de poco te morirás de aburrimiento.

Sonríe y piensa que se morirá dentro de poco pero no de aburrimiento.

—Tranquilo, Jacinto, que de aburrimiento no me voy a morir, tengo el piano.

—Precisamente lo que quiero proponerte es que des un concierto, ahora por Navidad. Por supuesto el ayuntamiento te pagará, no sé cuánto podremos, ya lo preguntaré, pero te pagaremos.

—Nada de eso, si quieres que dé un concierto lo haré pero gratis, claro que tendréis que alquilar un buen piano. Este para mí, aquí en casa, está bien, pero para un concierto hace falta algo mejor. El ayuntamiento que corra con ese gasto, no voy a cobrar.

—Cómo quieras, por ser la primera vez acepto que lo hagas gratis, pero para sucesivas ocasiones asignaremos en el presupuesto un apartado para ti. Venga, Lola di lo que quieres decir, apenas has abierto la boca.

En efecto, Lola es la que menos ha hablado, sonríe mirándole y saboreando un trozo de tarta.

—La tarta está exquisita.

—¿Es eso lo que quieres decir?

Ríen todos, Lola con calma mirándole.

—Quiero que me des clases de piano, si te parece bien. Me dices lo que tengo que pagarte y la hora en que puedas. Si no te apetece, di simplemente que no. Lo he hablado con ellos estos días, pero la

verdad es que ahora me parece como si fuera a aprovecharme de la amistad que tienes con Isabel y Jacinto. No quiero que tengas un mal concepto de mí. Así que, si no te viene bien, nada. Damos por olvidada esta conversación. No soy quien para entremeterme en tu vida, y quizá el pedirte que me enseñes lo sea. En fin, ya lo he dicho, ahora casi me arrepiento, no me conoces y esto parece una encerrona.

—Tú te lo dices todo. ¿A qué hora te viene bien a ti? Porque yo las tengo todas libres.

—No, no, Eloy, tú piénsalo con tranquilidad y cuando lo tengas decidido me lo dices. Es como obligarte, debería haber esperado un poco más de tiempo.

—¿Quieres aprender? Pues no perdamos el tiempo. El tiempo no se ha hecho para perderlo, hay que aprovecharlo y disfrutarlo. Si te apetece tocar el piano mañana empezamos, dime la hora. Y, ya que nos conocemos poco, anda, ayúdame a quitar la mesa y preparar el café, así nos iremos conociendo. Tú quieta, Isabel, que a ti ya te conozco.

Lola va con él con los platos hacia la cocina, mientras él pone la cafetera, ella le contempla, él se gira, la mira y sonríe.

—¿Qué pasa?

—Nada, voy a fregar mientras sale el café.

—Nada de eso, ya lo fregaré mañana. Estás seria, ¿lo eres?

—No, pensaba que debo de parecerte una descarada. Vengo a cenar a tu casa sin conocerte y casi te obligo a darme clase. ¿Qué piensas de mí?

—Te lo diré mañana, no he tenido tiempo de pensar nada, esta noche me pondré a la faena y mañana te diré lo que sea. En la alacena hay una caja de bombones, sácala, por favor. Y una cosa, deja de darle vueltas. Me encantará darte clase, en serio, me gusta la idea. Así que tranquila. Coge tú la bandeja y yo el cava, no estoy seguro de que lleguen todas las tazas al sitio.

Al final ha logrado que Lola soltara la risa, haciendo como que le temblaban las manos. El resto de la velada la pasa frente al piano casi todo el tiempo. Ha tocado un poco de clásico y luego han ido pidiendo y cantando a coro temas populares antiguos. Son casi las tres de la

madrugada cuando se despiden. Ha quedado con Lola para las siete de la tarde, a ninguno de los dos le importa que sea domingo.

3

Puede ocurrir y ocurre,
cuando la luz se acaba
aparecen las estrellas.
Aquellas que nunca viste
ni soñarlas capaz fuiste.

Duerme de un tirón y no llega a pensar en Lola, hasta la vuelta de casa de Encarna. Ha sacado unas hojas de papel y traza un pentagrama para escribir las notas básicas. Tiene preparada la primera lección. A lo largo de los años ha hecho de todo. Desde tocar en orquestas de cierto nombre eventualmente, hasta en locales donde lo único que interpretaba era música ligera acompañando a un grupo. En algún piano-bar, sobre todo en verano que el tema de conciertos andaba flojo. También dando clases a domicilio a mocosos con ningún interés, por sacarse algo extra. Pero Lola es diferente, es una persona adulta y evidente su interés por la música, le gusta. Faltan cinco minutos para las siete de la tarde cuando llaman a la puerta.

—Hola.

—Hola, un punto a tu favor, la puntualidad es un buen comienzo.

—Hoy no tengo nada que hacer. En la escuela acabo a las cinco, pero a menudo me entretengo con alguna madre.

—Si esta hora no te va bien la cambiamos.

—No, por mí está bien.

—¿Qué sabes de música?

—Sé leer el pentagrama, fui dos años al conservatorio. Pero eso es todo, bueno, toco la flauta.

Ríen los dos.

—Entonces lo que he preparado como primera lección igual me he quedado corto. Pero en fin, tienes que conocer el teclado, empezaremos por ello, antes que nada ajusta el taburete a tu altura, es importante que estés cómoda. La espalda recta. Al interpretar todos adoptamos posturas más o menos incontroladas, pero al sentarte frente al piano debes hacerlo correctamente.

Ha pasado un poco más de la hora.

—¿Te apetece un café?

—Bien, si no es molestia.

—Oye, Lola, si te invito a café es porque quiero, no puede ser molestia.

—Perdona, te ayudo, si me dejas.

—Te dejo, vamos.

—¿Has tenido tiempo de averiguar qué piensas de mí?

—¿Por qué te preocupa tanto? Lo que piense la gente de uno no es importante. Lo que uno piensa de sí mismo sí.

—Tú no eres la gente, la gente me trae sin cuidado. Por la relación con Isabel y Jacinto que ambos tenemos, supongo que llegaremos a ser amigos. Lo que piensan mis amigos sí me importa.

—Bien, siendo así acepto que quieras saber qué pienso. No sé, me pareces una mujer agradable, culta, y mucho me temo que llegaremos a ser amigos. En realidad ya te considero como tal. ¿Y tú qué es lo que piensas de mí?

Lola ríe, le mira recreándose en dar la respuesta, como si tuviera que meditarlo con detenimiento.

—Tengo una curiosidad inmensa de conocerte, me gustaría que me contases cosas de tu vida. La gente con la que me relaciono es normal. Perdona, no quiero decir que tú no lo seas. Pero lo que parece que ha sido tu vida, viajando, conociendo a cantidad de personas de distintos países. Tu mundo es tan diferente a lo que estamos acostumbrados. Supongo que tienes infinidad de anécdotas, aquí casi nunca pasa nada. Tú eres, ya te lo dije, un acontecimiento por ti mismo. Anoche, escuchándote tocar me sentí transportada, no sé dónde, pero lejos de lo que es mi vida habitual. Tu aspecto mismo es distinto al de la mayoría de los hombres que conozco. En realidad no conozco a nadie que use chaleco con camiseta. Es una tontería, pero bueno, lo que quiero decir es que me encantaría hablar contigo, saber de ti.

«Dijiste que estabas cansado de la vida que llevabas, probablemente has vivido tú más en un año que cualquiera de aquí en cinco o diez. Eres como ese libro que ves expuesto en una librería, que algo te impulsa a comprar y leerlo con avidez por descubrir su contenido.

—Me gustaría no decepcionarte, pero a lo mejor resulta que cuando sepas más de mí, pienses: ¡total esto! Lo del chaleco es una manía que adquirí por guardar el tabaco. No lo podía tener en el pantalón, tantas horas sentado lo aplastaba, así que me acostumbré, y la verdad es que ahora incluso en verano lo llevo. Pero soy tan convencional como cualquiera. Tengo un traje y un esmoquin para cuando me toca por trabajo ponérmelo. Tienes la misma curiosidad que mi sobrino Miguel, no sé si le conoces, de mi prima Encarna, viven en la plaza.

—Ha sido alumno mío, como todos los de su edad, ahora ya va al instituto, es un crío encantador. Buen estudiante en lo que le gusta. Tengo muy buena relación con Encarna, es una madraza.

—Bien, pues Miguel, en cuanto puede me coge y me hace mil preguntas. Gracias a él sobrellevo las comidas, los domingos como allí. Mi prima es una mujer estupenda, pero me ha acogido como si fuera uno más de sus hijos. Me pregunta qué he comido durante toda la semana, si he lavado la ropa, si tengo limpio el baño...

Lola se echa a reír.

—Sí, ríete, pero es un suplicio. El pequeño, con las gemelas a todas horas peleando. Así que Miguel es el único que me hace llevadera la

comida, y ahora tú me has alegrado la tarde. Tienes un espíritu joven Lola, y eso es de agradecer, refresca contemplar tu mirada limpia, verte sonreír.

—Espero no llegues a resfriarte, ahora en invierno el fresco no suele caer muy bien.

—¿Estás coqueteando conmigo? ¿O lo contrario? Me acabas de marear un poco.

Lola ríe abiertamente muy divertida, hace un gesto con la mano de, qué no.

—Será mejor que me vaya, ya va siendo casi hora de cenar.

—Te acompaño, así andaré algo.

Hacen el camino saludando de cuando en cuando, Lola le va diciendo de qué familia son los jóvenes con los que se cruzan. Han llegado a la puerta. En la parte de abajo hay una papelería, ella vive arriba.

—¿Quieres subir y cenamos algo? No tengo nada preparado, me voy a comer un sándwich. Como has comido bien, no importará que cenes poco. ¿Te hace?

Va a contestar que no, y se encuentra diciendo sí. Vivir mientras viva. Lola tiene una sonrisa que invita a vivir.

Un sándwich vegetal, una cerveza y melocotón al vino.

—Me los da la madre de uno de mis alumnos, son caseros. ¿Te gusta?

Cierra los ojos deleitándose al comerlo.

—Hace cien años que no los comía, vas a tener que invitarme más a menudo.

—Siempre que quieras. A propósito, no me has dicho cuánto tengo que pagarte por las clases y cuántos días a la semana.

—Días todos, si quieres, no hay problema, y si lo hay, pues te aviso o me avisas. Dame tú número y anota el mío. En cuanto al pago ya lo hablaremos más adelante, no lo he pensado aún.

—Te cuesta a ti mucho pensar.

—Depende, ahora mismo estoy pensando que me encantaría darte un beso, pero no, esperaré un poco, un día de estos. Me marcho, ya es muy tarde y demasiado pronto para más. Buenas noches.

No le ha dado tiempo a contestar, la ha dejado con la boca abierta. Ha salido a toda prisa, tanto que al salir tropieza con quien pasa. Lo conoce, se saludan y hacen parte del camino juntos. Llega a casa eufórico.

A media noche una pesadilla le despierta, Lola llorando desencajada. Está sudado, no recuerda nada más que la cara de Lola rota por el llanto. Intenta tranquilizarse y volver a conciliar el sueño, imposible. Baja a la sala y se sienta al piano. Patética de Beethoven, no ha pensado, la música ha surgido desde lo más hondo de su ser, nada más apropiado que esas notas del inicio que rompen el alma. Las lágrimas brotando de su corazón pero no de sus ojos, la música las expresa, no necesita llorar por fuera. Ya sale desde lo más profundo de su ser a través del impulso que sus dedos ejercen en el teclado. Su ánimo va al compás de las notas. Totalmente absorbido por la melodía, cuando llega a la tercera parte de la sonata se siente tan bien, como lo que está tocando. Alegre, juvenil como la risa de Lola. Ya no es llanto, es su risa la que le acompaña. Sereno, tranquilo; con los últimos acordes su cara refleja felicidad, la que la música le da. Afortunadamente no tiene vecinos cerca, son las cuatro de la madrugada.

Ha preparado la segunda lección para Lola. Ya totalmente desvelado no intenta volver a la cama, a las cinco de la mañana está desayunando. Faltan dos semanas para Navidad, tiene que preparar el concierto. El público será variopinto, muy pocos aficionados a la música clásica, decide un repertorio variado que pueda gustar a la mayoría y aburrir lo menos posible. Le llena de satisfacción el poder dar un concierto en su propio pueblo. De joven tocó con un teclado acompañando a un conjunto, en las fiestas. Esto es muy diferente, él, “El Pianista” como le han apodado, por primera vez podrá dar el concierto de su vida ante los que le conocen desde niño. La casa de la cultura es un edificio nuevo, que aún no ha visitado, decide que esta misma mañana va a ir a verlo. Apenas son las nueve llama a Jacinto.

—Oye, me gustaría ver el sitio donde tengo que dar el concierto, y hablar del piano que tendréis que alquilar. El día que tú puedas.

—De eso tratarás con Luis el Tieso, es el concejal de cultura, ven y ya os ponéis de acuerdo. Comeremos los tres juntos y hablaremos. Él estará por aquí hacia las once, además, tiene muchas ganas de verte.

Luis el Tieso, lo llamaban así porque era como un poste. Nunca parecía inclinarse y serio como él solo. Un año o dos más joven, pero de chavales iba con ellos. Recuerda el día en que decidieron ir toda la pandilla al burdel que estaba cerca de la gasolinera, en la carretera comarcal. Llevaban todos quinientas pesetas, eso les había dicho uno que costaba el servicio. Eran seis en total, pero llegaron al sitio y les dijeron que el precio era de mil pesetas. Decidieron que por lo menos tres aprovecharan el asunto. Lo echaron a suertes y le tocó a Jacinto. Al Murciano, que murió en un accidente estando en la mili, y a Luis. El único que salió riendo como unas castañuelas fue Luis. Jacinto salió disparado al ver a la "madame" que le había tocado en suerte. El Murciano no hubo manera de ponerse en marcha, tales eran los nervios. El Tieso disfrutó como un enano, con una mujer de mediana edad que podría ser su madre, pero no andaba mal de tipo. Fue el único que se estrenó ese día. Relató con pelos y señales cómo había sido el encuentro, dejando al resto muertos de envidia.

Luis sigue tieso, pero más gordo y sin un pelo, aclara que para los pocos que tiene no quiere ninguno. Se pasa la maquinilla dos veces por semana.

—Vamos a ver el local mientras Jacinto acaba, ya me ha dicho que no piensas cobrar. Por esta vez está bien, pero al año que viene cobrarás; aquí poco o mucho todos cobran, no vas a ser tú menos.

—¡Hombre, Luis! Si yo estoy muy satisfecho con poder tocar aquí en el pueblo, antes me hubiese gustado hacerlo. Me hacéis un favor, encima quieres que cobre.

—¡Qué sí, joder! Te lo has currado tío. El próximo fijo, ya veremos cuánto, que eso depende, pero algo digno desde luego. Y, oye, mañana nos vamos a Cuenca a ver el piano, ya he hablado con una casa que alquila. ¿Te parece o tienes quehacer?

—Cuando quieras, a tu disposición.

—Una cosa, la música tendrás que apañar algo que sea así como conocido, para que no se nos duerman los cuatro burros de dos patas

que acudirán, porque acuden a todo. No sé si me explico bien.

—Tranquilo, ya lo he pensado, hace tiempo que no estoy aquí, pero aún me acuerdo de la mayoría. He preparado un repertorio variado, ¿cuánto quieres que dure?

—Pues yo qué sé, nunca hemos hecho ninguno, la banda ha tocado alguna vez, y vienen los familiares y poco más. Pero tratándose de ti, por la curiosidad, seguro que vendrán más. Tú sabrás, no sé, una hora, dos.

—Dos horas, con descanso de veinte minutos. Así, para la segunda parte, que se quede quien realmente le interese y tocaré algo más clásico. ¿Te parece bien?

—Muy bien, porque abriremos el bar y algo se sacará en ese rato. Bueno, la última palabra la tiene Jacinto, pero él dirá que lo que tú quieras. Todos estos años, no sabes lo que te ha nombrado. Aparte de las veces que hablabais, como tu prima es amiga de Isabel ha estado al tanto de ti. Ahora anda igual que un crío con zapatos nuevos por tenerte en el pueblo, y yo también, sí señor, me traes muy buenos recuerdos.

La casa de la cultura es grande para lo que es el pueblo. Luis le explica que en verano hay mucha gente y se hacen algunos actos, por eso la han construido mayor de lo que les hace falta por censo. Y pensando en el futuro. El salón de actos tiene una acústica aceptable. Es sala de cine y todo tipo de representaciones. Incluido el belén y los finales de curso de la escuela.

—Nada, que nos gastamos el dinero, pero le sacamos provecho. ¿Te gusta, se oye bien?

—Sí, está bien, excelente local, podéis estar orgullosos.

A la hora de comer se reúnen con Jacinto y acuden a un pequeño restaurante, el único que hay que no es bar.

—Aquí se come bien, es un poco más caro, pero no tienes el inconveniente de juntarte con cierta morralla. No me mires así, no me refiero a los trabajadores que van a comer al bar, a otros que no salen de él, a esos. ¿Recuerdas a Tomás? Sí, hombre, el que decían que era hijo del cura. Pues si lo ves ahora ni sombra, colocado todo el día. Por

cierto, que sí era hijo del cura. Sus padres se divorciaron y la madre se marchó con el susodicho cura. No ha vuelto más. Él se quedó con el padre y con la infeliz de mujer que tiene, que no para de trabajar limpiando casas por los alrededores y de fija en el ayuntamiento. La contraté porque no se murieran de hambre. Y recibiendo de cuando en cuando algún que otro manotazo, ya lo he cogido en varias ocasiones y le he amenazado con denunciarle.

—Cuéntame algo alegre Jacinto, me vas a amargar la comida. ¿Sabéis de lo que me acordaba esta mañana? Del día que fuimos al puticlub de La Manchega.

El resto de la comida transcurre entre risotadas de los tres recordando los viejos tiempos. A media tarde vuelve a casa, saludando a unos y otros. Ya se ha corrido la voz de que va a dar un concierto y se acercan para preguntarle. Se ha cruzado con Carlos, el médico, iba con otro y se ha limitado a sonreír. Eloy le ha hecho gesto de: "ya te llamaré".

Quiere hablar con ese hombre que tan amablemente le ha tratado, quiere decirle que se encuentra bien, invitarle de manera más personal al concierto. Van a cobrar las entradas y le ha pedido a Luis que le dé unas cuantas, para Encarna y Carlos con las respectivas familias, y por supuesto para Lola. Tiene ganas de que sean las siete. A las seis suena el teléfono, es ella.

—Eloy, no voy a poder ir esta tarde, hay una reunión por el belén en la casa de la cultura. No te he llamado antes porque me acabo de enterar.

—Bien, ya quedamos que conforme nos viniese, nada, pues hasta mañana.

Se sienta en el sillón, siente como si la energía que ha tenido todo el día le hubiese desaparecido de golpe. Su cabeza queda en blanco, de pronto coge el teléfono y llama a Carlos.

—Dime, me he alegrado de verte, parecías contento.

—Sí, bueno, no sé si te va bien, ¿te apetece tomar un café o una copa?

—Me apetece charlar un rato, oye, estoy cerca de tu casa, ¿tienes esa copa ahí o quieres salir?

—No, está bien. Acércate, si no te importa.

Ni cinco minutos han pasado cuando ya llama Carlos a la puerta.

—Gracias por venir, estoy bien, bueno, casi bien. ¿Qué te apetece tomar?

—Un poco de vino si tienes, luego ceno y es eso lo que bebo, así que mejor no mezclar. Oye, esta casa está muy bien, sí señor, y con el piano cerca del corral que puedes ver hasta el monte. Deberías hacerte un poco de jardín, yo lo tengo y no te imaginas lo que entretiene, aparte de lo saludable que es.

—Pues mira, a lo mejor te hago caso, me da no sé qué verlo tan vacío. Cuando vivían mis padres teníamos gallinas, un gato y un perro. Además de las macetas de mi madre. Sí, lo voy a hacer.

—Pues si quieres el sábado vengo un rato y te echo una mano, no creo que tú estés muy enterado de cómo debe prepararse el terreno para un jardín.

—Ni puta idea, la verdad.

—Si te va bien que venga.

—Por favor, aparte de la compañía serás mi maestro jardinero. Yo puedo enseñarte a tocar el piano, ya tengo una alumna, de eso quiero hablarte.

—¿Una alumna? Eso es estupendo, una niña.

—No, no es niña. Es Lola, la maestra. Supongo que la conoces.

—Por supuesto, una mujer estupenda en todos los sentidos y muy buena profesional, es amiga de mi mujer.

—Bien, pues eso me parece a mí, me gusta o algo más. Y eso es lo que quiero comentarte. Porque creo que no le soy indiferente, y ahora con las clases de piano vamos a vernos muy a menudo.

—¿Y qué? Vive lo que puedas vivir Eloy. Si das amor a cambio de amor, eso ganaréis los dos. Que yo sepa, Lola no tiene a nadie.

—Sí, pero ¿y después?

—El después para ti no existe. ¿Y para ella? Es joven, lo superará, y lo que pueda haber vivido contigo nadie se lo podrá quitar. Olvídate de tu fin, ¡vive, joder! Has tomado la decisión de vivir este tiempo como cualquiera, pues vívelo. Puede parecer cruel, quizá lo sea, la vida lo es. Tú eres una muestra de esa crueldad. La media de vida

supera los setenta y seis para los hombres, a ti te tocan dos tercios. El tercero se te arrebata sin más, como a otros muchos. ¿Vas a renunciar a vivir ese mínimo que puedes? Si ella vive la media de las mujeres superará los ochenta y tres. Tiene tiempo de recomponer su vida. La tengo aprecio a pesar de haberla tratado poco, mis hijos han estado varios cursos con ella, hasta ir al instituto. No creo que quisiera renunciar a nada de lo que pueda vivir contigo, si es que llegáis a algo. Así que no te pongas freno y vive. ¿Has estado enamorado alguna vez?

—No, he vivido con alguna, cortas temporadas, siempre teniendo muy claro que era temporal, el tiempo del contrato. Ahora, por el tiempo podría ser igual, pero no lo que siento. No puedo decir que la quiero, apenas nos hemos visto, pero tiene un no sé qué. Algo que me hace sentir bien a su lado, oírla reír. ¿Has visto cómo ríe? Es la vida verla reír. Pero esta noche he tenido una pesadilla, he soñado con ella, lloraba desesperada y no quisiera hacerla sufrir.

—Tampoco quieres hacerla feliz entonces. Porque si renuncias a ella, no sufrirá tanto cuando te vayas, pero no habrá sido feliz el tiempo que te quede. Y se sentirá infeliz antes y después, porque luego comprenderá porqué no te acercaste más a ella. Ya no tiene remedio Eloy, os conocéis. Lola es íntima de Isabel y Jacinto, tú también, aunque no le dieras clase de piano os veríais a todas horas. Vivid los dos lo que sea que surja entre vosotros. Si tenéis la suerte de que es amor, vividlo el tiempo que podáis, disfrutadlo plenamente, es lo único que os quedará. A ella para recordar, a ti para el equipaje.

«¡Me cago en la leche! En los años que llevo no me acostumbro. Cuando leí tu informe y la carta de Mezquida, me crujió el cuerpo. Y no sé por qué me caes bien, ¡maldita sea! Todos sufriremos, pero no por eso vamos a renunciar a lo que podamos vivir juntos. Has vuelto a tu casa para sentirte así, en casa, con gente que te mira y sabe quien eres. Todas esas personas sufrirán cuando te vayas. Pero tú no tienes ahora más narices que ser egoísta, porque no te quedan más opciones. Tendrías que irte hoy mismo de aquí y que nadie supiera dónde ibas. Y morirte en cualquier rincón como un animal desamparado. Y aun así, alguien sufriría por ti, yo. Y no quiero sufrir más de lo necesario.

¿Acaso no mereces, como cualquier persona, morir cerca de los tuyos? No sé cómo ha sido tu vida, ya me la irás contando, tenemos tiempo. Pero sea cuál sea tienes derecho a morir en tu pueblo, con tu gente. Así que, mientras eso llega, vive y disfruta de la vida. Ponme un poco más de vino, está bueno, sí señor, muy bueno, además me hace falta andar un poco chispado.

Eloy sirve para los dos un poco más de vino. Cree haber encontrado un verdadero amigo en Carlos.

—Gracias, amigo, ella quiere conocerme, saber de mí, y tengo prisa porque así sea. Pero si no siento que es importante lo que pueda unirnos, no me acercaré demasiado. Si creo que lo es, te haré caso y seré el más egoísta del mundo. Nunca he pasado de sentirme más o menos a gusto, con alguna he tenido mejor relación por el carácter, pero ninguna en especial. Lo que siento al verla sonreír, al mirar sus ojos, no lo he sentido antes. No sé si me estoy enamorando, quizá mi situación me hace apreciar más todo. A lo mejor me equivoco, y eso sí que no me gustaría. Si puedo ser feliz y que ella lo sea el tiempo que tenga bien, pero para entretenerme no, para eso no necesito hacerla sufrir. Sería demasiado canalla por mi parte.

—Me parece honrada tu postura. Bueno, me voy, creo que ya llevo bastante gasolina para el viaje y tú ya tienes un poco más claras las cosas. Vendré el sábado, a las ocho y media ¿te parece bien?

—Sí, me levanto pronto, hasta el sábado pues. Gracias, Carlos. Ah, me olvidaba, voy a dar un concierto, no compres entradas, yo te las llevaré.

—¡Hombre! Eso sí que es una gran noticia. A mi mujer le encanta la música clásica, a mí la verdad es que no me dice nada. Pero me gustará verte frente al piano, seguro.

—Bueno, haré un concierto variado. Aquí no hay mucha gente que le guste esa clase de música.

—Como sea, me alegro mucho de que lo hagas.

Ya ha cenado y se dispone a leer un poco cuando suena el teléfono, es Lola.

—Hola, ¿estás ocupado?

—En espantar moscas.

La oye reír.

—Me he sentido mal por no haber podido ir, justo el primer día y plaf, plantón.

—El segundo.

—¿Qué?

—Que hoy era el segundo, el primero fue ayer. Y sí, yo también me he sentido mal, había preparado la clase con un poco más de nivel y tenía curiosidad por ver cómo te manejabas.

—Lo de la reunión por el belén no ha sido una excusa.

—No lo he puesto en duda.

—Por si acaso, anoche te fuiste tan de repente y después de... En fin que, no quería que pensaras que me había, no sé cómo decirte... Bueno que, no me importaría recibir ese beso. Ya está, ya lo he dicho, ahora no sé si me voy a atrever a ir a la próxima clase.

Eloy ríe.

—Claro que vendrás, seguro que quieres averiguar si soy tan bueno besando como tocando el piano.

—¿Y lo eres?

—A eso me tendrás que responder tú.

—Bien, lo haré, hasta mañana, buenas noches maestro.

—Buenas noches, sueña con lo que más te guste.

Al día siguiente va con Luis a Cuenca, elige el piano que más le gusta. Podrá ensayar con él durante una semana. Aprovecha para comprar vino y alguna otra cosa, quiere invitar a Lola en cuanto le sea posible. A pesar de querer volver pronto, Luis se entretiene y regresan ya pasadas las ocho. Lola tenía el móvil desconectado las dos veces que ha intentado comunicarse con ella, así que le manda un mensaje.

“Estoy en Cuenca, imposible llegar a las siete, te espero para cenar a las nueve”.

Prepara lo que ha comprado: cena fría, unos patés y quesos variados. Hace un poco de ensalada y abre el vino. Ella no ha contestado, puede no haber visto el mensaje. Nervioso, pone una recopilación de Chopin y sirve el vino en las copas, todo está en la mesa. A las nueve y cinco llaman a la puerta. Lola, acalorada. Suena Balladae.

—Lo siento, me he parado con una que no me soltaba.

—Y has venido corriendo para no llegar tarde, no soy el tren, puedo esperar, anda, pasa.

Le ayuda con el abrigo, ella sonríe. La besa en la mejilla.

—Tengo la cena en la mesa, no he cocinado nada, espero que te guste.

—Ideal, me encanta. ¿Qué hacías en Cuenca?

Le cuenta mientras van cenando todo lo que ha hecho durante el día. Ella le da una tostada con paté.

—Prueba este, es delicioso; apenas has comido, no paras de hablar. Y yo me estoy poniendo las botas.

—Querías que te contara.

—Ya, pero también quiero que cenes. Estás muy delgado.

—Siempre he sido delgado, ¿no te gustan los delgados?

Ella lo mira ladeando la cabeza y entornando los ojos.

—Depende. No es algo que tenga en cuenta especialmente.

—¿Y qué es lo que sí tienes en cuenta?

—La calidad de la persona, cómo es, la educación.

—Eso es para cualquier tipo de relación en general. Qué buscas en un hombre.

—Hace tanto tiempo que no busco un hombre que creo que ya lo he olvidado, si es que tuve alguna vez idea.

—¿Y qué buscas ahora, mujeres?

—No estoy tan desesperada, supongo que para algunas es una opción. La verdad es que me he acoplado en lo que es mi vida. Tampoco es que mi renuncia sea voluntaria, he tenido pocas ocasiones. No debo resultar muy atractiva.

—Ponte de pie, por favor.

—¿Qué?

Ríe.

—Venga, solo un momento. No estás mal de tipo. Una altura correcta, ni gorda ni delgada. Ya, siéntate. El pelo lo tienes bonito, sin peinar, pero bonito.

Lola, con los ojos muy abiertos y gesto de sorpresa, abre la boca para decir algo y él la frena con un gesto.

—No he terminado, la nariz un poco respingona, es graciosa. Los labios perfectos ¿son tuyos o te has puesto botos, o lo que sea que se ponen? La sonrisa preciosa, y, esos ojos que igual parecen verdes que pardos, tienen un algo especial, tu mirada tiene embrujo. En conjunto resultas armónica sin ser espectacular. Eres alegre, agradable y con educación. Perfecta, diría yo, para el noventa por ciento de los hombres. ¿Cómo es posible que no tengas a uno fijo o media docena de aspirantes en tu puerta?

—Pues eso mismo me pregunto yo. Si tú, que debes de haber visto montones, me haces esa calificación, los de aquí que la mayoría poco han paseado, deberían darme un cien y caer rendidos a mis pies. Debo tener algún defecto importante, que de momento escapa a tu análisis, y que impide se acerquen a menos de un par de metros.

—El defecto no se me escapa, aunque no lo he mencionado. El único que se me ocurre como causa de espanto para muchos es que eres inteligente. Y hay hombres a los que puede que no les importe que sean rubias o no, pero lo que sí es seguro, es que las prefieren algo tontas.

—Y, a ti ¿cómo te gustan?

—No soy muy exigente, como tú estaría muy bien, claro que, soy bastante mayor. No sé si sabría comportarme con alguien tan joven. O si estuviese a la altura. ¿Cuántos años tienes?

—No es correcto preguntar la edad, siendo tan mayor ya deberías saberlo. Aunque a mí no me importa decirla, tengo treinta y seis y si no me equivoco, tú cincuenta y uno.

—Cincuenta, cumplo los años el veintiocho de este mes. Fui la inocentada del día para mis padres.

Ella ríe divertida, coge con el tenedor un poco de fruta y se lo pone en la boca.

—Voy a tener que darte de comer como a un niño, si te descuidas me lo comeré yo todo. Tus dudas, en cuanto a estar a la altura, ¿a qué te refieres?

Tiene la risa danzando en sus ojos, mientras vuelve a darle otro trozo de fruta que acaba de mojar en vino. Le gotea un poco a Eloy por la barbilla y ella le limpia, mientras ríe abiertamente esperando la

respuesta.

—Supongo que siendo joven harás deporte, yo no soy de mucho, ni siquiera de andar. La verdad es que desde que era joven no he practicado nada.

—Podemos hacer algo más tranquilo, como jugar al parchís, eso no necesitas estar muy en forma, y sí sabrás.

—Por supuesto, gané un concurso en la escuela, jugamos en parejas, Jacinto y yo fuimos los campeones.

—Bien, ya tenemos algo en común que podamos hacer. ¿Qué más se te ocurre?

—Se me ocurre... Eso te lo explicaré cuando dejes de comer, eres una glotona. Voy a preparar el café.

Ella le sigue tras recoger lo que queda en la mesa. En la cocina no hablan, Lola sonríe apoyada en el banco, mirándole. Eloy ha puesto la cafetera en el fuego y luego se acerca a ella, no dice nada, la coge de la cintura y la besa sin que ella le ofrezca ninguna resistencia. Lo lleva esperando desde que ha entrado en la casa. Cogida de su cuello se deja besar y lo besa, hasta que el pitido de la cafetera les hace detenerse. Antes de separarse la besa en la nariz.

—Saca los bombones y lo que quieras para beber.

—No quiero beber nada más, con el vino está bien, he dejado las copas en la mesa.

Terminan el café y luego pasan el rato con la lección de piano. Ninguno de los dos ha hecho comentario sobre lo ocurrido en la cocina. Acompaña a Lola a casa y se despiden dándose las buenas noches sin más.

Eloy se encuentra sorprendido por sí mismo, una ilusión especial por alguien, algo que no ha sentido en su vida ha surgido precisamente ahora que su estado anímico es más débil. Y eso le da fuerza, le provoca una energía nueva y esperanzadora que le sirve en ese camino con final tan doloroso y cercano. Cambiar la desesperación por alegría permitiéndole disfrutar de un sentimiento desconocido para él, justo en el momento más atroz de su vida. Se siente renacer y al tiempo, temeroso de lo que va creciendo en su interior, por lo imprevisto, lo desconocido, incluso por lo inoportuno. Porque si lo

que va sintiendo es amor, llega tarde para poder disfrutarlo en plenitud. Se ha sentado al piano y con toda su pasión interpreta lo que estaba sonando cuando ella entró, Balladae de Chopin. Hay tristeza en las notas, que va desapareciendo conforme avanza, sosiego, para terminar resurgiendo la alegría. La alegría por vivir es lo que está naciendo en su corazón, que ya no quiere pensar, sentir, solo sentir.

Se ha levantado temprano y sale dispuesto a subir a la ermita, no está cerca pero recuerda el fantástico paisaje que puede contemplarse desde lo alto y decide ir hasta allí. El día es claro, frío, con fuerte escarcha que pone un adorno navideño en las ramas y matorrales. Avanza por el angosto sendero, lo prefiere al camino que asciende por el lado norte. Formando una serpiente, bordeado de cipreses increíbles de altos y rectos.

El sendero es de tierra rojiza con guijarros y zonas escarpadas por la erosión del agua. Empinado y entre pinos negros a un lado y otro. A pesar del tempranero fresco va sudando, no está acostumbrado a caminatas y menos monte arriba. Al ir subiendo divisa entre los árboles arbustos, y la maleza que tapiza como una maraña totalmente el suelo. Una ligera neblina infiere un aire de poético misterio al paraje. No se detiene a descansar, va resollando pues ha hecho todo el tramo rápido mientras podía, su andar ahora es mucho más lento pero con ritmo. Apenas vislumbra el sol, un haz de cuando en cuando como lámpara auxiliadora ilumina el sendero, formando una lluvia de colores al contraluz, entremezclados con la nebulosa. Los árboles parecen tocarse en lo alto techando con sus ramajes lo que ya le parece un pasadizo.

No lo recordaba tan oscuro, quizás porque cuando iba por allí tenía treinta y pico de años menos y a esa edad los paisajes suelen pasar inadvertidos. La algarabía de la pandilla con la que solía subir impedía tener en cuenta lo que ahora aprecia. Cuando ya el aliento parece esfumarse llega a lo alto, a la explanada de la ermita de San Sebastián, el soldado romano. La zona es todo un contraste, el cielo en todo su esplendor le hace detenerse a contemplarlo lo primero: “como el de los Simpson”. Es lo que piensa al ver el azul intenso salpicado de

pequeñas nubes blancas. El suelo es rojizo al igual que en el sendero, hay olmos plantados, protegidos por pequeños círculos de piedra. No recordaba que los hubiese antes.

La ermita encalada, con la puerta de medio arco pintada de verde oscuro, la espadaña en el centro con su campanilla, la ve restaurada. Es un edificio pequeño, de una sola nave. Junto a la puerta, a ambos lados, hay un asiento de piedra. Se deja caer en él lamentando su falta de previsión, pues no ha pensado coger una botella de agua. Desde su posición puede ver toda la falda de la montaña pintada de los diversos verdes del bosque que la cubren. Los picos más altos de alrededor de igual colorido acercándose al cielo, juntándose con él en el horizonte. Al fondo, allá a la izquierda el pueblo, mucho menor de lo que es. Destacando el campanario, como una estampa formando casi un rectángulo emulando a su plaza, con sus calles paralelas. Apenas hay construcciones nuevas, y las que se han hecho han imitado en su arquitectura las estructuras más típicas de la zona. Por fortuna sigue siendo un pueblo pequeño. Emborronando el paisaje, un par de antenas enormes de telefonía y repetidores de señales de televisión. El aire, de tan puro, produce casi dolor en sus pulmones agotados por el esfuerzo. Siente palpitar con fuerza su corazón y un ligero temblor en las piernas. Cierra los ojos y queda adormilado, un "buenos días" le sobresalta.

Delante de él un hombre alto y muy delgado, con barba y pelo blanco, tez atezada. Con un petirrojo en el hombro, vestido como si fuese indio, con un kurta blanco. Pantalones casi tan rojizos como la tierra sobre la que está pisando, con sus pies desnudos livianamente protegidos en su andar por unas sandalias artesanas.

—Espero no haberte asustado.

Su voz está llena de serena cordialidad al igual que su amplia sonrisa.

—No, bueno, un poco, buenos días. No esperaba encontrar a nadie aquí arriba, no siendo la fiesta.

—Vivo aquí hace ya veinte años. Me llamo Pedro.

Le ofrece la mano, Eloy se levanta y le da la suya. Un apretón cálido de una mano en extremo delgada pero agradable al tacto, con

dedos casi tan largos como los suyos.

—Eloy, encantado. Hace más de treinta que no subo y hoy me ha dado por venir. No recordaba lo alto que estaba.

—Has subido por la senda, ya no lo hace nadie, ahora cogen el coche muchos, y los que lo hacen a pie vienen por el camino. Es más cómodo por lo ancho. La senda resulta peligrosa, al no darle el sol está muy resbaladiza, para bajar mejor te vas por el camino. Aunque es de una belleza singular y misteriosa, como un bosque de hadas o de brujas, prefiero pensar que de hadas. ¿Eres del pueblo? No te conozco.

—Sí, pero he estado fuera muchos años.

—¿Estás de vacaciones?

—No, he vuelto para siempre.

—Eso está bien, la tierra de uno es como la madre, llama el volver a ella. Iba a tomar un bocado, vamos, te vendrá bien después de lo andado y mejor para lo que te falta.

—No te digo que no, ni agua he traído.

—Te habrás hecho de ciudad, si tuvieses costumbre de andar por el monte llevarías un morral con algo que echarte al cuerpo.

Abre la puerta y entran en la ermita. Eloy se detiene contemplando el lugar. Apenas una veintena de asientos de madera alargados. En el centro de la nave, al fondo, el pequeño altar con una sencilla cruz y una hornacina con San Sebastián en lo alto, tal como lo recordaba. Un velón encendido y la luz de un par de tragaluces es la única iluminación. Nada ha cambiado.

—Tengo la vivienda detrás del altar, me dio permiso el cura a cambio de mantener esto limpio, y lo procuro, aquí vivo cerca de Dios y en plena naturaleza que es lo que me gusta. Lo cual es casi como vivir en el cielo estando en la tierra. Todo un privilegio que pocos tienen.

La habitación es amplia, tiene un pequeño hornillo, un camastro, una mesa y un par de sillas. Una pared repleta de libros y un arcón.

—Como el mejor de los hoteles, en plena serranía. Al otro lado tengo el taller y el retrete, si tienes necesidad, a tu disposición. Siéntate por favor, debes de estar cansado, o por lo menos lo pareces.

—Lo estoy, has dicho el taller, ¿a qué te dedicas?

—A parte de vivir, que ya es todo un arte, soy tallista. Hago pequeñas tallas de santos y animales. Las bajo al pueblo y Luis, el concejal de cultura… No sé si le conoces.

—Es amigo mío.

—Bien, pues también lo es mío, él se encarga de llevarlas a Cuenca, allí las venden a los turistas. Y con eso soy rico, pues la verdad es que poco necesito. Me sobra casi todo lo que gano, lo hago porque me gusta aparte de que sea mi medio de vida.

—Algo tenemos en común pues, yo soy pianista, es lo que me gusta y hasta hace poco mi medio de vida.

—Tú ¿no serás el Pianista?

—Sí, así creo que me llaman por el pueblo.

—Vaya pues, me alegro de conocerte, llevo tiempo oyendo hablar de ti. Qué si estabas en Japón, qué si en París, Roma. En fin, en mil sitios según me han contado.

—Hasta ahora así ha sido.

—Y, ahora ¿qué pasa, has vuelto, ya no vas a seguir siendo pianista?

—De manera profesional no.

—¿Y eso, te has cansado?

—La vida se ha cansado de mí, he vuelto para morir.

Eloy se descoloca así mismo, no sabe por qué lo ha dicho, intenta frenar su indiscreción. A pesar de que Pedro no ha hecho el más mínimo gesto al oírle.

—Perdona, no me gustaría... No sé por qué te lo he dicho, no lo sabe nadie, ni quiero que lo sepan. Solo Carlos, el médico. Te ruego que no hagas comentario de lo que acabo de decirte.

—No te preocupes, considera que ha sido una confesión y yo soy el cura, que no lo soy pero como si lo fuera en este caso. ¿Estás enfermo?

—Sí, sin remedio, me queda poco tiempo, no llega al año; eso es lo que me han dicho.

—Si lo crees así, así será. Todos tenemos la fecha señalada, pero no la sabemos, tú tienes ventaja, más o menos la conoces. Ahora ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Qué quieres decir?

—Ve comiendo a la par que hablas, que para eso estamos aquí. El queso me lo trae un amigo pastor, está muy curado pero con un poco de vino se ablanda pronto y cae bien. Lo que quiero decir es que, ahora tienes que hacer aquello que desees antes de irte. Seguro habrán cosas que no has hecho por tu trabajo o las circunstancias. Bien, ahora tienes la oportunidad. Ya no trabajas, tus circunstancias supongo son diferentes. ¿Qué quieres hacer que no has podido hacer?

—No lo he pensado.

—Pues piénsalo y hazlo. ¿Por qué has subido hoy aquí?

—No lo sé, me vino el impulso, recordé el maravilloso paisaje y sin más salí de casa y eché a andar.

—Pues justo eso, te ha apetecido hacer algo que en todos estos años no habrías ni pensado, lo has hecho, te has sentido a gusto. Me has conocido a mí, que no valgo mucho pero soy algo nuevo en tu vida. Ya tienes con quien hablar de lo que quieras cuando desees, yo siempre estoy dispuesto. Nunca es tarde para hacer lo que a uno le viene en gana hacer. ¿Tienes mujer?

—No, ni la he tenido.

—¿Por qué, no has querido o no la has encontrado?

—Creo que la he encontrado ahora, precisamente ahora que ya ni tiempo tengo.

—Olvídate del tiempo. El tiempo no existe, solo el momento. Y el momento lo tienes igual que todos. Si la has encontrado aprovecha el momento. Amar es lo más maravilloso que existe en la tierra, es lo único que de verdad nos acerca a Dios. Nos hace semejantes a Él, porque Dios es Amor. No soy ningún santurrón, no te equivoques, lo que te digo es pura lógica, si crees en Dios. Si no crees no importa. Entonces te digo que amar es lo que nos hace eternos, infinitos como el universo. Es la fuerza total que lo mueve todo. La verdadera energía cósmica, eso es el amor. Aprovecha tu momento amigo Eloy, no lo dudes, mientras dudas estás perdiendo esa oportunidad de dicha que puedes vivir y compartir con la persona amada.

—Pedro, no sé qué me ha impulsado a confesarme contigo, pero me alegro, me ha hecho bien escucharte. Tienes una forma de hablar tan serena, el sonido de tu voz me transmite paz. Dime ¿cómo es que

viniste a vivir aquí de esta manera? Que me parece de una locura maravillosa.

—Vaya, lo comentan por ahí, pero tú vas y me lo dices a la cara.

Ríen los dos.

—Verás, yo tenía todo. Todo lo que muchos creen erróneamente que es lo que un hombre necesita para ser feliz. Una mujer, dos hijos y un trabajo de altos vuelos. Era ejecutivo de los que llevan detrás un par de secretarias y un guardaespaldas que hacía de chofer. Ese era yo. Sin momentos para mí. Trabajo, relaciones sociales de alto nivel. Viajes al extranjero, hoteles de lujo y mujeres también de lujo en esos viajes. Un día, sin más, me hundí. Caí en el abismo de la sinrazón saturado de tanta felicidad estandarizada. Me quedé en un rincón en mi casa de diez habitaciones, en la que no pasaba más que las horas que dormía a base de pastillas. Mi mujer me llevó medio drogado al psiquiatra, estrés fue el diagnóstico. Me mandaron descansar y mientras descansaba en una clínica en Suiza, ella pidió el divorció.

«No he vuelto a ver a mis hijos, se quedaron con ella, por otro lado apenas los conocía. Mi abogado se encargó de darles todo lo que tenía, y, así, ligero de equipaje, eché a andar. No volví a nada de lo que era antes. Anduve un año buscando dónde meter la cabeza, encontré esto. Y aquí estoy, feliz con mis libros y mis tallas. Con petirrojo, que ya ves, no me deja y compartimos la comida, siempre come de mi plato. Lo de tallar no es nuevo, de pequeño era mi afición favorita. Pero para el hijo de un economista, que era mi padre, eso no era una profesión. Ni intenté dedicarme a ello. Hice lo que se esperaba y lo hice tan bien que me volví loco. Ahora me llaman el loco de la ermita, ahora que estoy cuerdo, ahora que soy de verdad yo. No lamento nada, me siento en paz con el mundo. Tengo sesenta y seis años, no sé como tú lo que va a durar mi vida. Pero te aseguro que puedo morir hoy, lo haré satisfecho por vivir como vivo. En paz conmigo mismo, con Dios y con el cosmos.

—Me parece admirable que vivas así, tal cual tú has decidido. ¿Bajas al pueblo alguna vez?

—Sí, por supuesto, una vez a la semana o dos, según. Compro lo que necesito, me tomo un café en el bar, hablo con la gente. A veces

alguien sube a charlar un rato y me trae pan, entonces tardo más en bajar. ¿Por qué lo dices?

—Porque voy a dar un concierto el día veintidós en la casa de la cultura y me gustaría que asistieras, si es de tu gusto.

—Por supuesto, tengo un transistor, escucho música a menudo, me encantará asistir.

—Bien, mi casa es...

—Sé cual es, la de el Pianista.

—Pues te espero allí, el concierto es a las siete de la tarde, luego puedes quedarte a dormir en mi casa si quieres.

—No, tú tendrás que atender a los que quieran agasajarte, volveré a la mía y cuando tú quieras vienes a verme y seguiremos hablando.

—Pero a esas horas, en pleno invierno, ¿vas a subir hasta aquí?

—No te preocupes, ya me acercará alguien. Tengo amigos, aunque viva como un loco ermitaño.

—Bien, pues te espero.

Eloy le da la mano y Pedro se la estrecha entre las dos suyas, le acompaña hasta el inicio del camino y allí vuelven a despedirse con el mismo gesto.

Bajando, va contemplando el maravilloso paisaje, respirando el aire limpio cuajado del aroma de los pinos, impresionado por los majestuosos cipreses guardianes de la paz, respetuosos con la grandiosidad de la naturaleza que les rodea. No parecen altivos, más bien intentan armonizar con el entorno. El Sol, en lo más alto, le indica, aunque no es muy entendido, que ya es tarde. No lleva reloj, hace días que no se lo pone, ni ha cogido el móvil. Cuando entra en casa son más de las cinco de la tarde. Está cansado físicamente, se siente lleno de bienestar. Sentado en el sillón se ha quedado dormido. Llaman a la puerta y despierta sobresaltado. Es Lola.

—Hola, ¿qué te pasa? Tienes la cara de levantarte de dormir.

—Así es, me has despertado tú.

—Perdona, ¿quieres que me vaya?

—No seas tonta, anda pasa, estamos aquí como pasmarotes. He subido a la ermita y he vuelto pasadas las cinco, me he sentado en el sillón y me he quedado dormido, estaba rendido.

—Creí que no te gustaba hacer deporte.

—Y así es, bueno, no es que no me guste, en realidad nunca le he dedicado tiempo. Hoy he tenido la gran idea de subir por ver el paisaje y me ha valido la pena doblemente. Ver toda la maravilla que desde allí puede contemplarse y, la subida por la senda que no lo ha sido menos. Además, he conocido a un hombre singular.

—Pedro, te habrás sorprendido.

—¿Le conoces?

—Todos en el pueblo le conocemos. Somos amigos, hablo a menudo con él. Todos los años organizo una excursión a la ermita con los niños, en primavera. Ha regalado algunas tallas para el belén de la escuela. Y el nacimiento de la iglesia es todo de él. ¿Te ha enseñado el taller?

—No, hemos almorzado juntos, me ha invitado, no había cogido ni agua, estaba casi sin aliento. Vamos a tomarnos un café antes de empezar.

—Te lo iba a decir, he traído unas rosquillas de anís, me regalan a toda hora. Pedro es una excelente persona, muy culto, con algo especial. No me refiero a su excentricidad en el vestir o por cómo vive. Es su forma de hablar, transmite paz, como si formara parte del ambiente que allí se respira. Me gusta mucho hablar con él. Al parecer, cuando vino le tildaron de loco, aún hay alguno que le llama el loco de la ermita. Pero la mayoría saben que de loco no tiene nada, al contrario, es más cuerdo que muchos. Hace unos años me atreví a invitarle a él y a su amigo Avelino a dar una charla en la escuela con la flora y fauna como tema. Avelino es un pastor que vive más o menos como él. Estuvieron geniales, tanto que ahora la dan todos los años. ¿Y qué te ha parecido?

—A parte de sorprenderme, me ha encantado. Le he invitado al concierto. Por cierto, he pedido una entrada para ti, así que no la compres. Pedro me ha dicho que vendrá. He actuado en sitios importantes y con orquestas que era un privilegio tocar con ellas. Pero no sé por qué, este concierto me ha ilusionado, no te puedes imaginar cuanto.

—Es natural, es tu pueblo, tu gente. Y después de tantos años sin

estar aquí. Además, es la primera vez que vas a tocar, la expectación es enorme. Eres el tema de todos los días en la tienda, en el horno; por donde voy están hablando de ti. Todo el mundo presume de conocerte y saber con detalle por donde has estado estos años.

—¿Y tú?

—Yo soy la que menos te conozco, lo que sé de ti es por Isabel y Jacinto, no puedo presumir. Aunque ya saben todos que soy tu alumna. Es una de las cosas negativas que tiene un pueblo pequeño, no puedes hacer nada sin que se sepa.

—Ellos no me han oído tocar, ni les he besado. Bueno, alguna sí cuando era joven. Aún no me has dicho que te pareció. ¿Toco mejor el piano que beso o al revés?

Están sentados en la pequeña mesa de la cocina. Lola le mira sonriendo, toma un poco de café.

—Creo que con la muestra que tengo, es poco para valorar tanto de una cosa como de otra. Ya te lo diré más adelante si tengo motivo suficiente para darte una opinión.

Eloy ríe con ganas.

—Seguro que tendrás motivo suficiente, espero. Anda vamos a ver como te portas hoy.

Sábado por la mañana, con un frío que deja las manos rígidas a pesar de los guantes, él y Carlos plantados en medio del corral.

—Mira, primero hay que quitar todo lo innecesario, no tienes mucho trasto, pero lo poco que hay sobra. Luego haremos un poco de obra, hay que instalar un sistema de goteo. Aquí no tenemos problemas de agua, pero hace que te desentiendas del riego y no encharcas lo que no es preciso. Como es grande, yo pondría un pequeño invernadero, es bonito y puedes tener protegidas las especies más delicadas.

—Oye, Carlos, ¿tú estás pensando en un jardín o en un botánico?

—Tranquilo, hombre, será discreto, tiene que quedarte espacio para pasear si te apetece. Vamos a terminar de limpiarlo y luego veremos las herramientas que necesitas y el material, cuando pasen las fiestas empezaremos, hay que terminarlo para plantar en primavera. Así que

no te arrugues y a la faena.

Durante casi toda la mañana trabajan los dos de lo lindo, han dejado todo el terreno limpio. Carlos le da la lista de lo que tiene que comprar, se han sentado en el suelo con un bocadillo y una cerveza cada uno.

—No sé cómo darte las gracias. Estoy molido pero me siento estupendamente.

—Oye, Eloy deja de dar las gracias, me considero tu amigo y hacer esto me gusta; no tienes que agradecer nada, solo disfrutarlo. Esto se hace para disfrutar o por lo menos yo lo hago por eso. Y, dime, ¿cómo va lo del concierto? Mi mujer va a estrenar un vestido, creo que todas harán lo mismo. Por cierto, ya me olvidaba ¡joder! Tengo la cabeza de adorno. Estás invitado esta noche a cenar en mi casa, y para que la fiesta sea completa, te traes a Lola de pareja. Me dijo que te llamara y lo hice ayer, pero no contestaste y si me descuido me voy sin decir nada.

—Por mi encantado, pero no sé qué planes tendrá Lola.

—Aquí planes no hay muchos, Isabel y Jacinto están en Madrid, ella suele cenar con ellos los sábados, así que imagino que estará libre. Me voy, date una ducha antes de enfriarte más o mañana estarás molido, yo estoy acostumbrado pero tú has sudado de lo lindo.

—Pues me siento de cine.

—Sí, pues ya me dirás mañana cómo tienes los huesos.

Después de ducharse baja y se queda contemplando el corral, que ya no lo parece. Es un espacio cuadrado, con un cobertizo de piedra, donde estaba el gallinero. En el rincón y pegado a la casa hay un pequeño horno, al otro lado el pozo. Asaban cordero en las fiestas, incluso recuerda haber visto hacer pan alguna vez. La valla de piedra apenas alza el metro, con un portillo de madera ya muy deteriorado. Le suena el móvil, es Lola.

—Hola, ¿tienes algún plan para esta noche?

—Pues sí, tengo uno, ¿por qué?

—Nada, era por si no tenías ninguno, pero así nada. Acabo de ver pasar el camión que trae el piano y he pensado que podíamos cenar juntos. Pero me alegro de que tengas plan, ya nos veremos.

—Espera un momento, siempre vas corriendo. El plan que tengo te incluye a ti, iba a llamarte, te has adelantado. Me ha invitado a cenar Carlos, el médico. Bueno nos ha invitado a los dos. Le he dicho que sí, ¿te parece bien?

—A Carlos lo tengo menos tratado, pero Myriam es mi amiga, hablo con ella casi a diario y no me ha dicho nada. Pero ¿cómo es que me invitan a mí?

—Supongo será porque le he contado que hemos cenado juntos, pensará que me sentiré más cómodo si vas conmigo.

—¿Y es así?

—Por supuesto, yo conozco a Carlos, ya le considero amigo, pero a su mujer no. Así que si vienes conmigo está equilibrado, aparte del placer de tu compañía.

—Gracias, bueno, parece está todo decidido, acepto. Pasa a recogerme pues, te viene de paso.

—De acuerdo, hasta la noche.

Se sienta frente al piano y comienza a tocar un tema de Ravel, Gaspar de la Noche. Cuando toca en su mente solo la música. Le transforma, le transporta, le sumerge en un mundo de sentimiento y sentidos. Todo su cuerpo es expresión viva de lo que interpreta, cierra los ojos dejándose mecer por las notas, lentas, muy lentas, con suave cadencia, apenas quiebran el silencio de la casa. Para subir en tono, en ritmo, en alegría. Hay una fuerza elegante que sube y baja, que se recrea en melódicos sonidos, rompiendo como el agua al deslizarse por una cascada, salpicando con su frescura el ambiente. Sigue como el aire que llega de lejos, que se acerca y envuelve moviendo las hojas. Para terminar con dinamismo. Respira hondo, aún con los ojos cerrados. Vive.

Decide llevar para regarle a Myriam, la mujer de Carlos, un CD de los que tiene grabados. Lo único que hay en el mercado suyo son grabaciones en directo con algunas orquestas, en las que su actuación no era relevante. En distintos momentos a lo largo de los años ha grabado, por su propia satisfacción, algunos CD, y es uno de esos el que coge. Va a recoger a Lola, que baja corriendo.

—¿Andas despacio alguna vez?

—Cuando ando con alguien, contigo voy despacio no te quejes. Eres un poco carca.

—Lo soy por edad, pero no por espíritu. Si me entreno seguro que te gano a correr. Y me tenías que haber visto subiendo por la senda hasta la ermita.

—Ahora vas de chulo. Quedé primera en la maratón, hace un siglo de eso, pero desde luego que a correr, tú no me ganas. Y, oye ¿cómo te atreviste a meterte por la senda, es un auténtico bosque?

—La verdad es que por ignorancia, la recordaba de cuando era joven, subíamos por allí. Reconozco que hice una temeridad, aunque no me arrepiento. Caminar por ella es como ir por un bosque encantado y misterioso. Si quieres vamos un día, me tomaré vitaminas antes para que no me dejes atrás.

—Subiremos si quieres, pero por el camino, no es tan misterioso pero ya supone un esfuerzo considerable. Veremos quién gana.

Myriam es una mujer dulce de aspecto y con modales exquisitos. Aunque nació en el pueblo pasó la mayor parte de su juventud entre Cuenca y Madrid, allí conoció a Carlos, que aun siendo de ciudad era de espíritu rural. Tras rodar por varios pueblos consiguió la plaza en Villanueva, el pueblo de Myriam. Su única aspiración es saborear cada momento de la vida gozando con su familia y amigos. Haciendo Carlos su trabajo lo mejor que sabe y teniendo ambos como prioridad la educación de sus hijos y vivir la vida sin prisas, disfrutando sin que nada les asfixie.

Les reciben los dos en la puerta.

—Pasad, tenemos a los hijos esperando saludaros para poder marcharse a cenar con sus amigos.

—Pero Carlos, no era necesario hacerles esperar.

—No, si han sido ellos los que querían estar aquí por conocerte, y por ver a Lola que hace tiempo que no coinciden con ella.

Chema, Bárbara y Ana se levantan al verles entrar. Tras conversar un poco se despiden.

—Me he alegrado mucho de verles a los tres juntos después de tanto tiempo. Creo que hacía casi dos años que no les veía. Chema

está hecho un hombre. Y las niñas están preciosas.

—Preciosas y volviéndome loca, no te imaginas con la ropa la que organizamos. A todas horas comprándose pingos.

—Venga, Myriam, que tú eres igual que ellas, no quiero decir que te compres pingos, pero que te encantan los modelitos.

—Por favor, Carlos ¿te parece bonito decirme eso delante de Eloy, qué va a pensar?

—Pienso que eres encantadora. Te he traído este CD, es una grabación mía, me dijo Carlos que te gusta la música clásica.

—No voy a decirte aquello de: "¿por qué te has molestado?". Me encanta que te hayas tomado la molestia. Muchas gracias, estoy impaciente porque llegue el día del concierto. Pero, por favor, sentaos, vaya anfitriones que estamos hechos. Todo el pueblo habla de lo mismo, no sé si sabes que eres una celebridad.

—A lo mejor dejo de serlo después de oírme tocar, me estoy asustando de tanta expectación.

—De susto nada, aun en el caso de que te saliera algo mal la mayoría no lo distinguiría, seguro que nos dejas con la boca abierta. Lola, tenemos que ponernos guapas, Isabel ha aprovechado que Jacinto iba a Madrid para comprarse algo para la ocasión.

—Ya me lo dijo, ¿pero en serio os vais a poner de largo?

—Mujer de largo, largo, no, pero algo elegante. Un concierto de piano, con un pianista de nivel internacional, es mucho para el pueblo. Hay que estar a la altura.

—Por favor, me parece que os estáis pasando. He actuado por medio mundo pero eso no quiere decir que sea famoso, que no lo soy. No soy malo pero tampoco nada excepcional. Así que bajad un poco el listón, podéis vestiros normal, pues lo que oiréis será tal cual.

—Eloy no nos prives del placer de dar relevancia al asunto, es el acontecimiento del año, y procuraremos estar a la altura.

La velada transcurre en un ambiente muy agradable, Carlos cuenta algunos chistes y anécdotas que le surgen en su trabajo.

—El verano pasado tuve que atender a uno que vino a consultarme por estreñimiento. Había estado de viaje y decía que con el cambio de aguas llevaba diez días sin evacuar. Le receté un par de enemas, y

luego le tuve que atender por vómitos y diarrea. Los había tomado los dos por boca, el muy bruto.

—Pero ¿tú le habías explicado lo que tenía que hacer?

—¡Yo qué le voy a explicar! Si le dices póngase esto, y si en un par de días no ha hecho, póngase otro. Cómo voy a pensar que a estas alturas de la vida no sabe lo que es un enema.

Ya de regreso, una fina lluvia les acompaña. Myriam les ha prestado un paraguas. El frío es notable.

—Cógete de mi brazo, no vayas a resbalar.

—Sí, así si me resbalo nos caeremos los dos. ¿Qué te ha parecido Myriam, a que es un encanto?

—Sí, lo es, ahora entiendo que Carlos tenga esa tranquilidad, hacen muy buena pareja. Bueno, dime, ¿vas a ponerte de tiros largos para el concierto? Menuda locura la que estáis montando, ni que fuera Rubinstein.

—Ese está muerto, tú vivito y coleando, así que para todos nosotros eres mejor que él, pues a ti te tenemos. Me pondré lo mejor que tengo, faltaría más.

Eloy se ha detenido y la mira. Los dos debajo del paraguas, apenas iluminados por la luz ambarina de la farola.

—¿Qué pasa, he dicho algo inconveniente?

—No, nada. Tendré que prepararme bien el repertorio para que sea del gusto de la mayoría. He pensado en entremezclar lo clásico con algo más popular, que pueda ser conocido. ¿Qué opinas?

—Bien, sí, será lo mejor, desde luego todo clásico puede gustar a menos gente. ¿Te has parado para decirme eso? Vaya, me has asustado, tenías una expresión extraña, creí que te habría molestado el que mencionara a Rubinstein con poco respeto.

Eloy ríe, han seguido andando. No le ha molestado nada, ha sentido como una punzada dentro al oírle decir: “vivito y coleando”. Cuando menos lo espera algo surge, una palabra, una sensación que le recuerda en qué momento de su vida se encuentra. No quiere pensar. Y sigue hablando atropellado dando los nombres y características, que le vienen a la mente, de las obras que puede interpretar. Han llegado, parados delante de la puerta, uno frente al otro intercambiando sus

vahos, ni cuenta de la humedad reinante. La lluvia no les molesta, debajo del balcón no necesitan el paraguas. La suavidad de su sonido es una agradable banda sonora. Hablan bajo, no son horas de tonos altos. Ella ríe bajito, él está tarareando una melodía.

—Vete ya, vamos a coger un resfriado. Y no será por la lluvia, algún vecino nos tirará un cubo de agua, tocas bien pero cantar no es lo tuyo.

—¿Me estás diciendo que no canto bien, cómo te atreves? Mañana vas a tararear todo lo que toques, ya veremos qué tal lo haces. No tienes ningún respeto por tu profesor.

Insiste con su tarareo. Y ella.

—No seas ganso, anda, vete de una vez.

Hace caso y antes de marcharse, se inclina y la besa rápido, dándole las buenas noches ya iniciando la marcha, va tarareando: "Cantando bajo la lluvia" y moviendo los pies, claqueando a lo Gene Kelly. Lola ahogando la voz y la risa.

—¡Abre el paraguas, estás pirado!

Lola entra en su casa riendo, flotando. Se ha quedado con las ganas de echarse en sus brazos. Enamorada, fascinada por ese hombre sencillo en apariencia y con tanto por descubrir, tan diferente al resto. No le encuentra peros. Hace algunos años conoció a alguno que le gustaba, pero siempre hubo un algo que la detenía de seguir avanzando en la relación. A él le ve perfecto, maravilloso. Y solo quiere hacer realidad su deseo de ser para él algo más que su alumna o su amiga. Todo, quiere serlo todo para él. Tiene esa sensación de cercanía, de intimidad que, solo las personas con las que algo muy especial te une a ellas provocan. Con nadie lo ha sentido con tanta intensidad. Se duerme con la sonrisa en la boca y soñando con el millón de besos que desea y espera darle.

Eloy ha llegado a casa mojado, parte del recorrido ha seguido con su baile, lleva los pies chorreando. Loco, como nunca lo ha estado. La fría noche con la lluvia cada vez más intensa, oscura como boca de lobo, le ha dado una luz inmensa. El recorrido por las estrechas calles, con sus farolas antiguas pigmentando la lluvia con su pálido resplandor, embrujando cada tramo. Ha sido el escenario perfecto

para su ensoñación. La quiere, está tan ilusionado por lo que va sintiendo que le da la vuelta a todo. Tenía que pasarle lo que le pasa, para volver allí y conocerla. Recuerda las palabras de Pedro: “No importa el tiempo, solo el momento”. Este momento es lo que vale y está decidido a vivirlo intensamente. Todos creen que ha vivido mucho, pero en realidad vivir es lo que está sintiendo, y piensa aprovecharlo. Se duerme pensando en Lola, en su risa, en sus ojos chispeantes y sorprendidos.

4

Apenas despierta, baja, se sienta frente al piano sin siquiera desayunar y comienza a tocar. La Campanella de Liszt. La energía le sale por todos los poros, se siente renacer, rejuvenecer, más vivo que nunca.

Encarna anda como poseída. Que su primo dé un concierto, no solo la conmueve, la llena de orgullo, todo el mundo la detiene para preguntar o decirle algo.

—No sabes lo que vengo llorando esta semana, pensando en tus padres, sobre todo en tu madre. Qué felices les hubiera hecho el poder asistir al concierto. Señor, qué alegría tan grande. Siempre me han

preguntado por ti, pero estos días es que no me dejan ni andar. Oye, si vas a estar ensayando esta semana te vienes a comer a casa, no me mal comas y andes de bocadillos.

—Encarna, que no es para tanto, ¡caramba! Como algún bocadillo pero poco, estoy bien alimentado.

—Me da lo mismo, ven a comer en casa y estaré tranquila.

—Quien tiene que estar tranquilo soy yo. Necesito calma para poder tocar bien.

—¿Y qué, lo dices por los críos? No te preocupes que ya les haré yo estar quietos. Lo dicho, y no me hagas enfadar, esta semana por lo menos la comida la harás aquí, luego ya te apañas. No vas a ir subiendo y bajando con prisas.

—Está bien, no hay quien pueda contigo, mañana empiezo los ensayos. Vendré a comer, tranquila. Me voy con Venancio a tomar una cerveza.

Venancio le está esperando en la puerta. Es un hombre de aspecto rudo, grande, muy buena gente, poco hablador. Aprecia a Eloy a pesar de lo poco que se han tratado, contagiado por su mujer.

—Has hecho bien en decirle que sí, me hubiese atormentado todos los días. Anda vamos, es cierto lo que dice, ahora todo el mundo nos pregunta allá donde nos ven. Hasta los dos rumanos que tengo de jornaleros me han preguntado. Y la verdad es que me gusta que lo hagan, aunque a veces resulten pesados.

En el casino han hecho corro, unos saludan, otros preguntan. No les han dejado pagar la cerveza. Vuelven a casa los dos aturdidos y más tarde de lo habitual, con la consiguiente riña de Encarna que no permite retrasos a la hora de las comidas. Miguel no está, tenía hoy un partido de baloncesto en otro pueblo. Así que, al poco de haber terminado, aprovecha que Venancio está queriendo dar una cabezada para despedirse. Un cálido sol le invita a dar una vuelta, al poco se encuentra frente a la casa de Lola, sin pensarlo sus pasos le han llevado hasta allí. La llama por el móvil.

—Hola, dime.

—Estoy en tu puerta, hace un día espléndido ¿te apetece dar un

paseo antes de clase?

—De acuerdo, ahora bajo.

Baja corriendo como siempre, con las mejillas arreboladas, la sonrisa en la boca y en los ojos. Abrochándose el abrigo, a pesar del sol hace frío. Él le coloca bien la bufanda. Ella ríe.

—Hola.

—Hola, estaba dando una vuelta, es una lástima no aprovechar este solecito.

—¿Qué llevas en esa bolsa?

—La cena, mi prima que, como tú dices es una madraza, me la pone todos los domingos. Esta semana quiere que coma allí. Tiene miedo de que por culpa de los ensayos mal coma.

—Anda, quéjate encima, ya puedes dar gracias de que sea como es. A mí me surte de mermelada y embutido. Tiene un corazón como la copa de un pino.

—No me quejo, la verdad es que estoy agradecido, siempre nos hemos llevado bien. Todos estos años, después de faltar mis padres, no ha dejado de cuando en cuando de llamarme, yo también a ella, pero ella mucho más. Cuando era pequeña venía siempre detrás de mí, al ser hija única y yo también, nos criamos como hermanos. Está como loca con lo del concierto. He ido al casino con Venancio y no te puedes imaginar, ni pagar que nos han dejado.

—Esta semana no haremos la clase, tú tienes que ensayar y yo con los preparativos del belén estoy bastante ocupada, por cierto, tienes que venir, es el domingo por la tarde. No me falles.

—Por supuesto, allí estaré. ¿Entonces, no quieres que demos clase?

—No quiero que te agobies por mi causa.

—No hay ningún agobio, ensayaré por la mañana solamente, tampoco tengo que discutir con ningún director, así que todo el tiempo que dedique será aprovechado. Mañana a primera hora empezaré, hasta el viernes tengo tiempo de sobra, en realidad todo me es muy conocido, ahora lo que tengo que hacer es familiarizarme con el piano. Por tanto, si puedes, ven a clase. ¿O te supone un problema?

—No, algún día a lo mejor llego algo más tarde, lo decía por ti, por si necesitabas el tiempo ese.

Han llegado hasta la estación, el sol comienza a declinar y el frío es cada vez más intenso, dan la vuelta y aprietan el paso hasta llegar a casa de Eloy, entran los dos agradeciendo el cobijarse.

—Prepara el café, yo encenderé el fuego.

—De acuerdo, nos vendrá bien. ¿Por qué no has comprado una estufa eléctrica? Mientras estás fuera podría entonar esto un poco.

—Tengo una arriba en la habitación, pero aquí no lo había pensado, tienes razón, lo haré. Está apretando el frío y cuesta dar calor. Hay coñac, sácalo, nos tomaremos una copa.

—Si bebo coñac no te garantizo lo que pueda hacer en el piano, me chispa enseguida.

—Bien, así igual te sale la voz mejor, recuerda que hoy vas a tararear lo que toques.

—Si lo que quieres es que llueva, vale, cantaré.

Con el fuego encendido se sientan los dos enfrente de la chimenea, uno en cada sillón con las tazas del café y un coñac.

Eloy contempla las llamas en silencio, no percibe que Lola le está observando, hasta que ella le pasa la mano por delante del rostro.

—¿En qué piensas?

—No pensaba, siempre me ha gustado mirar el fuego, tiene magia, cómo la música. Puedes imaginar lo que quieras contemplándolo. Danzas, batallas, figuras fantasmagóricas, encantadas, rostros... El crepitar inspira melodías, y el aroma que desprende es embriagador. Amén del calor que nos proporciona y que tanta falta nos hacía, ningún artilugio moderno puede compararse. El calor artificial no tiene vida, el fuego sí. Él mismo es vida, palpita, ¿le oyes? Respira ¿no lo ves? Contemplarlo me hace sentir en mi casa, con mi familia, con mis padres siendo niño. El fuego es destructor y a la vez creador, purifica. Poético, el fuego es arte, es pasión.

—Nunca he tenido chimenea, por supuesto que he estado delante de alguna en muchas ocasiones, aquí en el pueblo. Pero nunca me había parado a pensar todo lo que dices. Es muy bonito. Sí, creo que tienes razón, pueden verse figuras. Con la imaginación en marcha supongo que cualquier cosa que quieras.

Eloy, con la mirada clavada en las llamas, comienza a recitar un

poema. Lola le contempla extasiada. Su voz llena de pasión, su expresión como cuando toca el piano, transformado como si flotara. Su tono perfecto acompasando en cada palabra, dándole ritmo tal que de música se tratara.

Fuego

Divina danza
que mi mirar recrea,
embrujando mis sentidos,
calmando la gélida desnudez
de mi alma solitaria
con el calor del abrazo
del amor correspondido.
Rey de los duendes,
dueño de misterios no esclarecidos.
Subes y bajas, crepitas, humeas,
dormitas en ascuas, colores ensueñas.
Ambarinos, verdes y azules,
triunfas en anaranjado,
hasta en blanco y rojo te balanceas.
Quimera de locos y brujas,
pasión de los enamorados.
Invades los corazones, iluminas las miradas,
abres las carnes receptoras de tu magia.
Mueres por quien viviste,
consumiendo
a quien te dio el alma.

—Eloy, es precioso, ¿de quién es?

—Mío, me lo acabo de inventar, ¿de verdad te gusta?

—Te lo acabas de inventar, ¿eres poeta?

Ríe divertido, viendo la expresión de asombro de ella. Sus ojos llenos de admiración, su boca entreabierta.

—Todos los somos, la poesía es algo que se lleva dentro, en lo más hondo, no en el corazón, en las entrañas. Tiene que surgir de ahí, arrancarla. En la Antigüedad consideraban al hígado como hoy consideramos al corazón, receptor de las emociones. He escrito alguna poesía, poca cosa. En momentos que necesitas sacar algo fuera o, mejor dicho, en los que ese algo quiere salir. Entiendo así la poesía. Como la expresión de algo que estás digiriendo. No me es posible

hacerla pensando, tiene que salirme sin pensar. En realidad con la música me ocurre lo mismo. Cuando mejor toco es cuando el piano y yo somos uno, la melodía surge del piano, pero pasa por mí, es como si fluyera a través mío. Cuando ocurre así, y últimamente es frecuente, yo soy la música. Me siento la música.

—Háblame de ti, de lo que has vivido, de lo que quieres, de lo que sueñas. Me encanta oírte hablar, al piano serás música, pero cuando hablas como lo has hecho ahora también lo eres. Quiero conocer tu música, me interesa más que aprender a tocar el piano. ¿Podemos hacer fuchina de la clase por hoy?

—¡Vaya maestra! Eso es un mal ejemplo para tus alumnos.

—Ahora no soy maestra, soy alumna. Además, es como si asistiera a clase, aprendo algo distinto. O quizá sea todo lo mismo, el piano es música, y tú lo eres para mí. Así que es una lección diferente pero de la misma materia. Háblame de ti por favor, ¿cómo te hiciste pianista? Venga, no te hagas de rogar, puedo ser muy persuasiva si me lo propongo.

—Bien, a ver, convénceme, dime por qué razón tengo que contarte mi vida.

Lola no lo piensa siquiera, se levanta y se sienta en sus rodillas. Eloy ríe despacio, tratando de disimular su desconcierto. Lola le coge la cabeza entre sus manos, le acaricia el pelo y le va besando por la cara despacio, ligero, apenas un roce, mientras le susurra.

—Quiero conocerte, porque me has vuelto loca sin saber de ti. Quiero saber cómo es quien me desvela por las noches y me hace estar en las nubes entre el día. Qué piensa quien me hace correr cuesta arriba cada día por no perder un minuto de su presencia. Quiero saber de quién me he enamorado como si tuviera veinte años sin importarme que él tenga cincuenta. Por qué me muero por estar entre tus brazos. Por qué el ahogo que siento por no darte todos los besos que para ti llevo dentro. Quiero saber por qué te estoy queriendo como te quiero.

Se ha separado un poco para poder mirarle, los ojos de Eloy parecen más profundos que nunca, hay pasión en ellos y a la vez ternura inmensa. Lola le sigue acariciando el pelo, la mirada de él la

invita a besarlo con toda su alma.

El Fuego, testigo de su primera entrega, les acompaña. Frente a él, sobre la alfombra han vivido ambos su momento de plenitud. Eloy recorre con sus dedos el cuerpo abandonado de Lola como si el piano fuera. Tararea muy bajito y de cuando en cuando pronuncia apenas perceptible.

"Te quiero, te quiero".

En un abrazo quedan los dos contemplando la danza del fuego, en silencio, la música la tienen dentro compartiendo la misma sonata. Ni cuenta del tiempo, no existe, solo su momento de magia, de pasión plena de vida y fuego.

Luis, el Tieso, está más tieso que nunca, contemplando el piano y a su amigo que va tecleando, comprobando el sonido de cada nota.

—¿Suena como tú quieres o tienes que afinarlo? Le dije al de la empresa que lo mandara en condiciones o no le pagaríamos.

—Está perfecto, por conforme hablaba ya me di cuenta que entendía de su trabajo, que le gustaba. Los instrumentos requieren precisión y buena relación con ellos, hay que quererlos, tratarlos con cariño. Este está muy bien cuidado. Solo una cosa, si tiene que entrar gente mientras ensayo, por limpiar o lo que sea, que lo hagan en silencio. No quiero que me interrumpan, me sale la mala leche cuando eso ocurre. Así que te encargas de decirlo a quien sea.

—No te preocupes, si vas a ensayar por la mañana lo que tenga que hacerse se hará por la tarde o por la noche si es necesario. Tú mandas, ya me ha dicho Jacinto, y aunque así no fuera, lo que pidas se hará. Dime, qué necesitas.

—Nada, una botella de agua, he olvidado traerla, eso es todo.

—Bien, pues la traigo y te dejo solo, bueno, algún ratito puede que me siente allá al final, ¿te molesta si lo hago?

—No, no me importa que escuchen, solo que me interrumpan o que hagan ruido. Puedes estar lo que quieras.

—Bien, te traigo el agua enseguida y puedes empezar.

Durante casi cinco horas, Eloy ha estado frente al piano,

descansando de cuando en cuando unos minutos para relajar los dedos y mover las piernas. Volviendo a sentarse como poseído por una fuerza misteriosa. Despeinado, sudado, con la mirada febril por la pasión que pone.

Luis no ha estado un momento, se ha quedado en la última fila durante toda la mañana, sin moverse ni un ápice. Cuando ve a su amigo cerrar el teclado, ya puesto de pie, va hacia él aplaudiendo.

—¡Joder, Eloy! Mira cómo estoy, llorando me tienes. En la vida lo hubiese pensado. Nunca he escuchado algo tan, tan... qué sé yo, no sé cómo expresarlo. No soy sensiblero y mira que no puedo parar. Eso último ha sido de morirse de bonito. Ni imaginarme que fueras tan bueno. ¡Eres la hostia, tío!

Eloy ríe con el abrazo que Luis le acaba de dar, y amaga una lágrima que se le escapa.

—Venga ya, he tenido un montón de fallos, lo que pasa es que eres un poco alcornoque y no te has dado cuenta.

—¡Y una mierda! Lo has bordado, estos días, desde que Jacinto dijo que darías el concierto, vengo escuchando música clásica a todas horas. Experto no soy, claro, pero ha sido una maravilla. Los vas a dejar a todos con la boca abierta. ¿Ese va a ser el repertorio?

—No, parte de él, en realidad tocaré de cada sonata lo que es más conocido o que crea que puede gustar más. La mayoría tienen varios tiempos. Anda vamos, mi prima es muy puntual para las comidas y apenas faltan unos minutos.

Encarna le abruma con sus atenciones, los pobres niños callados como si fueran mudos y mirándole de reojo a cada momento sin apenas levantar la cabeza.

—Ya vale, Encarna no me atiborres que no estoy cortando leña, ya he comido bastante. ¿Y a vosotros qué os pasa, por qué no habláis?

Es el pequeño Tono el que contesta porque es el más atrevido.

—Mamá ha dicho que tienes el piano en la cabeza y no podemos hablar, porque puede caerse y no tocarías bien.

Eloy suelta una carcajada, ahora comprende cómo le han estado mirando durante toda la comida.

—Desde luego, Encarna eres el colmo, vaya explicación. Bueno, lo

que no me gusta es cuando os peleáis, pero por supuesto que podéis hablar. Tomad, compraos unas chuches cuando salgáis del cole. Y dadme un beso, que el piano no se caerá por eso.

A pesar del mucho frío, apenas hay sol, va a dar un paseo, necesita andar y despejarse. Lleva bufanda y guantes, la bufanda puede olvidarla, de los guantes nunca se olvida, sus manos son lo más preciado de su cuerpo. Sin ellas no podría sentir lo que siente, lo que ha sentido esta mañana frente al piano, acariciando el teclado, golpeándolo con fuerza cuando lo requería para volver a la delicadeza, a la suave caricia. Le encanta el piano que han alquilado, un Steinway de cola en madera caoba, precioso, de 1909, suena de maravilla, lo siente ya como formando parte de él. Sin darse cuenta sus pasos le llevan hasta el consultorio, ve a Carlos sentado en un banco en el pequeño jardín.

—Hola, ¿tomando el fresco?

—¿Y, tú qué? Has empezado los ensayos según me han dicho.

—Qué barbaridad, no puedes mover un pie sin que se comente. Sí, y tengo que decirte que estoy como en una nube. Es un piano estupendo y muy bonito, además, me siento de maravilla. He tenido un oyente en el ensayo, Luis, ha llegado a llorar al final y casi me hace llorar a mí al verle. Ya ves, Luis que del bombo no ha pasado nunca, me ha emocionado cuando le he visto de esa manera. Eso ya me compensa por todos los inconvenientes que tiene esto.

—Inconveniente ninguno, todo es ventaja para ti. Harás lo que más te gusta y dando placer a los que más te quieren, todo un privilegio. ¿Vas para casa ya?

—Sí, voy a encender el fuego, luego vendrá Lola a clase y aquello debe de estar como una nevera.

—Pues te acompaño un rato, ¿puedo acercarme mañana al ensayo?

—Por supuesto, pero con la boca cerrada, no me gusta que me interrumpan.

—Soy hablador, pero aguantaré.

Lola llega como una exhalación, con las mejillas arreboladas por el frío. Nada más entrar le echa los brazos al cuello y lo besa con la misma premura con que llega. La contempla acogiéndole las mejillas

entre las manos para darle calor, las tiene frías, se las va besando arrastrando su boca por ellas. Ella ríe despacio.

—Se supone que vengo a clase, te advierto que es delito aprovecharse de una alumna.

—¿Y qué pasa cuando es la alumna la que provoca?

—Nadie te creería, y no tendrías forma de demostrarlo. Tengo muy buena reputación, tú, en cambio, eres "pianista" y ya sabe lo que pasa con los pianistas.

Ríe divertido, le ayuda a quitarse el abrigo y la coge de la cintura para ir a la cocina.

—¿Qué pasa con los pianistas?

—Pues que les gusta mucho tocar, ¿o no?

—Pues sí, en eso tienes razón.

Pone la cafetera en marcha y comienza a tocarla por todas partes, Lola ríe y chilla al tiempo. Le hace cosquillas, intenta zafarse de él y acaba colgándose de su cuello frenándolo con otro beso. El pitido de la cafetera es lo único que les para, la risa en la boca y en los ojos de los dos.

—Ya me han dicho que has estado genial en el ensayo.

—Pero bueno ¿quién te lo ha dicho? Si solo ha estado Luis.

—Pues él, nos hemos reunido por lo del belén. El cura va a ir mañana a verte ensayar, igual tienes más público ahora que el día del concierto. Lo que siento es que sea por la mañana, no puedo ir. Te van a ver todos ensayar menos yo.

—Ya veré de ensayar solo para ti, el piano es una maravilla. Despabila que hoy no te libras de la clase.

Ni uno ni dos ni tres, más de veinte personas sentadas en la última fila. Eloy saluda con un gesto sin mirar siquiera, no quiere decir palabra, no le molestan, pero tampoco quiere hablar, lo desconcentra. Hay una botella de agua y un vaso al lado del piano en una mesita. Sonríe para sus adentros, la mesita tiene un mantelito de esos hechos a mano de ganchillo, seguro que ha sido la mujer de Luis, estudió interna en las monjas y sabe de esas cosas. Ni una mosca ha oído durante todo el tiempo, entregado totalmente, si han hecho algún

ruido no lo ha percibido. Cuando termina, los aplausos resuenan como si fueran miles. Se siente abrumado por las felicitaciones. Jacinto le ha abrazado como si le fuera la vida en ello. Myriam tiene el pañuelo en los ojos. El único que ha seguido sentado sin acercarse ha sido Carlos, que sale sin decirle una palabra. Cuando llega a casa de Encarna, los niños que eran una algarabía, callan en seco. Encarna le abraza, tiene los ojos enrojecidos.

—¡Qué emoción tan grande! Qué emoción. Anda, siéntate y come, debes de estar agotado ¡Virgen Santa! La energía que derrochas, tienes que alimentarte, con razón no engordas, ¿cómo vas a engordar tocando de esa manera?

—Pero ¿tú también estabas allí?

—Pues claro, ¿si van otros, no iba a ir yo? Lo que pasa es que he tenido que salir a la hora de recoger a los niños. Y por poner la comida en la mesa. Luis ha mandado engrasar bien todas las puertas para que si alguien entra o sale no te moleste. Anda que, los tienes que les cae la baba, y Carlos, el médico, llorando casi todo el tiempo. Pero come, que se enfría. Y te llevas luego lo que te he preparado para la cena, que ayer te lo dejaste.

—Es demasiado, por lo menos dime qué tengo que pagarte.

Ha entrado Venancio, que le da una palmada en la espalda y se sienta.

—Pagar ¿qué has de pagar tú? Primero que tu prima no te aceptaría nada y segundo, que somos nosotros los que tenemos que pagarte. Tendremos que hacer cuentas un día de estos y darte lo tuyo.

—Lo mío, ¿qué es lo mío?

—Hombre, Eloy ¿no habrás olvidado el pinar, el monte? Lo tenemos nosotros.

—Sí, ¿Y qué?

—Pues eso, las ganancias de estos años, desde que faltaron tus padres.

—Eso es vuestro, yo lo único que quiero y tengo es la casa, el monte es vuestro.

—No, Eloy, estaba bien mientras tú andabas por ahí, alguien tenía que ocuparse, pero ahora has vuelto y cada cual lo suyo, haremos

cuentas y te daremos tu parte. Yo puedo seguir ocupándome pero dándote lo que te corresponda.

—Mira Venancio, a mí no me hace falta, además, mi padre lo tenía así decidido y aunque así no fuera. Bastante hicisteis ocupándoos de ellos mientras yo no estaba. Lo habéis atendido, el monte y la casa. Eso es para vosotros, para vuestros hijos. Tengo dinero, no soy rico, pero tengo y cobro una pensión, nada me hace falta. Así que no hay más que hablar. Lo que haré será arreglar los papeles un día de estos, para que la cosa esté en orden y punto.

—De eso nada, tú eres joven aún y ya te lo dije el día que llegaste, lo que tienes que hacer es casarte. Aún puedes tener hijos, así que nada de papeles, lo tendremos nosotros pero si te casas eso tiene que ser para tus hijos.

—Bien, sea lo que queráis. Quede como está la cosa, así que, Venancio de sacar cuentas nada.

—Sois un par de cabezotas los dos, ya veo que es cosa de familia. Ya me han dicho lo del concierto, los ensayos, tienes a un montón allí escuchando por lo visto.

—Sí, incluida esta, se ve que no tiene faena que se ha venido de fiesta.

—¿Qué no tengo faena? A las seis de la mañana ya estaba yo con los pucheros para poder ir y mañana lo mismo, seguro que tienes más gente.

Después de comer se acerca al consultorio, quiere ver a Carlos. Allí está, como esperándole, cuando llega hasta él, Carlos se levanta y le abraza sin decir palabra, un nudo le atenaza la garganta.

—¿Qué pasa, amigo?

—Nada, a mí nunca me ha gustado la música clásica, hasta hoy, mira por dónde. Eso es lo que pasa.

Eloy se sienta a su lado, en silencio los dos un buen rato. Carlos limpiándose la nariz disimulando su llanto.

—Estoy bien, Carlos, estoy mejor que nunca. He hecho el amor con Lola, la quiero. Siento por ella lo que jamás he sentido y no quiero pensar, no tengo tiempo para perderlo pensando.

—Has llegado aquí y lo has trastornado todo y me alegro, porque lo

que vamos sintiendo unos y otros es bueno de sentir, aunque suframos, pero hay que sentirlo porque eso es vivir. Anda vamos, cada día hace más frío y no puedes resfriarte, tienes que dar el concierto de tu vida. No sé si habrán habido muy importantes, supongo que sí, pero este, amigo mío, este será el primero para mucha gente y hay que verles mientras tocas. Tú no puedes, pero yo les miraba. Tu prima, ese trozo de pan, ni respiraba. Mi mujer, para qué decirte, y todos, los tienes a todos alucinados, y a mí, ni te lo digo.

«Así que estás enamorado. Lola es una mujer estupenda, me alegro, me alegro mucho por los dos. Aunque me duela el alma, me alegro de que estés con nosotros.

Miércoles, ha aumentado la expectación, y su frenesí frente al piano, al terminar hace un aparte con Luis.

—Mañana y pasado ya no quiero ver a nadie por aquí, me cierras esa puerta a cal y canto, no por nada, quiero ensayar ya exacto el repertorio y me gustaría que lo escuchasen en su momento.

—Como tú mandes, ya ha sido mucho que no protestaras estos días. Ten la llave, así entras y sales cuando quieras.

—Bien, quería pedírtela porque mañana estaré un rato a última hora de la tarde. Si tenéis que hacer algo que sea antes, ¿te parece?

—Lo vamos a adornar un poco. Esta tarde pasarán la aspiradora y el viernes después de tu ensayo pondremos unas flores, Jacinto quiere poner un árbol de navidad. Pero lo haremos cuando tú termines el viernes, para que esté perfecto, no vayan a mustiarse las flores. Toma las entradas que pediste, oye, si quieres que venga alguien más, lo que quieras, las entradas están ya vendidas todas, pero un hueco para quien quieras lo hacemos.

—No, gracias, estas son las que necesito. Una es para Pedro el de la ermita.

—Pero ¿tú conoces a Pedro?

—Subí un día, me prometió venir, ya me contó que le ayudas.

—Es un tío estupendo, un poco especial, pero gran persona. Y, oye, que nos ha echado más de una vez la mano en asuntos del ayuntamiento. Saber sabe un huevo, le ha dado por vivir así y bueno,

no hace mal a nadie.

—Le dije de quedarse a dormir en mi casa, porque a esas horas volver arriba, ya me dirás, pero no quiso.

—Nada, mando a los municipales a llevarlo, no te preocupes. Pedro es como si fuera de casa. Yo me ocupo, tú tranquilo.

Estando en casa esperando a Lola le suena el teléfono, es Isabel, que le habla atropellada.

—Oye, Eloy, me ha dicho Jacinto que no podemos ir ya a los ensayos y me he ido sin decirte, pues quería decírtelo yo. Después del concierto tenemos cena en el restaurante, seremos unos cuantos, les conoces a casi todos. He invitado a Encarna, hay que celebrarlo. Por supuesto estará Lola a tu lado, que ya hablaremos, estoy muy contenta por todo.

—De acuerdo, Isabel, como tú digas, supongo que no me puedo librar de esa parte.

—Ni de ninguna, el día de Fin de Año a cenar en mi casa. No te comprometas con nadie. Si tienes interés de invitar a alguien para la cena, lo que quieras, le dices a Luis.

—Bien, señora alcaldesa, está claro quién lleva el bastón en casa.

—Pues sí, en casa desde luego yo, faltaría más. Por si no te veo hasta el día H, suerte, que te salga como en los ensayos.

—Espero que mejor, gracias, Isabel ponte guapa.

—No lo dudes, me he comprado un vestido que le he dejado la tarjeta a tu amigo temblando, pero la ocasión lo merece.

Después de hablar con Isabel sube corriendo a ver el esmoquin, no lo ha sacado de la funda en que lo trajo junto con el traje. Perfecto, pero la camisa no acaba de gustarle, la tiene hace varios años.

Cuando llega Lola se la enseña.

—No puedes ponerte esa camisa, desde luego Eloy eres un desastre, está muy usada. ¿Ibas así a los conciertos?

—Los dos últimos años apenas me la he puesto un par de veces, me ponía el traje. Los más importantes eran con frac, lo he alquilado siempre.

—Bueno, mira, mañana en cuanto termine en la escuela cojo el coche, te recojo y vamos a comprar una, aquí en el pueblo no hay

adecuadas.

—Si te causa mucho problema le digo a Jacinto que me lleve, no te preocupes.

—Ni hablar, te llevo yo. He traído un bizcocho, vamos a merendar que estoy muerta de hambre, cuando me pongo nerviosa como el doble.

—Y se puede saber por qué estás nerviosa.

—Por la expectación, todo el mundo comentando lo mismo, es como si fuera a dar yo el concierto. Y encima me altera oír a unos y otros que ya te han oído tocar en ese piano maravilloso, y yo sin poder hacer comentario.

—Lo siento, otra vez será, está bueno el bizcocho. Me alegro de darte las clases, me gustan mucho las meriendas.

Lola le da un pellizco, él se ríe y a continuación la besa y después le mete un trozo de bizcocho en la boca.

—Come glotona, seguro que te pones como mi prima de rechoncha al paso que vas. Por cierto, me ha llamado Isabel ¿qué le has contado?

—Algo, no todo, pero algo. Es mi mejor amiga, ya lo sabes. Tenía que decírselo a alguien. A Myriam no se lo he dicho, porque no nos hemos visto a solas.

—¿El qué has dicho?

Eloy pone cara de circunstancias. Lola traga el bizcocho a duras penas, se ha quedado seria al verle así.

—¿Te parece mal? Isabel no cuenta a nadie lo que le digo, es como si no lo hubiese dicho, ni a Jacinto le comenta.

—No me has dicho qué le has contado.

Lola tiene los ojos inundados. Él sigue serio esperando la respuesta.

—Le he dicho que nos queremos, eso. Lo siento, no pensé que te molestaría, lo siento.

—Bien, ya no tiene remedio, vamos a dar la clase, no has terminado el café.

—Ya no tengo ganas, lo siento mucho Eloy. Perdona, no sé qué más decirte.

—Ya has dicho bastante, vamos.

Siente un extraño placer viéndola así, con lágrimas en sus preciosos ojos pardos que están ahora oscurecidos por el llanto que a duras penas reprime. La clase transcurre con toda formalidad, Lola no ha logrado relajarse. Y él la deja marchar sin decirle nada más.

Nada más irse Lola, llama a Carlos.

—Oye, me dijiste que tenías rosas, ¿me puedes dar una?

—¿Qué pasa chaval? ¿Vas a declararte?

—Eso ya lo hice, voy a pedir perdón, le he gastado una putada esta tarde y no quiero que pase la noche en vela.

—Anda ven, te la preparé con lacito y todo. Pero vas a tener que dar alguna explicación a Myriam, yo no le he dicho nada.

—Bien, lo haré, ahora voy.

Cuando llega, Carlos tiene la rosa preparada con unas hojas verdes envolviéndola y un lazo rojo. Myriam intrigada.

—No quiere contarme nada, ¿me lo cuentas tú o me voy a quedar con las ganas de saber para quién es esa rosa?

—¿No te lo imaginas?

—Para Lola, espero.

—¿Y por qué para Lola?

—Pues no sé, la noche que vinisteis a cenar, os miraba y pensé que hacíais muy buena pareja. Quiero mucho a Lola y me gustaría que encontrara a alguien que la hiciera feliz. Tú podrías ser ese alguien, pero claro, me meto donde no me llaman, ¿no es eso?

—Para nada, sí, es para Lola, estoy como loco por ella, y ya te dirá ella si siente algo parecido. Ahora ya lo sabéis los dos, Carlos lo sabe desde el primer día.

—Pues mira, para que veas, luego dicen que en la cama todo se habla, ni palabra.

—Myriam, nosotros hacemos otras cosas, no perdemos el tiempo hablando en la cama.

—Desde luego eres el colmo, ahora presumiendo. Vete Eloy, tengo que hablar con este señor antes de irme a la cama “para hacer otras cosas” ¡Habráse visto! Felicidades a los dos. Me encanta que tengas ese detalle con ella.

Sale casi corriendo de la casa, se frena, viven casi al otro lado del

pueblo, en una casa que era de los padres de Myriam, que siguen en Madrid. Anda a paso ligero, Carlos le ha cubierto con celofán la rosa, parece de floristería. Hace un frío de narices, ha olvidado los guantes y la bufanda, nunca se le olvidan y hoy los ha olvidado. Anda nervioso cambiando de mano la rosa para que no se le enfríen demasiado las manos, una niebla gélida lo va envolviendo todo, apenas ve más allá de lo que enmarcan las luces de las farolas, que dan una aire mágico, aunque igual pudiera verse como embrujado. Pero el ánimo de Eloy es de magia, no percibe que la intensa humedad le va mojando como si de polvo de lluvia se tratara. Por fin llega, la farola de la esquina está fundida, la penumbra es intensa, pulsa el timbre.

—¿Quién?

—Soy yo, ¿puedo subir?

La puerta se abre como respuesta, lleva la rosa escondida en la espalda. Una Lola con los ojos enrojecidos y en pijama lo recibe tratando de parecer normal.

—Hola, ¿cómo has salido a estas horas? Sin bufanda ni los guantes, anda pasa, llevas el pelo mojado, te sacaré una toalla.

Entra y cierra, no la deja avanzar, le da la rosa sin decir nada, ella le mira y rompe a llorar echándose en sus brazos. Llenándole de besos, mojándole con sus lágrimas más de lo que está. Moqueando termina sin poder controlarse. Eloy saca el pañuelo y le limpia la nariz.

—Los mocos no son precisamente románticos.

—Eres... No sé lo que eres, estoy llorando desde que entré en casa. Tienes que secarte el pelo, estás frío, solo falta que te resfríes ahora por mi culpa, no me lo perdonaría. ¿De dónde has sacado la rosa?

—Del invernadero de tu amiga Myriam, Carlos me la ha preparado.

—Y ¿qué les has dicho, estarán extrañados?

—Carlos ya sabía algo, a Myriam le he dicho que estoy como loco por ti. Ahora solo falta que hagamos un bando y así lo sabrán todos. ¿De verdad te has creído que estaba molesto por haberle dicho a Isabel?

—¡Cómo no iba a creerlo! ¿Tú sabes la cara que ponías? No te perdono el rato que me has hecho pasar. Quítate los zapatos, los llevas mojados, y deja que te seque el pelo con el secador.

Lola ha puesto la mesa, le mira cada vez que entra con algo frunciendo los labios. Él está al lado del radiador, secando el pantalón que sin estar mojado está húmedo.

—Anda, siéntate a la mesa, debería haberte echado escaleras abajo. Después de coger la rosa, claro, porque una rosa en este pueblo por estas fechas es mucha rosa. Cruzar el pueblo arriba y abajo con la niebla que hay, eres un inconsciente. Pero me ha encantado, te quiero. Ya me ha vuelto el apetito, así que espabila a comer o me lo comeré todo.

Pasa la noche con ella, no le ha dejado ir con la excusa del frío. Son las ocho de la mañana cuando le despierta mordiéndole la oreja.

—Tengo el desayuno en la mesa, date prisa, el problema ahora es ver cómo sales sin que te vean.

—¿Y, qué si me ven?

—No me importa, pero soy la maestra, no debo ser motivo de comentario, no estaría bien. Me ha encantado verte dormir, me he despertado a las seis y he encendido la luz del baño, como no te has despertado la he dejado encendida por verte.

—¿Qué cara pongo?

—De bueno, te caía la baba, aunque no lo eres, lo que me hiciste ayer fue horrible.

—Ven aquí, ¿crees que morderme la oreja para despertarme no es horrible? Pues lo es, creía que un lobo me devoraba, me mordía así y así.

Ha empezado a morderla por donde puede, Lola ríe y llora al tiempo, ahogando los gritos con los besos que le va dando.

—Ya está bien, levántate, tengo que ir a trabajar y tú al ensayo, venga.

En la soledad del auditorio de la casa de la cultura la sonrisa no desaparece de su rostro, siente su calor, su risa, sus lágrimas, sus besos apasionados. Toca como no lo ha hecho en todos estos días, pleno de felicidad. Recuerda las peripecias para salir de casa, Lola entrando y saliendo hasta ver que no pasaba nadie y le ha hecho salir deprisa, cada uno en una dirección cuando tenían que ir en la misma.

Por la tarde, le recoge al acabar en la escuela y van al pueblo de al

lado. Compran la camisa, una pajarita nueva, unos zapatos y un abrigo, todo lo ha elegido ella. Se ha empeñado en que lo comprara.

—Si lo sé no vengo, contigo a mi lado me arruinabas en dos días, nunca he gastado tanto.

—Si quieres te hago un préstamo, eres un desastre. Aquí necesitas llevar abrigo, además, anuncian nevadas para los próximos días, así que lo vas a utilizar. Precisamente el abrigo es lo que más se gasta. Vamos a merendar.

—De eso nada, ahora compramos algo y nos lo comeremos por el camino, tengo que darte clase.

—No seas pesado, ¿cómo me vas a dar clase hoy? Llegaremos a casi las ocho y ya está empezando la niebla otra vez.

—Me da lo mismo, mira, ahí hay una pastelería, compremos algo, luego ya cenaremos.

Por el camino, ella conduciendo y él dándole a trocitos lo que han comprado.

—Un café, necesito urgente un café. Paramos en ese bar, no me digas que no.

Cuando llegan al pueblo le dice que se dirija a la casa de la cultura, entran al auditorio. Solo enciende la luz que le ilumina la zona del piano.

—Siéntate, por favor. Ha llegado la hora de darte el concierto para ti sola. Y no quiero oírte hasta que no acabe. Será casi exacto lo que tocaré mañana. Nadie lo ha oído así.

Durante casi dos horas, Eloy ha arrancado del piano alegría, tristeza, pasión. No ha mirado hacia Lola una sola vez, entregado totalmente en la interpretación. Cuando termina, cierra el piano, y va hasta donde está ella sentada. Acurrucada en el asiento con el pañuelo entre las manos, con los ojos brillantes. Se levanta y no dice nada, le echa los brazos al cuello y le besa como nunca.

—Vamos a tu casa, me importa un rábano si alguien habla. Quiero darte las gracias por este placer, este maravilloso privilegio que me has concedido.

Cuando despierta, Lola ya se ha ido, tiene el desayuno medio preparado en la mesa. Una rosa dibujada en un papel y firmada con:

“te quiero, nos veremos en el concierto”.

El día está muy gris, plomizo, el frío es muy intenso. Eloy cierra la ventana apresurado. Suena el teléfono, es Jacinto.

—Dime.

—No te muevas de casa, ahora mando un coche a recogerte. Esta noche iré yo. Está el tiempo para no dejar la chimenea, justo hoy que estará todo el pueblo en la calle, en las peluquerías hay cola. Isabel ya lleva una hora allí. He mandado encender la caldera del auditorio, si te parece mal, lo que tú digas.

—Jacinto tranquilízate, estará todo bien, no pasa nada por el tiempo. ¡Joder, es solo un concierto! Yo no soy ninguna estrella, no necesito coche.

—Para ti será un concierto, para nosotros es “El concierto”. Tengo invitados de la capital. Y al pueblo entero pendiente de este evento, no me digas que me tranquilice, en los años que llevo no he tenido un acto al que vaya a acudir tanta gente. Te mando el coche, es una orden del alcalde, así que me lo aceptas. ¿Necesitas alguna cosa?

—No, nada, que te relajes. Hasta luego.

Llaman a la puerta, es un guardia municipal, un muchacho joven al que ya conoce de verlo por el pueblo.

—Buenos días, don Eloy, nos manda el alcalde, el coche está a su disposición para lo que quiera.

—Bien, gracias, ahora salgo. Una cosa, me llamo Eloy, sin el don y sin usted, ¿vale?

Así, en el coche de la policía se dirige al auditorio, el último ensayo. No está nervioso. Llama a Luis y le dice que quiere poner un cartel con el repertorio que va a interpretar. Es lo correcto. Luis le contesta que si se lo da enseguida aún hay tiempo de hacer copia para todos.

Al mediodía va a comer. Encarna loca perdida, tiene a los niños castigados en la habitación.

—¿Qué pasa, por qué estás así?

—Tengo la hora en la peluquería a las cuatro de la tarde, Venancio tiene que ir a recoger a Miguel que hoy tiene partido y no llegaran hasta las siete, y los críos no paran. Hoy han salido antes, era el

último día. Les ha acompañado Lola a todos, los ha ido repartiendo. Pero los condenados no han parado de reñir desde que han venido. Estarás nervioso.

—No, creo que soy el único del pueblo que no lo está. Voy a llamar a los niños y, no te preocupes, ya los controlo yo.

—Eloy, la cena de esta noche, yo nunca he ido a cenar con personalidades.

—Pero ¿qué estás diciendo? Si eres amiga desde pequeña de Isabel y con Jacinto lo mismo. Todos los que puedan ir son más amigos tuyos que míos.

—No me refiero a esos, viene gente de la capital, y bueno, tampoco es lo mismo, andar por casa que una cena de etiqueta. Tengo miedo de no saber comportarme. Tú has corrido mundo pero yo de Madrid no he pasado, ya lo sabes.

—Escucha, tonta de capirote, no tienes que hacer nada especial, sé tú misma. Compórtate con naturalidad. Voy a por los críos y nada de nervios. Estarás guapísima y perfecta en todo, como siempre.

Antes de salir de la habitación advierte a los niños que se porten bien.

—Vuestra madre anda hoy un poco nerviosa, así que vamos a procurar no enfadarla.

—Tío Eloy, nos ha dicho que no podemos ir al concierto porque somos pequeños, nos vamos a quedar con Tatiana. Queremos verte.

—Vamos a hacer una cosa, entraréis por la puerta de atrás con Tatiana y miráis un poquito, luego a casa, pero sin hacer ningún ruido, ¿de acuerdo? Ya vendréis a mi casa un día y tocaré para vosotros solos. ¿Qué os parece?

Los niños aceptan, comen hablando bajo. Encarna le hace gestos a Eloy y bajito le dice.

—¿Qué les has dicho?

—Que Tatiana les lleve por la parte de atrás un poco, que me vean.

—Pero ¿y si molestan?

—Unos minutos Encarna, me ven y punto, a casa, son demasiado pequeños para ese tipo de conciertos. Les he dicho que vendrán a mi casa y tocaré para ellos, pero que los traiga, que me vean o no me...

Bueno, eso, que vengan, ¡joder! Un momento solo y los críos se van contentos.

Por un momento su semblante se nubla, a punto ha estado de decir “no me verán nunca” Sacude la cabeza y toma un poco de vino tratando de ahogar la angustia. Venancio acaba de entrar sonriente y le saluda con su manotazo habitual en la espalda que le termina de sacudir el mal momento.

—Con el tiempo que hace ¿qué hacéis por el campo?

—Nada, poca cosa, pero esta tarde no trabajamos, no ya por el tiempo, por la fiesta, por tu fiesta. Voy a estrenar traje, tu prima se ha empeñado, así que más elegante que el día que me casé.

—Bueno, todos estrenan traje, yo solo la camisa y un abrigo.

—Pues ya era hora que te compraras abrigo, que te crees que estás en la playa, aquí hay que abrigarse, con esa cazadora no sé como no te resfrías, deberías llevar un tabardo como Venancio, para diario digo. Si no recuerdo mal, en el arcón del cuarto pequeño, allí en tu casa, está el de la mili. Ese era de paño bueno. Míralo, y si no te compras uno.

—Ojo con el frío de hoy que es de nieve, yo creo que no acabará la noche sin que comience a caer. ¿Te subo a buscar a la hora del concierto?

—No, vendrá Jacinto, esta mañana me ha mandado a los municipales. Habrán pensado que me llevaban preso. Bueno, me voy. Nos vemos allí. Lo dicho, Encarna, que lleven a los niños, ahora llamo a Luis y le digo.

Cuando sale, el coche de los municipales en la puerta esperando, baja uno de ellos y le abre la puerta.

—Pero bueno, otra vez.

—Sí señor, lo manda el alcalde.

A las cinco está vestido, no sabe a qué hora llegará Pedro y quiere estar preparado para recibirle. Llega casi a las seis. Con su kurta blanco y pantalón negro. Un tabardo de piel de vaca encima y el petirrojo en el hombro.

—Pasa, ya me estaba preocupando, con este tiempo ¿has venido andando?

—No, Luis me ha mandado a los chavales, los municipales. Ya ves, con chofer y guarda espaldas, como en los viejos tiempos.

—Anda vamos a tomarnos una copa antes de que llegue Jacinto, que seguro irá con prisas.

—¿Cómo te sientes? Por el concierto digo.

—Emocionado, esa es la palabra, como nunca me he sentido, pero tranquilo. Ahora que el resto ni te cuento, andan como locos. Te sientas al lado de Lola. Y luego estás invitado a la cena.

—Eloy eso no era necesario.

—Tengo el gusto de que estés, pero si tú no vas a sentirte cómodo, lo que quieras, aunque no veo porqué, los conoces a todos. Oye ¿ese estará callado?

—Por supuesto, solo aletea con Wagner, debe de ser que no le gusta. Supongo que no lo llevarás en el repertorio.

—No, por supuesto que no.

Llega Jacinto, nervioso, les saluda atropellado y salen de inmediato. Está empezando a nevar.

—Hay que joderse, no hay otro día para nevar, tiene que ser hoy.

—Jacinto tranquilízate, la gente está acostumbrada a que nieve, no pasa nada.

—Pedro perdona, es que no me las he visto más gordas. Vosotros, los dos estáis acostumbrados a cosas importantes, en los años que llevo esto es lo más. El auditorio a tope, ni cuando inauguramos conseguimos llenarlo, y eso que era en agosto que es cuando hay más gente en el pueblo, pero nada, apenas un poco más de la mitad. He invitado al jefe regional del partido, a cuatro alcaldes y al consejero de cultura, entenderás que quiera que salga todo perfecto, esto me puede ayudar a mí mucho. Y nevando. Bueno, será lo que Dios quiera. Lo siento, Eloy, no te había dado detalle de los invitados por no ponerte nervioso.

—No te preocupes, no lo estoy. Entraré por la parte de atrás, ya he hablado con Luis. Luego quiero que pasen un momento mis sobrinos para que me vean y se irán enseguida.

5

Suena la música y llega hasta el alma,
llena tu vida de luz, de emoción, de calma.
Cuando sabes escucharla.

Han llegado y tal cual entran. Pedro se dirige a su asiento, al lado de Lola que ya está allí. Eloy se ha sentado a esperar en lo que llaman el camerino. Es la hora, Luis le llama, va pasándose las manos por la calva, nervioso perdido.

—Voy a hacer la presentación y a continuación ya sales, estoy como un flan, veremos si me sale la voz. ¿Cómo estás? Los críos los tengo controlados en el otro lado. La tapa levantada como tú querías, todo en orden.

—Muy bien, vamos pues. Tranquilízate, no tienes que cantar ni bailar.

Siempre ha sentido un ligero vacío de estómago al salir, pero hoy es mayor, tiene una sensación diferente. Desde hace rato están presentes en su mente sus padres. Solo le vieron tocar un par de veces en Madrid, con orquesta, que no es lo mismo.

”Debí hacer esto viviendo ellos, tanto esfuerzo como hicieron y qué poco les compensé, ¡va por vosotros! Espero que os guste”.

Luis hace su papel con cierta prisa y sale él. Suenan los aplausos, no mira a nadie pero vuelto hacia el público, inclina ligeramente la cabeza y directo al piano. Comienza con Albeniz, un recorrido por el Opus 165 España. Sigue con canciones conocidas por todos, los

aplausos son cada vez más fuertes, bravos incluidos. Ya está totalmente metido en la música, no oye ni ve, cierra con Para Elisa de Beethoven. Una hora y diez minutos la primera parte. Se levanta, saluda igual que a la entrada y sale del escenario directo al camerino y se encierra en él. La segunda parte es totalmente clásica y precisa de mayor concentración, siguiendo sus órdenes, nadie le molesta. Es un tiempo muerto en su mente. El timbre de aviso para la segunda parte suena, espera, suena dos veces más y sale al escenario, le reciben puestos en pie aplaudiendo a rabiar. Saluda y Gaspar de la noche de Ravel es su primera interpretación. Su entrega es total, el pelo cayendo desmadejado por su frente sudorosa. Sigue con parte de Balladae y llegan a rodar las lágrimas por sus mejillas con la entrada de la Patética. Aplausos atronadores y la petición de “otra, otra” como si de la banda del pueblo se tratara. Otra y por último, Canción para piano de Strauss cierra por fin la casi hora y media de esta segunda parte del concierto. La sala al completo de pie aplaudiendo.

Eloy, despeinado y sudoroso, con la mirada brillante, respirando agitado, aún transpuesto por la interpretación. Ahora sí mira a la gente. A Lola que aplaude con todas sus fuerzas y le manda un fugaz beso con los labios. A Encarna, que no aplaude, no tiene manos suficientes para secar sus ojos. Dos lágrimas ruedan por las mejillas de Eloy al mirar a Carlos, que junta sus manos en un puño dándole mensaje de fuerza. Pedro, con un gesto a lo indio, le hace inclinación de cabeza. La emoción le hace engullir tratando de serenarse, Jacinto y Luis se acercan para darle un abrazo y un ramo de acebo. Por fin se retira del escenario. Al salir, un gentío está esperando para saludarlo a pesar de la nevada que está cayendo irremediablemente. Apretones, palmadas, besos por doquier. Escoltado por Jacinto y Luis, consiguen llegar tras casi media hora de saludos hasta el coche, para acercarse al restaurante, donde puestos en pie le reciben todos los invitados a la cena. Que son muchos más de los que pensaba.

Apenas ha dicho alguna que otra palabra suelta, la que más, gracias. Ahora siente un nudo en la garganta, quiere decir y solo es capaz de sonreír. Le tienen reservado el sitio al lado del consejero de cultura, que le encanta la música clásica y pasa media cena

elogiándole. Poco a poco va relajándose y es capaz de mantener la conversación. No puede ver a Lola que está al otro extremo con Pedro a su lado. Ha asistido a cenas de este tipo y no le molestan, pero esta noche hubiese preferido estar con sus amigos y su familia. El concierto para él era algo muy íntimo, aun siendo para todo el pueblo. Al final ha tenido que decir, puesto en pie, unas palabras de agradecimiento. Más aplausos. La nevada es ya muy importante. Comienzan a marcharse todos, las despedidas interminables. Ya puede ver a Lola en animada charla con Myriam. Jacinto está empeñado en llevarle a casa y no es lo que él quiere. Mira a Lola que le sonríe discreta y se decide. Coge del brazo a Jacinto tirando de él, que no deja de hablar, con unos y otros de la música, de la gente, rebosando orgullo.

—Bueno, vamos o nos saldrá el sol aquí.

Se despide de los que quedan, incluida Lola. Jacinto eufórico total.

—Ha sido una maravilla, un auténtico éxito, tenemos que repetirlo. El consejero estaba encantado. Podemos programar alguno de cuando en cuando, como a ti te venga bien. Vendrá gente de fuera, ganaremos en prestigio, acontecimientos de este nivel no se dan fuera de la capital. Con la boca abierta se han ido.

—Ya hablaremos, Jacinto, ahora mejor descansamos. Gracias por todo.

—De gracias nada, a ti hay que dártelas, eres cojonudo, estoy muy orgulloso, ¡joder! Siempre he presumido de ser tu amigo, pero es ahora cuando de verdad me doy cuenta de la categoría que tienes. Ya puedes ir pensando cuánto quieres cobrar en el próximo, ya me encargo yo de que lo acepte el pleno, que lo aceptará por mayoría, seguro. He visto a la oposición, andaban como si lo hubiesen organizado ellos. Anda, descansa que te lo mereces. Buenas noches.

No lo piensa dos veces, en cuanto se ha ido Jacinto, coge la puerta y mal andando por la nieve llega a casa de Lola.

—¡Estás loco! Cómo se te ocurre venir con el tiempo que hace.

—Por eso he venido, por el tiempo que hace que no te doy un beso, con las ganas que tenía de acercarme a ti y sin poder hacerlo.

—Espera, espera, deja que mire de cerca lo guapo que estás vestido

así. Ayer me gustó cuando tocaste para mí, pero hoy viéndote con el esmoquin y con tantísima gente aplaudiendo. Porque te han aplaudido con ganas. Por cierto, has tocado más piezas que ayer, ha sido precioso, Eloy. Me siento orgullosa de ti como si fueras algo mío.

—¿Acaso no lo soy? Tenemos que tratar ese tema, veamos, ¿quién soy yo, o debo decir, qué soy yo para ti?

—¡Sí, hombre! Ahora me sales con esas, cómo si no lo supieras.

Eloy se ha dejado caer en el sofá, Lola se sienta a su lado y mimosa le empieza a besar mientras le va contestando.

—Eres el aire que respiro, el agua que calma mi sed, el sol que me da calor, el pan que me alimenta. Eres mi vida, mi amor.

—Eso lo has sacado de algún libro de poesías del colegio, seguro.

Ella le golpea con los puños cerrados, él ríe a carcajadas. Les vence el sueño saturados de amor casi al amanecer. Sigue nevando por la mañana, las calles intransitables. Hay un horno muy cerca, Lola se ha levantado, ha ido a comprar pan y bizcochos de canela para el desayuno. Ha hecho chocolate como le hacía su madre de pequeña cuando era fiesta. Le despierta cuando ya lo tiene todo listo en una bandeja. Desayunan en la cama, los postigos del balcón abiertos. La nieve cubriendo los tejados, adornando el balcón cual guirnalda. Miles de confetis blancos descienden del cielo, festejando la felicidad que sienten.

—¿Has salido a la calle con lo que cae?

—No hace frío y el horno está casi enfrente, no ha pasado el quitanieves y la calle está alfombrada, apenas unas pisadas, está todo precioso. La vista desde tu casa debe de ser maravillosa. Por cierto, tendrías que haberte cambiado anoche antes de venir, ahora de esmoquin y con el abrigo, ya me dirás, pasarás inadvertido totalmente, todo blanco y tú de negro.

—Eso tiene solución, no me muevo de la cama hasta que se haga de noche. ¿Tienes algo que hacer?

—Aparte de quedarme en la cama contigo, deja que piense… Nada, comeremos cuando tengamos hambre lo que encontremos y punto. Por mí de acuerdo, cama todo el día. ¿Y qué vamos a hacer?

—Jugar al parchís, ¿no decías que eso podríamos hacerlo juntos?

Pues eso, jugaremos al parchís, entre otras cosas, ya te iré diciendo cuales.

Y al parchís juegan y discuten porque ella le hace trampas. Ríen, hablan, se aman. Viven.

Suena el móvil de Eloy, es Encarna.

—Dime.

—No salgas de casa con este tiempo, ahora va Venancio y te lleva comida y pan. Mañana ya irá él a recogerte para que vengas a comer y puedas luego ver la representación del belén.

—No necesito nada, Encarna, además, no estoy en casa.

—Pero cómo que no estás en casa nevando como nieva. ¿Y dónde estás si puede saberse?

—Estoy en la cama, en casa de Lola.

—¿Me estás diciendo lo que creo que me estás diciendo?

—Sí, eso mismo. ¿Te parece bien?

—¿Qué si me parece bien? ¡Ay, Virgen Santa! Cómo no me va a parecer bien. Pero oye, Eloy, que vosotros los músicos sois de hoy aquí y mañana allí. Lola es una buena chica, nada de tontear con ella. Las cosas en orden, ¿me estás escuchando?

Ha puesto el móvil para que Lola pueda oír, muertos de la risa están los dos.

—Sí, te escucho, dime.

—Pues eso que digo, que seas formal, nada de picar y volar. Lo que tienes que hacer, ya te lo dije, cásate. Lola me parece muy bien, más que bien, maravillosa. ¡Qué alegría, Señor! Después de lo de anoche que, ni he dormido de la emoción que tenía, ahora me dices lo de Lola. ¡Qué alegría, qué alegría! Mira, mañana la traes a comer y a cenar, lo que haga falta.

—Bueno, Encarna, ya veremos. Te dejo que tendrás que hacer las tareas.

—No, si ya lo tengo todo hecho, como no podía dormir me he levantado temprano. Pero sí, ya hablaremos, lo dicho, la traes mañana. Dale un beso de mi parte.

Cuando deja el móvil le da un beso.

—Ese de parte de Encarna y este de la mía. Ya la has oído, mañana

a comer a su casa. ¿Qué dices?

Lola le mira con seriedad y repite las mismas palabras que ha dicho Encarna.

—¿Me estás diciendo lo que creo que me estas diciendo?

Y él sonriendo le repite las mismas que le ha dicho a ella.

—Sí, eso mismo, ¿te parece bien?

No le contesta con palabras, se lo come a besos.

La oscuridad llega mucho antes de lo habitual, sigue nevando. A lo largo del día lo ha hecho a intervalos. Ahora una fría ventisca expande la nieve por doquier.

—Eloy no creo que debas salir con este tiempo, las calles están intransitables y tendrás la casa como el Polo Norte. Mira, mañana llamas al marido de Encarna y que te acerque a casa, con el todoterreno no hay problema. Yo tengo que estar a las nueve en la casa de la cultura por lo del belén, tenemos que preparar el decorado. Está todo listo pero hay que colocarlo. Tú puedes quedarte en la cama hasta más tarde. ¿Qué te parece?

—Me parece que me tienes prisionero, no voy a picar y volar, pero por esta vez me parece bien, no me apetece nada salir.

—Bien, en ese caso voy a preparar una sopa, algo caliente nos irá bien.

—¿Qué hago yo?

—Abrir el vino y poner la mesa.

La comida en casa de Encarna es todo un acontecimiento, los niños asombrados de ver a la maestra en su casa. La han visto otras veces pero de visita, ahora sentada a su mesa como una más de la familia, no se los quita de encima. Miguel muy serio le ha preguntado a Eloy en un aparte.

—¿Sois novios?

—Sí, bueno, parece un poco ridículo a mi edad decir mi novia, pero sí, lo somos.

—¿Ridículo de qué? Además, tú eres joven, tienes más años que mi padre pero pareces más joven. Oye, anoche no te pude decir nada, había tanta gente, me gustó. Yo no soy de esa música, pero me gustó mucho, estuvo guay. Y a mis amigos, que fueron todos, también les

gustó. Esta mañana, por el chat, todos hablaban de lo mismo. Ahora soy famoso gracias a ti.

—Con esa música puedes hacer mezclas que resultan alucinantes, ya te enseñaré. Pensaba comprarte un sintetizador para reyes. ¿Qué te parece? Si prefieres otra cosa, lo que quieras.

—Me parece estupendo, vale, me gustará aprender y hacer mezclas, eso sería guay. Y, oye, Lola es una tía estupenda, de verdad, siempre me ha caído muy bien, se lo curraba ¿sabes?

La representación del belén por los niños de la escuela dirigidos por Lola ha sido otro acontecimiento, la gente lo ha pasado bien. Eloy ha reído de lo lindo viendo a las gemelas de pastoras, tirando de un capazo con regalos para el Niño Jesús, a mitad del camino han volcado el capazo y Tono que también era pastor, en su intento de ayudarlas ha caído encima de ellas; al final cinco niños por el suelo y Lola por el escenario tratando de poner orden. Van solos a cenar al restaurante.

—Qué desastre, con la de veces que lo han ensayado.

—Y qué más da, la gente lo ha pasado bien.

—Desde luego reír se han reído, sobre todo tú.

Las fiestas las pasan de casa en casa. La Navidad en casa de Encarna, porque son días de familia. El fin de año con Isabel, Jacinto y un montón de gente. El primer día del año hace un día espléndido, suben en coche hasta la ermita, llevan comida con la idea de comer con Pedro, que les recibe encantado.

—Si tienes algún plan lo dejamos para otro día, Pedro, sin problemas.

—Pero qué dices, yo no hago planes casi nunca, bastantes hice antes.

Pasan la mañana andando por los alrededores, aún hay nieve, pero Pedro les lleva por donde está transitable. A pesar del sol el frío es considerable, les compensan las vistas tan espléndidas que divisan. Los pinos cubiertos en parte por el manto inmaculado. Por la zona norte, el alto de la serranía en todo su esplendor empequeñeciendo el resto. Les lleva hasta una lagunilla, el agua de color negro en apariencia,

resulta espectacular circundada por las rocas calizas nevadas. Al subir por el lado este, les muestra una pequeña hoz, que forma el riachuelo que transcurre descendiendo de lo alto de la serranía y cruza la comarca. Pequeño y vivaracho, asemeja una sonrisa del bosque de profusa vegetación que lo cobija. La profundidad es considerable y la belleza solo comparable a la vista desde el Ventano del diablo sobre el Húecar. El silencio, la pureza del aire, la quietud invita al recogimiento a la serenidad. A conversar casi en un susurro por no romper el encanto que desprende el día y el lugar. Pedro habla de sus sensaciones durante el concierto. De lo que sintió con la música y viéndolo a él.

—Era evidente tu pasión por la música, con qué vehemencia interpretabas. La primera parte siendo más informal la llevaste casi como un juego. Pero ¡ah, amigo! En la segunda te descubriste, parecía que el piano y tú erais uno. Francamente, no es por darte coba, no creo que la necesites. Hacía muchos años que no asistía a un concierto y puede que antes no fuera capaz de apreciar lo que ahora, por mi falta de tranquilidad. Pero mira, hoy aquí, imagínate tocando en un sitio así, en este Paraíso. Así te imaginé yo en algunos momentos, rodeado de naturaleza. Veía el agua correr, sentí el viento azotando mi cara en algún momento, en otros acariciándome. Me oprimiste el corazón y me llenaste de alegría, de ilusión. Todo eso sentí escuchándote tocar.

—Tienes razón Pedro, yo también me sentí así, nunca había ido a un concierto de piano, alguno de cámara y orquestas. Pero me llenó de placer, y sí, en algunos momentos sonaba como el agua, cantaba reía y lloraba, como tú has dicho. Me está enseñando a tocar, pero dudo que yo sea jamás capaz de interpretar de esa manera, eso hay que tener algo especial.

—Vale, ya me he cansado de oíros a los dos, al final me vais hacer creer lo que no soy. Siempre he dicho lo mismo, porque es la verdad, no soy malo pero tampoco tan bueno como decís. No sé vosotros, pero yo tengo hambre, vamos a comer.

Cuando terminan de comer van al taller, Pedro ha tallado un piano, réplica del que utilizó en el concierto.

—Toma, de haber sabido que Lola venía contigo le habría preparado un detalle especial para ella. Este lo he hecho para ti.

—Pedro, es precioso, gracias amigo, te lo agradezco infinito. Está perfecto, es igual que el piano que alquilaron.

—No, no es igual, aquel era de nogal. Esto es pino, pero he podido darle el color parecido. Tenía mucho interés en que me quedara bien y, modestia aparte, creo haberlo conseguido. La próxima vez el detalle será para ti, Lola, para celebrar vuestro noviazgo.

—Por favor, Pedro ya me has regalado varias cosas, que me encantan. Claro que un poco de envidia sí tengo, es un piano precioso. Te has superado.

Antes de anochecer se despiden de Pedro, la niebla ha comenzado a inundar el pequeño valle donde está enclavado el pueblo de Villanueva, apenas se distingue. Lola conduce despacio, van en silencio, la atmósfera invita a ello. Se despiden en la puerta de la casa de Eloy.

—Bueno, a qué hora quedamos.

—Cuando tú digas, conduces tú, así que cuando quieras.

—A las nueve pues, ¿te parece?

—Perfecto, hasta mañana.

Han quedado para ir a Cuenca, él quiere comprar algo para regalar por reyes a sus sobrinos, y Lola también tiene que hacer unas compras.

Pasan el día de compras y deciden quedarse a dormir, nada fácil, no encuentran habitación, todo está lleno. Al fin es en el parador nacional donde pueden alojarse. Ya de noche y con espesa niebla, nada pueden ver desde la ventana de su habitación. Al día siguiente, cuando Lola despierta, Eloy está sentado frente a la ventana, el día es claro. Las Casas Colgadas enfrente colgando desnudas sobre la pared de la Hoz del Húecar. Es magnífica la panorámica que se divisa desde el Convento de San Pablo, construcción en gran parte gótica habilitada como parador. Sigilosa se acerca por detrás y le rodea con sus brazos besándole en el cuello repetidas veces.

—Tengo hambre, ¿pedimos el desayuno o tienes bastante alimento

con contemplar el paisaje?

—Pedimos el desayuno, anoche acabaste con todas mis reservas.

Lola ríe sentándose en sus rodillas.

—Si eras tú el que no paraba. Tiene gracia que siendo de aquí solo conociera el restaurante, vine una vez con mis padres. Es muy bonito y acogedor, me encanta como está decorado, me gustaría quedarme unos días. Lo haremos más adelante, es un sitio ideal para un fin de semana largo. Ahora si no volvemos empezarán a llamar todos. ¿Por qué has fruncido el ceño?

—Por nada, ¿no dices qué tienes hambre? Venga, llama tú, voy a ducharme mientras, no lo he hecho por no despertarte.

Eloy, ya en la ducha, siente una opresión en la garganta. ”Lo haremos más adelante”. Los meses van pasando más deprisa que nunca. No tiene otro síntoma que la ligera neblina de tarde en tarde, a veces piensa que ha sido un mal sueño, que dentro de su cabeza no hay un maldito demonio que le cegará, le paralizará, le ahogará, y lo que es peor, le impedirá pensar y sentir lo que hoy siente por Lola. Por todos los que ha reencontrado tras tantos años alejado, viviendo lo que creía era su vida. Un espejismo es lo que cree haber vivido, el piano ha sido su entelequia. Ha absorbido toda su energía, todo su potencial de entrega; principio y fin de su existencia, hasta ahora. Sigue siendo fuente de energía, pero hoy hay más razones para vivir que antes, su vida es más completa. El afecto renovado de sus antiguos amigos y familia. El recién nacido y no por eso menos importante de los nuevos. Y, cómo no, la ternura, la pasión desbordante que siente por Lola. Y todo eso, tan enriquecedor, que da plenitud a su vida tiene que durar apenas unos meses. Siente ganas de gritar y al tiempo intenta calmarse, quiere sonreír cuando salga del baño para poder seguir disfrutando del momento, de cada porción de su ya mísera etapa como ser vivo. Con la cabeza apoyada en la pared, deja que el agua golpee con fuerza su espalda, como látigo que calme su destemplanza. Ni cuenta que Lola ha entrado, hasta que siente sus manos acariciándolo, bebiendo en su dorso pegada a él, abrazándolo.

—Han traído el desayuno ¿piensas agotar los depósitos del monasterio? Creo que me gustas más por detrás.

—En ese caso me buscaré a una para tenerla delante y tú te quedas detrás.

—De eso nada, te quiero al completo, no me gustan las cosas a medias.

Eloy ha girado poco a poco respondiendo con sus caricias a las de ella. Serenando su alma, saboreando el momento, viviendo sin pensar ya en nada más.

Han terminado las fiestas y la rutina ha vuelto, que no es tal, puesto que ahora acude con más asiduidad al casino, charla con la gente, juega alguna partida al dominó, sube a la ermita cuando le apetece. Le está enseñando a Miguel a utilizar el sintetizador. A Miguel y a tres amigos más que se unen a ellos los sábados por la tarde en franca camaradería. Ya saben todos en el pueblo que él y Lola son novios. Pueden ir cogidos de la mano por la calle. Está nevando mucho este invierno, la gente está contenta "año de nieves, año de bienes".

Está esperando a Lola a la puerta de la escuela, algunos días lo hace. Encarna ha estado con él hasta hace un momento que han salido sus hijos y se ha marchado tras recordarle que pase a recoger un poco de cordero asado que tiene preparado. Ya sale Lola y se detiene un rato hablando con unas madres, al fin se acerca a él, los ojos brillantes, la sonrisa amplia con cierto gesto nervioso que apenas controla.

—Tengo unas ganas locas de besarte, anda vamos a mi casa, tengo que decirte algo.

No llegan todo lo rápido que quieren, les saludan, hablan con Lola o con él. Nada más cerrar la puerta ella como loca colgada de su cuello, tras el beso.

—No sé cómo decírtelo, así que te lo digo tal cual. Estoy embarazada.

Eloy palidece, ha retrocedido un paso. Ella le mira sorprendida y asustada al tiempo por verle así.

—¿Te parece mal?

No contesta de inmediato, traga sin tragar, no sabe qué decir y solo se le ocurre excusarse.

—Bien, ya hablaremos, he quedado con Carlos. Luego hablamos si no te importa. Quería decirte que no íbamos a dar clase hoy. Ya… Bueno, tengo que irme, hasta luego.

Nada más salir a la calle llama por teléfono a Carlos.

—Necesito hablar contigo, ¿puedes venir a mi casa?

—Sí, por supuesto, ahora voy.

Siente que se ahoga mientras con paso rápido se dirige a casa, apenas contesta a los cuatro con los que se ha cruzado. Acaba de llegar cuando el coche de Carlos se detiene en la puerta, le abre de inmediato.

—¿Qué te pasa? Estás pálido y sudoroso.

No le contesta de inmediato, le hace pasar. Se lleva la mano al pecho.

—Eloy ¿qué ocurre, te duele el pecho, qué te pasa? Siéntate, por favor, voy a por mi maletín.

—No, no es necesario. Tengo un poco de ahogo, he venido muy deprisa y estoy nervioso, asustado, no sé cómo estoy. Vamos a la cocina, tomaré un poco de agua o de vino. Lola está embarazada.

—¿Y estás así por eso? ¡Joder! Me has asustado ¿Y qué?

—¿Cómo y qué? En otras circunstancias estaría dando saltos de alegría, pero yo ¡Dios! Me queda poco para nada y eso ahora, ahora…

Rompe a llorar con la cabeza entre las manos, se ha dejado caer en la silla apoyado en la mesa de la cocina. Carlos coge una botella de vino, le deja que llore mientras abre la botella y sirve las copas. Enciende su pipa con toda tranquilidad y ya sentado, espera a que Eloy se tranquilice.

—Bebe un poco y atiende, esa es la mejor noticia que he oído en los últimos tiempos. Sí, no me mires como si estuviese loco. Puede parecerte una locura, pero no lo es. Tener un hijo con Lola es lo mejor que te puede pasar a ti y a ella. Aunque suponga para ti un mayor sufrimiento, te hará sentir lo que nunca has sentido. Y a ella le quedará ese hijo para agarrarse a la vida, para tener lo que probablemente no hubiera tenido y compensar tu pérdida. No lo dudes Eloy, es una maravilla que ese niño o niña venga al mundo, llenará el vacío que tú dejarás. Y puede que tengamos la suerte de que alargue

tu vida. Creo que la tendremos, porque es una razón de inmensa fuerza para que sigas viviendo algo más. Disfrutarás al tenerlo, el tiempo que puedas sentirás ese placer inmenso que supone ver la carita de un hijo. No te digo todo esto como paliativo a tu malestar, te lo digo de todo corazón, lo siento así. ¿Qué le has dicho a Lola?

Eloy niega con la cabeza y le dice cual ha sido su reacción al escuchar la noticia.

—Lo siento, no he podido evitarlo, me he horrorizado. En ese momento solo quería echar a correr, hablar contigo, llorar, desaparecer. No sé lo que quería, pero no he podido contestar a su alegría, no puedo mirarla a la cara y decirle... ¿qué? ¡Dios! ¡¿Qué le digo Carlos?!

—Bien, pues puedes imaginarte que quien está llorando ahora es ella. Tú verás, haz lo que creas conveniente Eloy, pero te repito, para mí es muy buena noticia. La mejor desde que llegaste aquí. Las decisiones tienes que tomarlas tú, amigo mío.

Eloy se sirve otra copa de vino y respira hondo. Hablar con Carlos le ha dado serenidad, sigue con cierta opresión pero ahora ya no es por él, es por Lola. La forma en que ha salido de su casa la debe de haber trastornado, pasa repetidas veces sus finos dedos por el pelo, ya despeinado. Mira a Carlos que sonríe con tristeza y le hace un gesto con las manos para que se mueva.

—¿Te quedan rosas en tu jardín?

—Amigo, si no me quedaran sería capaz de ir a por ellas al mismísimo Paraíso. Anda vamos, Lola no merece la llorera que debe de tener ahora. Otra cosa, y esto sí me duele tener que decírtelo, tendrá que saber lo que hay, espera un poco si te parece, pero antes de casarte debes decírselo, porque supongo que te casarás.

—Por supuesto, eso sin dudarlo. Lo otro me va a costar.

—Bien, si lo crees conveniente, puedo hacerlo yo. Pero habrá que hacerlo.

Media docena de rosas, en un ramo perfecto, lleva en la mano cuando vuelve a casa de Lola. Cuando llega arriba ella le rehuye la cara. Él deja las rosas y le coge el rostro entre las manos, los ojos de Lola enrojecidos, apenas aguanta el llanto. Los va besando despacio

sin decir palabra, notando el sabor salino.

—¿Tanto te ha molestado que me fuera como un poseso a robarle las rosas a Carlos? Algo tenía que hacer para compensarte. Debí asaltar el horno y llenarte de bollitos, hubiese vuelto antes y no habrías llorado como debes de haberlo hecho. Tonta, no sabes que eres mi música. Que sin ti no podría ni leer una sola nota del pentagrama.

Lola sigue llorando y Eloy no deja de darle besos, la lleva a la cama y la llena de caricias hasta calmarla. Con el rostro pegado al vientre de ella.

—No me puedo creer que algo mío esté aquí dentro y se haga una personita. Tendrá que ser una niña llorona como su madre, porque claro, con tanto lloro la niña tendrá que ser igual.

—¿Y por qué tiene que ser niña?

—Vaya, creí que te había comido la lengua el gato. Prefiero que sea niña para que se parezca a ti.

—Las niñas se parecen más a los padres.

—Quieres llevarme la contraria, sigues enfadada.

—No estaba enfadada, decepcionada, no sé cómo estaba, no pensaba. Lo único que sé es que tenía una angustia que no podía aguantar. Me has hecho pasar muy mal rato. Pero te lo perdono, las rosas son preciosas. Tengo que ponerlas en un jarrón. Eres el colmo Eloy, te has puesto pálido y has echado a correr como si huyeras. Me has dejado tan fatal que no me daba para pensar, lo único que he hecho ha sido llorar todo el rato.

—La emoción, cariño, la emoción, no sabía lo que hacía. No sabía qué hacer, te lo juro, yo también he llorado.

—¿Y qué le has dicho a Carlos esta vez?

—Pues eso, que voy a ser padre, suena bien. Tengo edad para ser abuelo y voy a ser padre, ¿quién me lo iba a decir?

—Eso de ser abuelo para nada, serás un padre estupendo, porque estás estupendo, le enseñarás a jugar al parchís y a tocar el piano. No puedes imaginarte lo feliz que me siento, cariño. Me encantan los niños, elegí ser maestra por eso. Hace años que me resigné a no tenerlos. Es un milagro, me pondría a saltar y cantar por la calle para

que todos lo supiesen.

Lola no deja de hablar, de cómo le gustaría enseñar al niño las cosas, de su educación, de cómo lo imagina. Eloy llora por dentro, por fuera sonríe, la acaricia, la besa de cuando en cuando. Le da la razón en todo lo que va ella decidiendo.

—A este paso dentro de un rato ya está haciendo algún máster en el extranjero.

—Es que estoy loca de alegría, Eloy, de verdad cariño, conocerte a ti y esto es lo mejor lo más maravilloso que me ha ocurrido en la vida. Déjame ser un poco pesada, me siento tan feliz que tengo miedo de estar soñando y despertar de pronto y darme cuenta de que todo ha sido un sueño maravilloso y perfecto, pero un sueño. Que no existes y no es real lo que me está pasando y lo que estoy sintiendo.

—No mi amor, es real, este momento es nuestra realidad. El niño es real, si será ingeniero o carpintero eso, ya es otra historia. Pero lo que ahora vivimos es de verdad nuestra vida. Y quiero disfrutarla contigo. Canta, salta, ríe o haz lo que quieras, todo lo que se te antoje. Cuando se está embarazada están permitidos los antojos, así que pide o haz lo que quieras.

Los días van pasando, Lola ha decidido que se casarán en cuanto tenga las vacaciones. Eloy la deja tomar todas las decisiones, trata de no pensar. Gracias a Carlos y a Pedro, con los que habla todas las semanas, tiene serenidad. Viven juntos aunque siguen utilizando las dos viviendas. Entre semana duermen en el piso de Lola, los fines de semana en su casa. Todos los han felicitado por el embarazo. En otros tiempos, en un pueblo tan pequeño, hubiese sido motivo de reprobación. Por fortuna ahora ya no es así, y una vez hecha pública su intención de casarse, todo el mundo ve como normal que vivan juntos. Lola es muy apreciada y él se ha ganado a los que no le conocían. Jacinto está organizando otro concierto para las fiestas que son en agosto, le llama a todas horas, almuerzan juntos casi todos los días. Él está contento por ver a su amigo tan entusiasmado y le dice que sí a todo sin objeciones.

6

Cuando el cielo se hunde,
solo el amor puede ayudarte.

Estos días Lola tiene vacaciones, es Pascua. Está en el pequeño jardín que ya tiene flores. Carlos ha estado ayudándole todos los ratos libres que tenía y les ha quedado muy bonito y acogedor. Hasta hay un pequeño invernadero, es una casita de cristal que parece de juguete. Lola está encantada, han puesto un sombraje de brezo con una mesa y unos sillones. Está sentada leyendo, Eloy la mira desde dentro, lleva unos días dándose ánimo para decirle lo que ya no puede eludir, respira hondo y se decide.

—Lola, tengo que decirte algo muy importante.

—Muy importante debe de ser, estás pálido, ¿qué pasa?

—Debí quizá decírtelo antes, pero no me atreví. Ante todo quiero que tengas claro, creo que lo tienes, pero te lo repito. Te quiero con toda mi alma. Nada es tan importante para mí ahora, ni antes lo fue nadie como tú lo eres.

—Cariño me estás asustando, di lo que sea, déjate de rodeos, me pones nerviosa.

Eloy acerca su sillón al de ella, le coge las manos, las suyas están frías como un témpano. Lola está cada vez más nerviosa viéndole, él tiene los ojos inundados. Traga con dificultad antes de decir de tirón.

—Tengo un tumor, me queda poco tiempo de vida. Vine aquí para

morir. Lo siento, siento todo el dolor que te cause, te pido perdón por no haber renunciado a vivir sin tu amor. Lo siento mi amor, lo siento.

Lola no reacciona, le mira con la boca entreabierta sin que de ella salga nada. Él está besando sus manos, llenándolas de lágrimas. Pasan minutos que parecen horas. Él implorando su perdón con la mirada, ella con la suya como extraviada, con un punto de locura en su gesto. No comprende, sí, pero no quiere entender lo que acaba de oír. Un temblor se va apoderando de su cuerpo, parece querer hablar y no lo logra. Eloy, ahora de rodillas delante de ella, la abraza.

—Cariño, por favor, tranquilízate. No me hubiese acercado a ti de no ser tan fuerte lo que sentía. No quise privarme ni privarte de disfrutar el tiempo que pudiésemos de la felicidad que nos tocara. He sido egoísta, un maldito egoísta, pero nunca había estado enamorado, no he podido renunciar a ti. ¡Dios, perdóname, háblame!

Llora desconsolado en su regazo. Lola, como si un rayo la hubiese paralizado. El color ha desaparecido de sus mejillas por completo, su mirada ahora es febril, su respiración entrecortada. Hace movimiento para levantarse y él la deja. Entra en la casa andando descontrolada, él va detrás desesperado, asustado por verla así. Lola ha cogido el bolso, se gira y, solo una corta frase le dice antes de salir de la casa.

—Eres un hijo de puta.

Sin alzar la voz, con tono frío, mirándole de frente. No le ha dado tiempo a reaccionar, la puerta cerrada con un golpe seco, le duele en las entrañas, cae de rodillas al suelo gimiendo como un animal malherido.

Deja pasar dos días, no ha comido ni bebido, sentado en el sillón sin moverse, sin encender la luz por la noche. Tal cual está sin afeitar y con aspecto trastornado, baja a casa de Lola, llama y no abre, la llama por el móvil, desconectado. Corriendo, dando traspiés, acude al consultorio. Hay un par de personas esperando. Alguien ha avisado a Carlos, su aspecto es lamentable. Carlos aparece y sin decir palabra lo hace pasar a una sala.

—Espera aquí, tengo que terminar de atender, vuelvo en seguida.

Cuando Carlos regresa lo encuentra en la misma posición que lo ha dejado y aún jadeante casi como cuando ha llegado.

—No me abre, ha desconectado el teléfono, ¡no me abre Carlos!

Las lágrimas que parecían haberse extinguido salpican el suelo. Carlos le da un vaso de agua y una pastilla.

—¿Se lo has dicho?

Asiente con la cabeza, le tiemblan las manos, tiene que sujetarle el vaso para que beba sin derramar el agua.

—Échate en la camilla, vas a dormir un poco, necesitas descansar.

Eloy niega con la cabeza, pero apenas puede ya hablar, al momento está dormido. Carlos se sienta abatido en un sillón, coge el móvil y llama a Lola, en efecto está desconectado. Llama a su mujer.

—Myriam intenta localizar a Lola, llama a Isabel y entre las dos buscadla, ya te explicaré. Ahora no puedo decirte nada. No está en casa de Eloy y al parecer tampoco en la suya.

Desaparecida, nadie sabe de ella. Isabel tiene llave de su casa, han entrado y ni rastro.

—Ha cogido la maleta, pero ¿dónde puede haber ido? Mira, vamos al consultorio, hay que hablar con Carlos, que nos explique que está pasando. Lola no es de actuar así.

De camino van al garaje donde guarda el coche, el dueño siempre anda por allí y como quien no quiere la cosa le preguntan por ella.

—Sí, se fue ayer, de vacaciones me dijo. Pero no sé dónde.

Al llegar al consultorio, Carlos ya está esperándolas, Eloy sigue dormido.

—¿Qué es lo que pasa?

—Tengo a Eloy drogado ahí dentro. Ha venido como desvariado. Tenía que decirle algo a Lola muy importante y se lo ha dicho.

—Pero ¿qué es eso que ha hecho que ella se fuera? Nunca se va sin decirme algo. Por favor, Carlos, esto no es de recibo. Lola no tiene a nadie. Vas a tener que ser más explícito.

—Lo siento, Isabel, sin permiso de Eloy no puedo decir más, cuando él se recupere ya dirá lo que quiera. Tú eres la que más la conoce ¿tiene familia en alguna parte?

—Una tía en Cuenca, pero no tiene relación con ella, problemas de herencia o algo así. Jacinto podría por medio de la policía localizar el coche. ¿Qué opinas?

—De momento no creo que debamos recurrir a eso, es una persona adulta que se ha ido queriendo, trastornada por la noticia que le han dado, pero supongo que sabe lo que hace. No podemos buscarla igual que a una delincuente o cómo si fuera una menor. Tendremos que esperar.

—Mira, Carlos me estás poniendo de los nervios. Lola es para mi como una hermana. Dime de una puta vez qué es lo que pasa.

—Cálmate Isabel, si Carlos no te lo dice es porque es algo de salud, secreto profesional. ¿Es eso cariño?

—Sí, y ya no me hagáis hablar más, bastante tengo con el que está ahí dentro. Marchaos a casa, esperaremos. Llamadla al móvil de cuando en cuando por si le da por contestar.

Isabel está llorando, nerviosa perdida, Myriam la coge del brazo y salen de regreso.

Cuando Eloy despierta le lleva a su casa, le hacen comer un poco, le ha dado permiso a Carlos para decir lo que no quería decir a nadie. Myriam, lívida, ha tenido que sentarse. Han llegado Isabel y Jacinto, les pone al corriente. Jacinto se mueve por la sala como una fiera enjaulada, sin saber qué decir. Pero Isabel sí dice.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Eloy la mira medio ausente, lleva así todo el tiempo, contesta con voz apagada.

—Antes de venir aquí, vine a morir aquí.

—¿Y se lo has dicho así?

—Sí.

—¡¡Eres un hijo de puta!!

—¡Isabel, por Dios!

—¡Cállate, Jacinto! Ni por Dios ni por nada. No tenía derecho a venir aquí, a enamorarla y luego decirle me muero, adiós. Sabes cuanto te aprecio Eloy y lamento en el alma lo que te ocurre, pero Lola es mucho más para mí, lo que le has hecho no tiene perdón de Dios. Tenemos que encontrarla, cómo sea. Pero ¿tú sabes cómo te quiere esa criatura, tienes la más remota idea de lo que significas para ella? Hay que ser muy mal nacido para sabiendo lo que te pasa dejarla embarazada. Te pasas la vida por ahí, haciendo lo que te ha venido en

gana y vienes a buscar refugio, y me parece muy bien, puesto que la única familia que tienes está aquí y nosotros que somos tus amigos de siempre. Pero de ahí a lo que has hecho, eso no tiene nombre, o mejor, sí lo tiene, el que te he dado y te lo repito ¡hijo de puta! Si algo le pasa a Lola te juro que yo misma acabo contigo. Si hay una persona en este pueblo que merezca el calificativo de buena es precisamente Lola. En estos años se ha desvivido por echar una mano a todos los que han necesitado algo. La hemos acogido como si fuera de la familia, porque se lo ha ganado a pulso. Y ahora llegas tú y la emborrachas con tus buenos gestos y tú música, para a continuación dejarla tirada, no tienes perdón de Dios, no lo tienes ¡maldita sea! No sabes cómo te quiere, no lo sabes.

Isabel, que ha estado gritando como poseída, ha roto a llorar. Jacinto la coge por los hombros intentando calmarla.

Eloy ha hundido la cabeza entre las manos y llora desconsolado. Carlos interviene, sereno, es el único que lo está.

—Puedes estar segura de que lo sabe, y para él no es menos. Yo le aconsejé seguir adelante en la relación.

—¡Estás loco, estáis los dos locos! ¿Qué había de bueno en todo esto, dime, has contado con ella, con su sufrimiento?

—Sí, y también en la felicidad que han estado viviendo, y en la que tendrá con el hijo que espera. Al final es positivo, Isabel tranquilízate, por favor. Lola sufrirá, no hay duda, pero habrá sido feliz y el niño la ayudará a sobreponerse, nunca más estará sola. ¡Por Dios, Isabel! A ella no le costó nada enamorarse pero él se enamoró casi al verla. ¿Qué hubieses preferido? Que le viese morir sin poder darle ni recibir una pizca de amor. Lo que han vivido, lo que aún vivirán será suyo para siempre.

«Aquí hay un perdedor, y es el que se va. Lola se recuperará, todos la ayudaremos a recuperarse. Pero Eloy no tendrá esa oportunidad, su única oportunidad de ser feliz era ahora, y sí, le insistí en que la aprovechara y lo volvería a hacer. Y mira, tú conoces a Lola más que yo, pero estoy seguro de que ella va a volver y a seguir viviendo con él, porque le quiere y sabe que él la quiere. Su reacción es normal, quiere pensar o quiere no pensar, pero necesita estar sola para

asimilar lo que está pasando, cuando lo haga volverá. Así que vamos a tranquilizarnos todos.

—Lo tienes todo calculado por lo visto, te olvidas de que está embarazada, de que puede tener problemas. Siendo médico deberías tener eso presente.

—Y lo tengo, es mi único miedo, por eso me gustaría encontrarla y que tú y Myriam le prestaseis vuestro consuelo, por lo único.

—Un momento, un momento. No tiene familia, habrá ido a un hotel. ¿Dónde se aloja cuando va a Cuenca? Oye, Eloy ¡joder, deja de llorar! Así no resuelves nada. Fuiste estas navidades a Cuenca con ella, ¿dónde os alojasteis?

—En el parador, no encontramos otro sitio.

—Bien, empezaremos por ahí.

—Jacinto, no nos lo dirán, no dan los nombres de los clientes a cualquiera.

—Correcto, Myriam, pero yo no soy cualquiera, soy alcalde, una autoridad. La encontraré aunque tenga que preguntar en todos los hoteles de España. Me voy al ayuntamiento y tú, Isabel, ya has dicho bastante. Lo siento, Eloy, pero es que Lola nos ayudó mucho cuando la madre de Isabel estuvo enferma, pasó casi un año dedicada a nosotros totalmente. Para mi mujer y para mí… Bueno, chico, que nos preocupa mucho el que esté bien. Ahora lo importante es encontrarla, me voy.

—Espera, Jacinto ¿y una vez localizada, qué?

—Llevaré a estas dos allí donde esté y que hablen con ella, mejor ellas que no nosotros, creo yo. Desde luego Eloy no creo que esté en condiciones y a lo mejor no quiere verle.

—No, tienes razón, él no se mueve de aquí. Anda pues a ver si hay suerte.

Isabel ha acercado una silla al lado de Eloy.

—Perdona, lo siento, he perdido los nervios. Me he puesto como loca pensando en que le pueda pasar algo, perdona por lo que te he dicho.

—Tienes toda la razón, ella también me llamó hijo de puta. Mi madre era una santa pero yo merezco que me llaméis así. Me cegué

por vivir lo que nunca había vivido. Estando a su lado me olvido de lo que me ocurre, me ha hecho sentir alegría, ilusión. La quiero con locura Isabel, te lo juro.

Isabel ha abrazado a Eloy, ha sacado un pañuelo y le ha limpiado la cara.

—Estás hecho un asco, tendrás que ponerte las pilas para cuando vuelva, tiene que verte tan guapo como siempre. ¡Dios, Eloy, qué mierda de vida!

Han terminado los dos llorando a dúo abrazados. Myriam, en un rincón, lo mismo. Carlos entrando y saliendo sin querer descontrolarse. Suena el teléfono, es Jacinto.

—Está en el parador.

Todos respiran aliviados. Isabel y Myriam deciden ir enseguida, Jacinto ha dicho que él las lleva, Eloy se queda con Carlos.

Han llegado al parador, Jacinto habla con el director, suben Isabel y Myriam. Llaman a la puerta y abre una Lola pálida, con los ojos hundidos. Las mira con sorpresa, entran y se funden en un abrazo, las dos atropellándose le cuentan a grandes rasgos.

—Cariño, cuanto has llorado, tienes los ojos perdidos.

—¿Cómo está?

—¿Cómo va a estar? Hecho una mierda, loco perdido sin dejar de llorar.

—Está en mi casa con Carlos, tuvo que darle un tranquilizante, al parecer, ni había bebido agua desde que te fuiste.

—¿Y cómo me habéis encontrado?

—De algo me tiene que servir tener el marido alcalde. ¿Has comido?

—Sí, no tenía hambre pero por el niño. No puedo dejar de pensar en él, no sé lo que me pasó. Le maldije interiormente, mientras venía con el coche solo iba pensando, ojalá esté muerto cuando vuelva. No he podido dormir nada, cerraba los ojos y lo veía en una caja. He sentido odio hacia todo, no quiero vivir su muerte. No quiero verle morir. He insultado a Dios, al cielo, a todos los santos. ¿Por qué todo, por qué?

Sentadas las tres en la cama, arropada entre sus amigas, Lola llora

desconsolada, Isabel va a decir algo y Myriam le hace gesto de callar. Las dos están llorando en silencio viendo sufrir a Lola. Es Myriam, más serena, la que empieza a hablar pasado un buen rato, con su voz suave, con todo cariño.

—Lola tienes dos opciones. No volver a verle. Y si es eso lo que quieres, entre todos lo arreglaremos para que así sea. O seguir la vida que le quede juntos, tratando de ser felices el tiempo que pueda ser. No debemos aconsejarte, es tu decisión. Decidas lo que decidas te apoyaremos. Te ayudaremos, estaremos contigo y con él en todo lo que haga falta.

—No puedo vivir sin él estando vivo, ni sé cómo viviré cuando no esté. Ya lo tengo decidido Myriam, todas estas horas mi cabeza no ha parado, volveré con él. Pero necesito tranquilizarme. La felicidad que he vivido con él este tiempo es mucho más de lo que pude soñar. No lo hago por no dejarle solo, le necesito, el tiempo que tenga lo quiero para mí. Me quedaré aquí unos días, tengo que coger fuerzas para seguir viviendo como si no lo supiera, como él ha hecho hasta ahora. Cada vez que pienso, yo hablándole de planes de futuro y él sonriendo, bromeando. ¿Cómo iba a imaginar? Ni por un momento le he notado un gesto ni una palabra. Tengo que serenarme, no sé de dónde sacaré las fuerzas pero he de hacerlo. Necesito… No sé lo que necesito, pero lo lograré por él y por mí.

—Bien, si quieres quedarte sola, como tú quieras, pero con el teléfono activo, y me dejas llamarte para saber cómo estás. Y si quieres vengo a recogerte para volver.

—No, yo tengo que acudir por el trabajo, quedan cuatro días, me quedaré aquí, si me veo bien antes volveré. No podéis imaginaros el bien que me habéis hecho viniendo. Necesitaba hablar con alguien. Casi me he tragado la almohada ahogando mis gritos de angustia.

Han pasado la tarde con ella, Jacinto no se ha acercado, ha estado andando de un lado a otro con una furia en el cuerpo que no se la aguanta. Ya de regreso, Isabel que ve lo alterado que va.

—Para, yo conduciré, estás que no te aguantas.

—¡¿Y cómo quieres que esté?! Yo organizando el concierto para las fiestas y él, seguro que estaba pensando en si estará o no aquí.

¡¡¡joder, joder, joder!!!.

Jacinto golpea el volante con violencia.

—¡Qué pares, Jacinto! Vas a conseguir que tengamos un accidente.

Myriam interviene, de normal es muy serena y ahora, aun sintiendo malestar por todo lo ocurrido es la que más calmada está.

—Yo conduciré, Jacinto, déjame a mí, por favor.

Al final accede y es Myriam la que conduce hasta el pueblo.

—No me lo explico, cómo no me he dado cuenta de nada. Siempre contento, dispuesto a la broma recordando los viejos tiempos, aceptando todo con una sonrisa.

—No le des vueltas, lo que tenemos que hacer ahora es tratar de que viva lo mejor posible. Si está bien que dé el concierto, la música es muy importante para él.

—Pero Myriam, con qué cara le digo yo ahora, sin saberlo vale. Pero ahora, cómo, todos los días hablando con él, ahora, cómo.

—Pues como si no lo supieras, exactamente así. Mira, mi marido debe de saberlo desde el principio, y ha estado con él mucho tiempo, arreglando el jardín, paseando. Ni una palabra me había dicho y me hablaba de él día sí y día también, con toda normalidad. Si Carlos ha podido hacerlo, podemos todos. La que peor lo tiene es Lola.

—Pobrecita mía, con la ilusión que tenía. Será mejor que no pensemos, que no le demos vueltas, nos pondremos peor. Hay que animarlo ahora cuando lleguemos, me remuerde la conciencia por cómo le he tratado. Debe de ser horrible saber que te vas a morir tan joven. No quiero pensarlo, haced lo que queráis, pero yo creo que no debemos hablar de ello.

El resto del trayecto van en silencio los tres. Al llegar le dan la noticia a Eloy de que Lola volverá con él, pero necesita unos días de tranquilidad. Carlos les dice que nada de comentarios, de momento nadie más debe saberlo. No le deja a Eloy que se vaya.

—Hoy dormirás aquí, mañana ya conforme te vea volverás a tu casa, no voy a discutir esto. Ahora te doy un pijama y te das una ducha y te afeitas, que no quiero verte con esa cara. Te daré para que duermas toda la noche de un tirón.

—No quiero tomar nada, Carlos, estoy aún atontado, quiero tener

la cabeza en orden mientras me sea posible.

Después de cenar y más tranquilos los tres.

—¿Cómo la has visto Myriam? Dime la verdad.

—Mal, Eloy, hecha un mar de lágrimas. Pero te quiere, y eso es lo único que le importa. Esta mañana yo no he hablado, pero en el primer momento le daba la razón a Isabel. En el poco tiempo que te conozco te tengo aprecio, porque la verdad, de cuando era pequeña no me acordaba para nada de ti. Al marcharme tan pronto del pueblo no guardaba memoria de nadie, luego coincidí en el colegio de Cuenca con Isabel y fuimos inseparables. Al trasladarnos a Madrid dejamos de vernos, pero nos escribíamos. Lola es una mujer que se hace querer, yo hice amistad con ella cuando mis hijos iban aquí a la escuela, y no a diario pero casi, nos vemos, hablamos, nuestra relación viene de entonces. Al estar ella sola y yo con pocas relaciones pues hicimos amistad. Así que para mí, Isabel y Lola son mis mejores amigas. Me ha dolido como si fuese una puñalada trapera tu comportamiento. Pero entiendo que ha sido lo mejor, Carlos tiene razón. Sufrirá, todos sufriremos, ella la que más. Pero la has hecho feliz y lo seguirás haciendo mientras puedas, eso es lo que cuenta. El dolor se olvida, la felicidad perdura. Y la bendición que supone el que tenga un hijo tuyo hará que tenga una razón importante para vivir.

«Eloy puedes pensar a pesar de todo, que eres afortunado. Hay personas que como tú saben que el recorrido se les acaba, pero no tienen quien les quiera a su lado. Tú tendrás a Lola y a todos nosotros además de tu familia. Dicen que las penas con pan son menos, en tu caso el pan será el afecto que no te va a faltar. Y tu música. Porque, querido, tienes que seguir tocando, la magia que supone la música te fortalece. Ahora tiene para mí mayor significado tu expresión el día del concierto. Te vi allí arriba como en otra dimensión. ¿En qué piensas cuando tocas?

—No pienso, siento.

—Pues eso es lo que tienes que hacer, sentir, siente la música, el amor de Lola, nuestro afecto. Ese tiene que ser tu pan de cada día, te dará fuerzas. Y ahora voy a meterme donde quizá no debiera. Faltan cuatro días para que Lola vuelva, mañana no, porque es pronto, pero

pasado yo misma te llevaré si quieres. Ve a su encuentro y dale todo tu amor, es lo que os dará fuerzas a los dos. Quiere estar sola, pero son demasiados días de soledad, estando como está. Necesita llorar contigo, eres quien mejor la puede consolar. Te armas con la fuerza de tu amor y le das consuelo, dándoselo a ella lo tendrás tú.

—Gracias, Myriam. No me extraña que Carlos sea como es, teniendo una mujer tan maravillosa al lado. Iré, no hay nada que desee más que estar el máximo de tiempo con ella, me duele el alma pensar que esté llorando por mi culpa y no poder enjugar sus lágrimas.

—Bien, pues decidido, pasado mañana a Cuenca, pero con buena cara, así que ahora a la cama y mañana a comer como es debido, que te vea bien, eso también la ayudará.

La forma de hablar de Myriam relaja a Eloy, es toda dulzura. Han llegado al parador, ven el coche de Lola aparcado.

—No voy a bajar, ya te las apañas. Piensa solo en lo afortunado que eres, ese tiene que ser tu pensamiento. Anda, dame un beso y vete.

—Gracias, Myriam, la primera rosa de mi jardín será para ti.

—Nada de eso, la primera tiene que ser para Lola, a mí dame la segunda.

Llama a la puerta de la habitación y abre Lola, que no dice nada, se echa en sus brazos y se desborda en besos empapados en lágrimas.

Sentado en el sillón frente a la ventana, contemplando el atardecer enmarcado en la Hoz y las Casas Colgadas, con Lola sentada en sus rodillas, cogida a su cuello. Sintiendo su aliento en su cara, sus besos que no acaban, en silencio los dos. Henchidos de amor, serenos, tristes y felices con el alma en calma. Como ese suave sol, ya de primavera, que se resiste a recogerse dejando suaves destellos resbalando por las piedras, pintando el aire de naranja sonrosado. Golondrinas pasean en suave danza, tal que una melodía sonara. Ellos no necesitan música, pues su amor es la mejor sonata. Hasta que la oscuridad les invade permanecen allí sin decir palabra.

—¿Qué tal si damos un paseo antes de cenar? Tenemos que pasear al niño.

Ella sonríe acariciando su pelo, despeinándolo y volviéndolo a

peinar, le besa una vez más, y ya son miles.

—Lo que tú digas mi amor.

Al día siguiente, ya por la tarde, vuelven a casa y llaman a sus amigos para decirles que han regresado.

—Eloy, estoy pensando que haremos una cena para compensarles del mal rato que les hemos hecho pasar.

—Por supuesto, una y cien si quieres. Todas las que quieras.

Ella le mira con infinita tristeza en sus ojos, tratando de que su sonrisa sea la de siempre sin conseguirlo.

—Ven aquí y escucha. Este tiempo he podido vivirlo mejor que gran parte de todo lo anterior. He tenido momentos en que me he hundido, pero los he superado gracias a ti y a Carlos que, desde el primer momento me prestó su apoyo. Y ni te imaginas quien más, Pedro. Aquel día que subí a la ermita, sin haberlo visto antes, no sé qué me hizo sincerarme con él. Bueno sí lo sé, su maravillosa forma de hablar, esa serenidad que desprende. Ahora aprovecho, ya lo sabes, cualquier ocasión para verlo. Me sirve como un bálsamo. Y la música, cuando me meto en ella solo hay eso. Tenemos que vivir el momento, cada minuto que tenemos es nuestro. No podemos perder esos momentos sintiéndonos mal por lo que tiene que pasar. Vivamos, Lola, vivamos lo que podamos sin pensar en nada más. Sigue haciendo planes para nuestro hijo, no pienses en que yo no voy a estar. Quiero verte reír sin esfuerzo, porque te salga porque te sientes feliz. Pedro me dijo que hiciese aquello que realmente quería hacer y no había hecho. Ser feliz contigo, eso es lo que quiero. Y supongo que es lo que tú deseas.

«Hay mucha gente que muere de pronto por un infarto o lo que sea. Y estaban esperando al año siguiente para hacer cualquier cosa, porque sus ocupaciones no les permitían hacerlo en ese momento. Se quedaron sin hacerlo y puede que muchas de sus ocupaciones fueran innecesarias, que quizá sus compromisos los cumplieran por obligación o por el afán de ganar más dinero, por tener un trabajo más importante porque socialmente es relevante. Dejando a un lado lo que en realidad deseaban. Nosotros tenemos el privilegio de elegir hacer aquello que de verdad queramos, porque lo innecesario no lo vamos a

llevar a cabo. No podemos perder ni un momento en eso. Pasaremos nuestra vida, la que sea, haciendo lo que nos guste, lo que nos haga felices. Te gusta tu trabajo, pues lo haces. A mí me gusta la música, pues tocaré el piano. El concierto que di me dio más emoción que ninguno de los que había dado. Tenemos un jardín precioso, nunca pensé en tenerlo y he trabajado en él, me he cansado pero sintiéndome bien. Y así todo lo que queramos. Haremos una cena o las que quieras, pero no por quedar bien con nuestros amigos, no por eso. Porque queremos disfrutar con ellos ese momento. Mañana subiremos a la ermita, quiero que hablemos los dos con Pedro, por verle, por sentirme bien hablando con él, además, me dijiste que tenías que comentarle de la conferencia esa que organizáis todos los años. Dime algo, estoy hablando mucho.

—Me gusta oírte, tienes música en la voz y en lo que dices. Te quiero, hoy aún no te lo había dicho. No quiero que lo olvides nunca, sobre todo no te olvides cuando ya no estés conmigo.

—Quédate ahí, quietecita, cierra los ojos y escucha, deja que tu alma vuele con la música, deslízate en el aire con las notas, siente, solo siente, mi amor.

Eloy la besa con ternura, le acaricia el pelo, recorre con sus dedos su rostro. Entra en la sala, se sienta al piano y con delicada elegancia y toda su pasión, interpreta a su compositor favorito, Debussy. Suit Bergamasque. Lola, en el jardín, dejándose embriagar. Al sonar Claro de Luna un par de lágrimas descienden por sus mejillas, el Sol la acompaña dándole el calor que necesita. Su rostro relajado, sereno como la música que Eloy le dedica. Plenitud es lo que siente como nunca la ha sentido.

Apenas cambian su vida, excepto en darse más y más amor cada día. Largas charlas con Pedro, con Myriam y Carlos que les visitan, sentados en el pequeño jardín con Lola y escuchando tocar el piano a Eloy. Con Isabel y Jacinto algo sí ha cambiado. A Jacinto le cuesta estar a solas con él. De todos, es el que peor se ha adaptado a convivir con el conocimiento de la realidad. Es un hombre vividor, amigo de la fiesta y del chiste fácil. Poco dado a la meditación. Su alegría por

haber recobrado al amigo de su juventud se ha tornado en rabia sorda, no sabe cómo comportarse, le parece un insulto reír delante de él. No quiere que Isabel organice las cenas como antes, solos los cuatro. Con cualquier pretexto invita a otras parejas, quiere ruido, bullicio que le distraiga. Isabel anda a la greña con él de continuo.

—No me parece lógico tu comportamiento, ellos no hacen ni dicen nada del problema, ¿a qué viene no estar a solas con ellos?

—Déjame en paz Isabel, si somos más gente están más distraídos.

—No necesitan tanta distracción, están bien. Eres tú el que parece que tengas miedo, eso no se contagia.

—Bien, pues sí, tengo miedo, y qué. No es por contagiarme, no soy tan idiota. Me da miedo verle así como si tal cosa. El día que ella se fue me parecía más persona. Ahora es como si no fuera como yo, como siempre ha sido. Siempre le he admirado porque sabía tocar el piano, yo apenas distingo las notas. Pero ahora no parece real, como si ya no fuera de este mundo.

—No digas barbaridades, él trata de vivir lo mejor que puede el tiempo que tiene, si eso es no ser persona ya me dirás qué es. Ya me gustaría a mí, si me pasara eso, poder reaccionar como él. Y como Lola, que mira que hablo con ella y nunca dice nada, yo no pregunto, pero ella tampoco dice, cómo si nada pasara. Sí le noto que su sonrisa no es la que era, y eso que ahora con lo del embarazo está más guapa que nunca, pero tiene ese sello de tristeza, que disimula, pero como sé lo que le pasa lo veo. Me doy cuenta de que tiene más serenidad que nunca, debe de ser que algún santo le da ayuda.

Han decidido casarse por la iglesia, pero con una ceremonia sencilla. En la ermita tiene lugar el acto, al que solo han invitado a los cuatro amigos con sus hijos, la familia de Encarna al completo y dos parejas más amigos de Lola. Pedro actúa como ayudante del párroco, con el petirrojo en el hombro como siempre y vestido para la ocasión con una chilaba azul celeste, por aquello de imitar en algo al párroco que oficia. Han contratado un *catering* para poder comer allí mismo. El día transcurre con aparente alegría, nadie ha derramado ni una lágrima que no fuera de alegría, pues la única que ha llorado ha sido

Encarna, que aún no sabe nada de lo que le pasa a su querido primo. Los demás han aguantado el tipo. Sobre todo Lola y Eloy que la miraba embobado, a dos por tres le besaba la mano sonriendo. Lola, radiante, como si fuera, que lo era, el día más feliz de su vida, aunque al tiempo lleno de infinita tristeza.

Ha aprendido a sobrellevar esa tristeza en el poco tiempo transcurrido. En cierto ella no sabe nada de la enfermedad ni del posible tiempo que le queda, quiso saber y él le negó.

—No cariño, no vamos hablar de eso, tiempo tendrás de todo, ni un minuto tenemos que perder en ello. Ni quiero que le preguntes a Carlos a mis espaldas, le pondrías en un aprieto, puesto que le he prohibido que te diga nada.

Han decidido ir a una playa de viaje, Lola no conoce las islas y a Eloy Ibiza es un lugar que le encantó, cuando por motivos de trabajo hace unos años pasó allí casi todo el verano.

Dos semanas entre Ibiza y Formentera les han llenado el alma de luz y color. Todos los días han podido bañarse en calas de ensueño, han visitado y disfrutado en parajes paradisíacos casi vírgenes. En el cielo se han sentido navegando al amanecer, con el crepúsculo. Recreándose contemplando los fondos marinos, las aguas cristalinas permiten que la mirada llegue en muchos sitios hasta lo más profundo. Han paseado incansables por las arenas blanquecinas. Hoy es el último día que están en Formentera, mañana saldrán en barco hasta Ibiza, para en avión volver a Madrid. Sentados en una roca a la orilla del mar, en una playa que disfrutan en exclusiva. Entre el día apenas hay algún bañista aislado, en estos momentos ellos solos. Lola se estremece.

—¿Tienes frío?

No contesta, recostada contra él no levanta la cabeza, Eloy la aparta para mirarla, las lágrimas se deslizan silenciosas por sus mejillas. Las va secando con sus besos, la congoja de ella aumenta.

—Cariño, ya basta, por favor. Mira, tenemos el mar y esa puesta de sol maravillosa para nosotros solos, es casi pecado que llores en este momento. ¿No te parece maravilloso?

El sol ha anaranjado todo el horizonte como en una explosión, situado en el centro como una diana mucho más clara, les brinda su despedida. Las clarísimas aguas van tornándose oscuras, casi negras, con brillos metalizados. Ni un sonido altera la inmensa paz, apenas el vuelo de alguna gaviota extrañada de que la noche llegue. Eloy no pregunta por qué llora su amada, es más que evidente. Todos estos días han reído, hablado hasta enronquecer, se han amado como si cada día fuera el último. El fin de las vacaciones supone el regreso, el inicio quizá de lo temido. Ella intuye que es el principio del fin y no ha podido reprimir su desaliento.

—Lo siento, ya me estoy calmando, lo siento, cariño.

—Por favor, no te disculpes, soy yo quien te deberé eternamente una disculpa.

Ahora son los dos los que lloran en silencio, abrazados, besándose con desesperación. La noche les llega ya plena, es él quien tiene que armarse de valor y secar sus lágrimas y las de ella con una sonrisa.

—Anda, vamos a comer esos pescaditos asados a la parrilla que tanto te gustan, aunque no sé si debieras, con tanto pescado nos saldrá el niño con ojitos de pez.

La ha hecho reír, medio abrazados avanzan por el paseo de madera de regreso al pequeño hotel en el que tan felices han sido. La Luna les alumbra el camino solo a ellos, que andan despacio con su inmenso amor y su dolor a cuestas.

Al regresar a casa se encuentran con que Carlos y Myriam se han ido de vacaciones, no volverán hasta final de mes. Isabel está en la playa de Alicante con sus hijos y Jacinto va los fines de semana. Así que de alguna manera siguen solos. Encarna no sale de vacaciones, pero este fin de semana van a llevar a los niños a Benidorm.

—Voy a ver a Pedro. ¿Quieres venir?

—No, quiero poner en orden la ropa, ve tú, ya iré otro día, dale recuerdos. Pero mira a ver si vas a volver con todo el calor.

—Comeré con él, bajaré cuando ya no apriete, ¿de verdad no te importa que te deje sola?

—Claro que no, anda, y llévate lo que le hemos comprado.

Pantalón y camisa ibicencos, muy en la línea de Pedro, todo

blanco. Compra pan, carne y plátanos, sabe que le gustan. Echa a andar monte arriba, por la senda que es el camino, que no por el sendero. Lola le ha advertido que ni hablar de subir por el sendero. Aun siendo pronto ya siente el apretón del sol, las chicharras han empezado a cantar, lo cual significa que el día será de alivio. Cuando llega no encuentra a Pedro, sabe donde tiene la llave y entra en el aposento, hojea los libros. Hay una colección de flora y fauna, medicina natural, filosofía, metafísica y novelas. Ya los tiene observados de anteriores visitas pero ahora otro interés ha surgido en él. Se deja caer en el camastro con los ojos cerrados y se queda dormido. Le despierta Pedro con un suave toque en el hombro.

—Está visto que tengo que pillarte dormido si no estoy esperándote.

Se abrazan con afecto. Le encanta lo que le han traído.

—Supongo que lo ha elegido Lola, siempre que va de vacaciones me trae algo, y siempre me gusta. ¿Cómo está? A ti no te pregunto, ya te veo, menudo moreno playero, estás como turista.

—Está bien, bien, sí. Han sido unos días realmente buenos, las islas son preciosas. Y hemos disfrutado de lo lindo. Y, bueno, salvo un rato el último día que ella se derrumbó y yo con ella, hemos estado bien. He venido a comer contigo, he traído un poco de carne. Quería que habláramos a solas. Le he preguntado si quería subir y por suerte tenía trabajo, así que aprovecho.

—Siéntate y cuéntame.

—Estos días hemos tenido tiempo de todo, de hablar y de callar. Hemos andado no sé los kilómetros y en ese tiempo mi cabeza iba dándole vueltas. Ya te he explicado cómo se supone acabaré y no quisiera que fuera así. No ya por mí, que también por supuesto, sino por ella.

Eloy se ha detenido mira de frente a Pedro, siempre lo hace esperando que él le diga.

—Continua.

—Tú llevas años estudiando remedios naturales para la salud y supongo que a la inversa. No quiero, si puede evitarse, llegar al deterioro total.

El rostro de Pedro es impenetrable. Eloy respira hondo, el

petirrojo hace un rato se ha posado en su hombro, le demuestra afecto, lo considera amigo.

—Me has entendido supongo, por si acaso te lo digo con claridad. Quiero que me ayudes a terminar antes de que no sepa o no pueda pedirlo.

—¿Te has notado algún síntoma?

—No, tengo más o menos lo mismo, esa ligera niebla que de tarde en tarde aparece y que fue la causa por la que consulté, nada más. Y eso en realidad ni síntoma lo considero, pues no me molesta para nada. Pero llegarán, Pedro, y cada vez hay menos tiempo por delante. No puedo pedírselo a Carlos, él es médico y tiene que certificar, no sería justo para él ni siquiera comentárselo. ¿Qué me dices?

Pedro se levanta anda unos pasos y vuelve a sentarse, el petirrojo le ha seguido y ahora se posa en su hombro.

—Hace tiempo que vengo pensando en cómo ayudarte. Tengo un preparado para aliviarte dolores y malestares en general. A la vez refuerza el organismo. Eso lo tengo preparado. Lo otro, lo que tú me pides, lo tendría que estudiar detenidamente, he meditado sobre esa posibilidad. No podía hablarte de ello, tenías que ser tú quien, no solo lo pensaras sino que, además, tomaras la decisión de hablar de ello. Es algo en lo que nadie debe influir. La eutanasia activa tiene que ser una decisión totalmente personal del individuo. Nadie tiene derecho a decidir sobre ello. Doy por supuesto que lo has meditado y que Lola no sabe nada, ¿me equivoco?

—No, sí lo he pensado mucho. No puedo ni creo que deba decirle nada a Lola. Cuando me diagnosticaron lo primero que pensé fue en acabar. Tenía pánico al sufrimiento, a verme solo en esas circunstancias. No lo hice y la verdad, no podría decirte si fue por principios o por cobardía. Decidí venir aquí, ya lo sabes, buscando apoyo, un refugio eterno. Pero ahora, pensar en que Lola embarazada o con el niño pequeño, tenga que asumir lo que puede suponer, me angustia, me desespera.

«Hemos hablado de creencias en alguna ocasión. Yo no sé si creía antes en Dios, ni sé si ahora creo pero le invoco con frecuencia, unas veces pidiéndole ayuda, otras dándole gracias por haber encontrado a

Lola y sentir lo que siento. Sé que no es lo que se debe hacer, mi madre diría que es pecado mortal. Pero ¿qué pecado he cometido yo para llegar a esto? Y en el caso de que sí lo haya cometido, que me lo merezca por haber vivido mi vida sin pensar realmente en nadie. Lola no lo merece, ella no debe sufrir más de lo que sufrirá con mi muerte. No es justo que tenga que verme agonizar durante semanas o meses.

—La vida no es justa y puede que en momentos también creamos que tampoco Dios lo es. Yo no creo en que debamos sufrir para pagar culpas sean las que sean. Hay toda clase de teorías y pensamientos que justifican el sufrimiento de una persona y de los que le acompañan. Muchos se basan en que es una forma de purificar las almas para una vida posterior. Pero allá cada cual con sus creencias. Yo, ya te lo he dicho, no encuentro justificación para el malvivir con dolor, llegando a no ser persona, solo un cuerpo. Cuando el cuerpo en realidad no es nada, la esencia del ser es lo que vale, llámalo alma o cómo quieras. ¿Qué sentido tiene la vida humana? Solo uno: ser.

«Claro que podríamos englobar entonces a todos aquellos que por nacimiento o posteriormente no son y ¿qué tendríamos que hacer, acabar con ellos? No, como te he dicho es una decisión del individuo en su ejercicio como ser pensante. Nadie debe tomar esa decisión por otro. Otra cosa es no contribuir con medidas extraordinarias al alargamiento de vidas, eso es otra cuestión, en la que sí debiera poder tomarse decisiones por medio de comités o lo que fuese. Pero en casos como el tuyo, solo tú y nadie más decide, y no creo que tengas que entrar a valorar si mereces ese castigo o lo merece Lola. A fin de cuentas, si crees merecerlo o que lo merezca ella y lo haces, te sentirás aún peor por eludir ese castigo. Si no lo haces te sentirás mal mientras seas capaz de pensar. El pensamiento de alguien en estado idiota, siento ser tan gráfico, nadie sabe en realidad si existe. Claro que hay muestras de actividad o no del cerebro. Pero acaso, el ser ¿es el cerebro? Hay mucho por saber, la ignorancia es infinita sobre todo de la esencia del ser humano, del ser que somos cada cual. Tenemos tiempo, por esta vez sí utilizo la palabra tiempo, como ves. Lo estudiaré y mientras tú sigue viviendo sin pensar en más. Puedes seguir en esa opinión o cambiarla, puede ocurrir que cuando se

acerque la hora tengas otro pensamiento, la esperanza es lo último que se pierde.

—Pedro, me preocupa si puedo causarte problemas si llegaras a hacerlo.

—Nada debe preocuparte, únicamente el saber lo que quieres de verdad. El resto no te importe. Aun en el supuesto de que definitivamente lo decides y hubiese algún problema posterior, poco probable, a mí me trae sin cuidado, estoy por encima de banalidades.

—Podrías ir a la cárcel.

Pedro se echa a reír.

—No, tranquilo que eso no ocurrirá. Dirán que estoy loco y me encerrarán en una loquera. Lo cual me permitiría cambiar mis estudios de la flora y la fauna por los de la naturaleza humana, mucho más interesante. Nada, eso no tiene ninguna importancia. Piensa en qué quieres hacer y nada más. El resto corre de mi cuenta. Ahora comamos o esa carne se echará a perder.

Cuando llega a casa ya a media tarde, va tranquilo, como siempre que habla con Pedro. Lleva un bote de madera con las hierbas que le ha dado, tiene que tomar una infusión por las mañanas en ayunas.

—Mira, Pedro quiere que me tome esto, dice que con el calor debo tomar algo que me ayude.

—Claro que sí, él sabe un montón de esas cosas, pero te encuentras bien ¿verdad?

—Por supuesto, pero me ha dicho que como ahora tengo más desgaste, por lo de ser un hombre casado.

Ríe haciéndole un guiño.

—Pero ¿qué le has contado?

—Nada mujer, tranquila, que esas cosas son para nosotros. Pero ten en cuenta que él además de ermitaño es hombre, imagina cómo andamos.

—Anda que, ¡a saber qué has dicho! Desde luego no vuelvo a dejarte subir solo, ahora con qué cara le miro yo.

—Con esa preciosidad que tienes. Por cierto, le ha encantado el regalo.

La vida sigue, han vuelto todos, se acercan las fiestas y está

preparando el concierto asistido por Luis. Siente hervir la sangre de contento. Lola lleva el embarazo muy bien, le sienta de maravilla estar embarazada. Mimosa hasta la extenuación con Eloy, que tiene que pararla de cuando en cuando pues se deshace en atenciones hacia él.

—¿Qué haces?

—Las rosquillas que te gustan.

—Pero si venden en el horno, ¿por qué tienes que hacer tanto trabajo?

—Dijiste que te gustaban más las mías.

—Y así es, pero cariño no paras, estás de vacaciones, dentro de nada tienes que volver a dar clase y apenas descansas.

—Me gusta hacerlo, me derrito cuando te las veo comer, así que deja que las haga. Anda, toca un poquito para mí que últimamente me tienes abandonada, solo te preocupa el bruto de Jacinto, y eso que está hecho un burro.

—Sí, es verdad, no sé qué le pasa. Habla sin mirar a la cara y dando voces, la otra noche cuando vinieron, Isabel estaba hasta nerviosa. ¿Te ha contado algo ella, tienen algún problema?

—No, tengo por norma no preguntar. Si me cuentan atiendo y digo lo que pienso les pueda ayudar, pero no pregunto. Igual es que está nervioso porque ahora siendo las fiestas, ya ves la cantidad de gente que anda por el pueblo. Y con lo del concierto en la plaza es todo más complicado. ¿Sonará bien allí?

—Sí, hice unas pruebas de sonido el otro día y la verdad es que no será como en el auditorio, pero si la gente está callada se oirá bien. El problema es la gente, habrá mucho crío y es imposible que no hagan ruido. De todas formas él no se ocupa de nada, es Luis el que lo lleva todo, yo ni le veo. Bueno, ¿puedo coger una, tienen una pinta estupenda?

—Sí, pero ve con cuidado que están calientes. ¿Te pongo una copita de Resolí fresquito?

—Sí, si te sientas y tomas tú también.

Estando en ello llega Carlos, que se une a la improvisada merienda. Luego salen al jardín y pasan el resto de la tarde en animada conversación los tres. Es por la noche cuando ella se sienta al

fresco y él toca sonata piano nº 23 de Beethoven. Como siempre que toca para ella, cierra los ojos y deja la mente en blanco, se deja llevar en el espacio que crea la música, viajando, sintiendo. Y como siempre, un par de lágrimas resbalan por su rostro. Está serena, ha logrado sentir sin pensar, lo mismo que hace él al interpretar.

La plaza a reventar, Luis ha dispuesto un grupo de jóvenes que se encargan de mantener el orden y el silencio. Sobre una tarima está el piano delante del ayuntamiento. Vestido esta vez con su traje gris, el mismo que se puso para la boda, no tiene otro. Interpreta con más pasión si cabe que en el anterior un repertorio muy variado, capaz de agradar a la multitud que se ha congregado. Ninguna pieza triste, la parte clásica la reduce solo a los tiempos más populares o a los allegros. Esta vez no hay cena posterior, tras los saludos de rigor ha podido escaparse. Con Lola cogida de su brazo van andando a casa, definitivamente viven ya en la casa de él.

—Ha sido muy bonito, cariño, y la gente se la veía a gusto. ¿Qué te decía Jacinto?

—Nada, me daba las gracias, sigo viéndolo raro, como si no fuera el Jacinto que conozco. Isabel como siempre, pero él, no sé qué pensar. Le cuesta hablar conmigo. En fin, ya se le pasará lo que sea. Estaba muy ocupado en atender a todo el mundo, se le veía nervioso.

Lola no le dice que Isabel ha hablado con ella, le ha contado de Jacinto, que está alterado desde que supo lo de la enfermedad. Que duerme mal y está con ganas de pelea a todas horas. Le ha pedido disculpas por no verse con la misma frecuencia que antes. Desde que lo conoce, Lola le ha oído hablar de Eloy, presumía de ser su amigo. Contaba anécdotas de cuando eran críos, de jóvenes. Por Encarna estaba enterado de donde estaba tocando, aparte de llamarle él mismo de cuando en cuando, de alguna manera era su ídolo. Al volver creció su admiración, ahora le supone una tortura su presencia. Eloy representa ahora la muerte, algo en lo que él nunca ha querido pensar y que no sabe cómo enfrentar. El hecho de ver a su amigo tratando de vivir como si nada ocurriese le solivianta, pues no es capaz de estar a la altura de la situación.

Siempre ha tratado de ir escalando puestos en la vida, consiguió casarse con la rica del pueblo y la más guapa. Se metió en política por lo que pudiese suponer ser el alcalde. Logró hacerse con el cien por ciento del aserradero que heredó de su padre, quien lo tenía en sociedad con otro. Sus objetivos en la vida han ido cumpliéndose, ahora su amigo Eloy, el Pianista, llegaba para darle un empujón a otro nivel. Y de pronto tiene que afrontar una realidad que no le va a reportar nada, al contrario, le produce malestar y desasosiego. Definitivamente se ha apartado de él como si fuera la peste.

El curso ha comenzado y con él otro ritmo en sus vidas. Apenas falta un mes para el nacimiento de su hijo, que ya saben es niño. Eloy siente una desazón que le resulta muy difícil de disimular con Lola. Su refugio siguen siendo sus amigos, Pedro y Carlos, a Jacinto no le ve, ni tampoco a Isabel, ya no alternan con ellos. Hoy sube a la ermita, es su ruta de paseo y Carlos ha decidido acompañarle. Allí están los tres, sentados al fresco contemplando la maravillosa panorámica, Eloy les dice de su inquietud.

—Pero vamos a ver, es normal que estés nervioso, todos lo estamos cuando va a nacer un hijo. No sé qué tiene eso de especial, no tienes que imaginar nada más, te toca estar así.

—Ya, Carlos, pero es diferente, sí ya sé que no tengo experiencia en esto de los hijos y puede que tengas razón. Tengo miedo, esa es la palabra, miedo de no verle nacer.

—Siento recordarte que no será tan rápido, de momento sigues bien, podemos pensar incluso en que está parado. Verás nacer a tu hijo, puedes estar seguro.

—¿Puede eso saberse de alguna manera? Quiero decir que, para él sería bueno, tranquilizador, el saber que estaba parado o que el proceso de desarrollo es más lento.

—Puedo pedirle una resonancia pero, Pedro, en el estadio que lo tiene son imposibles las mejorías. Lo que quieras Eloy, si quieres que la hagamos yo mismo te llevo un día, lo hablo antes y vamos, en un rato está hecho.

—No quiero saber más, además, tendría que explicarle a Lola y no es momento de preocuparla, ya lo está bastante. No sé la pobre cómo

no pierde la sonrisa, teniendo el parto ahí ya y lo mío siempre presente.

—Venga, Eloy no vas precisamente ahora que Lola te necesita más a dejarte vencer, por cierto ¿ya habéis elegido el nombre?

Pedro ha dado un giro a la conversación, ve a su amigo más abatido de lo normal, intenta que recobre la ilusión que este tiempo le ha mantenido vivo.

—Lola no está decidida, tiene cinco o seis en mente, el que ella quiera.

—Lo digo porque ya tengo la cuna hecha y quería grabarlo en la cabecera.

—¿Entonces nos la vas a enseñar o qué?

—De eso nada, es un regalo especial para el niño, la veréis cuando esté terminada, así que le dices que me diga el nombre, en cuanto lo tenga puesto os la mandaré. Entonces la veréis.

Una semana después la cuna está terminada, Venancio sube a por ella y tanto Lola como Eloy quedan con la boca abierta. Pedro ha hecho un trabajo perfecto. Pintada en azul claro con dibujos de animalitos de colores, con cajones en la parte inferior, incluso con cambiador. Lola está como loca, de inmediato se ha puesto a vestirla. Eloy, sentado en la cama, la contempla extasiado andar de aquí para allá.

—Trae el osito de peluche, lo pondré encima, es preciosa. Mira que dudé cuando me propuso el hacerla, creí que haría algo más rústico. Es divina. ¿No vas a decir nada?

—Sí, me tienes encantado viéndote, has venido diciendo que estabas cansada y ahora te falta nada para dar saltos. Me pregunto qué harás cuando tengas al niño dentro de ella.

—Contemplarlo hasta que me duelan los ojos, aún no me lo creo a pesar de llevarlo dentro.

Se ha sentado en la cama a su lado, Eloy le acaricia el vientre y ella lo acaricia a él como si fuera el niño.

—Lo único que lamento de llevar tanta tripa, es que no puedo abrazarte a gusto, me siento tan feliz cariño y…

No acaba la frase, las lágrimas surgen mientras besa la cabeza de

Eloy, que no la levanta de su vientre porque no vea las de él.

Ha llegado el día, como él no conduce, es Myriam la que los lleva al hospital. Está descontrolado, tembloroso. Cuando coge a su hijo en brazos rompe a llorar como en la vida lo ha hecho, tienen que quitárselo por temor a que le caiga. Lola, aún doliente, extiende los brazos hacia él, y en ellos se refugia perdido el control por completo. La llegada de Carlos con Encarna e Isabel les obliga a reprimir la fortísima emoción que sienten. Myriam a duras penas ha podido contener el llanto, aprovecha para salir con la excusa de que hay mucha gente en la habitación. Carlos ha ido tras ella.

—¿Qué pasa, qué ha ocurrido?

—Nada, nada que Eloy se ha descontrolado y… Nunca he sentido tanta alegría con el nacimiento de un niño no siendo nuestro y tanto dolor al tiempo. Verlos me ha partido el corazón. ¡Dios mío, Carlos! Qué pena deben de sentir.

—Y alegría cariño, una alegría inmensa. Con lo que tiene es un milagro que aún esté vivo y bien, aunque no sé por qué, algo me dice que no tardará en declinar.

—Por favor, Carlos, no digas eso.

—Tenemos que estar preparados Myriam. Lola nos necesitará a todos para superarlo. La fuerza que la ha mantenido este tiempo se irá con él. Y mucho me temo que no va a poder contar con Isabel, ha venido casi obligada. Encarna, con toda la ilusión, ha ido a llamarla para venir. No puedo entenderlo, Jacinto y ella eran los amigos de toda la vida, ahora se han apartado como si fuera un apestado. Solo lo han utilizado porque a Jacinto le interesaba presumir de pianista ante los del partido.

—Deja eso, no le des vueltas. La gente tiene miedo de la muerte, tú la respetas pero no la temes y me has enseñado a mí a pensar igual. Esa es la diferencia entre ellos y nosotros. Creo que Isabel no se acerca más a Lola porque está avergonzada por el comportamiento de Jacinto. Anda, volvamos dentro, ya me he tranquilizado ¿Has visto al niño?

—Apenas, te he visto como ibas y he salido botado.

Cuatro días después, Myriam les lleva a casa. Encarna se ha

encargado de tenerlo todo a punto. Les ha hecho comida y ha encendido el fuego. Eloy la abraza con fuerza.

—Eres una madraza, deberías haber tenido una docena de niños, trae a los pequeños para que vean a mi hijo.

—Hoy no, Lola necesita descansar, ya vendrán mañana. ¿Qué has comido estos días? Te veo más delgado y ojeroso. ¿No duerme bien Rodrigo?

—Sí, pero cada tres horas hay que darle de comer, y claro, no descansas.

—Bueno, ahora ya estáis en casa, tú no te preocupes de nada, yo vendré y haré la comida. He buscado a una mujer para la limpieza.

—Encarna, yo puedo cocinar, no sé mucho pero lo suficiente para salir del paso sí.

—Eloy no me discutas, ya está decidido. Lola necesita dedicarse al niño y recuperarse, tú con ella en lo que haga falta. Además, tendrás que preparar el concierto, ¿no ibas a dar otro en Navidad?

—No me ha dicho nada Jacinto, así que de momento no tengo trabajo.

—Me da lo mismo, cuida de Lola. Ahora me voy, volveré mañana, si me necesitas me llamas.

—Gracias, Encarna, no sé cómo podré pagarte tus desvelos.

—Oye, de gracias nada, ¿somos o no somos? Somos, así que no hay más que hablar, y haz el favor de comer.

Los dos sentados junto a la cuna, abrazados, contemplando al niño. Él la besa despacio.

—Siendo niño tiene que parecerse a ti, pero el pelito parece rubio, ¿es así, o es porque es tan pequeño?

Lola ríe acariciándolo con ternura inmensa.

—Es que está pelón, ya le crecerá. Creo que será moreno, como tú, un poquito más guapo que tú porque algo mío tiene, creo yo.

—Quiero que en cuanto sea posible lo bajemos a la sala, tengo que tocar el piano para él.

—Lo harás, cariño, lo harás, claro que sí, y seguro que le gusta escuchar a su papá.

Ninguno de los dos sigue hablando, un nudo en sus gargantas se lo

impide, conscientes de que sus momentos tienden hacia el final. Hace días que Eloy se engancha algo al hablar. Nadie ha hecho comentario, excepto Encarna que lo achacó al nerviosismo de tener al niño. Pedro baja cada dos o tres días a visitarles. Carlos y Myriam lo hacen a diario, y por supuesto Encarna, aunque ella sigue sin saber.

Hoy ha tocado el piano para Rodrigo, han llorado los tres, aunque el niño al final ha prestado atención al sonido casi celestial que su padre interpretaba mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas al compás de la música. Ha llegado Pedro unos instantes después y aún les ha cogido con la congoja.

—¿Qué hacéis, regar a vuestro hijo por ver si crece deprisa?

—Es que he tocado para él, anda vamos a la cocina y prepararemos la merienda mientras Lola le da el pecho. Tengo que decirte, estoy teniendo algún mareo y la niebla viene y va cuando le da la gana.

—¿Le has comentado a Carlos?

—No, tú eres al primero que se lo digo, a Lola no quiero decirle mientras pueda disimularlo.

—Lola será la primera en darse cuenta, otra cosa es que te diga que lo ha notado, lo más probable es que no te diga nada.

—Quisiera pasar la Navidad bien, no son fechas para recordar malas cosas.

—Las recordará aunque la pases bien. Todas las fechas que tengan algún significado especial, serán también singulares para recordar. Es así como ocurre. Y en ello está la grandeza del amor, recordando seguimos amando, aun sabiendo que nos produce dolor. Un rayo de sol, un pájaro que se detiene en la ventana, serán motivos para que Lola te recuerde. Cuanto más aquellos momentos íntimos o aquellos compartidos con otros en que fuisteis felices. Pero eso no debe entristecerte, al contrario, siéntelo como una prueba más de amor, disfrútalo. Porque ella aunque sufra querrá sentirlo. Es ese punto masoquista e inexplicable que tiene el ser humano en su entrega. No, no sufras por su sufrir, es la mayor prueba de amor que puede darte cuando ya no estés. La vida irá aliviando su sufrimiento, atenuando la pasión que por ti siente, dejando un rescoldo que perdurará durante toda su existencia. Da gracias a Dios o a quien quieras, por haber

tenido la suerte de que alguien sufra por ti cuando ya no estés aquí, eso es una bendición. Y no solo Lola, otros también sufriremos. Amigo, Dios está contigo cuando alguien llora por ti. Procura en la medida que puedas mantener la calma. Todo es más sencillo cuando lo aceptamos.

Igual que siempre, las palabras de Pedro son como el sol de la mañana en invierno, un suave calor reconfortante. Eloy está sereno, mirando al petirrojo que acaba de posarse en su brazo, que lo descansa indolente sobre la mesa. Una laxitud le invade, y le hace gesto a Pedro de ir a la sala. Se sienta al piano y el Concierto de Aranjuez suena llenando la casa de paz serena. Lola ha acudido y se sienta en la mecedora, al lado del piano, como hacía su madre, como antes hizo la abuela Priscila. Eloy no piensa, siente, siente la presencia de las tres mujeres que han significado en su vida, la que más, ahí la tiene sonriendo, por más que lágrimas de sangre llore en sus adentros.

Ha pasado la Navidad, los síntomas van apareciendo y ya no puede disimularlos. Hoy es el cumpleaños de Lola, salvo las rosas nunca le ha regalado nada, ni siquiera cuando se casaron. Le pidió a Myriam que le comprara un detalle, un colgante con un pequeño brillante. Se ha levantado antes que ella y ha preparado el desayuno, por fortuna las manos aún las maneja bien, a pesar de la niebla que enturbia su mirar. Sube la bandeja con cierta dificultad, pues le cuesta subir las escaleras, y la despierta con un beso y una rosa pequeña en su mano, la primera que ha brotado ya en el pequeño rosal del invernadero.

—Buenos días, princesa, felicidades.

Ella, con su sonrisa que cada día es más constante y más triste, le echa los brazos al cuello y le besa con toda pasión.

—Gracias, cariño, es preciosa.

—Solo te he regalado rosas, pero hoy tengo algo más. Lo ha elegido Myriam, espero que te guste.

Le encanta por lo que es, por lo que significa, por todo lo que siente y no dice por no llorar porque él no la vea y sufra. Le llena de besos, de arrullos. La primavera que aunque cercana aún no ha llegado es sustituida por el estallido de pasión y ternura que les une,

la celebración íntima de ese cumpleaños que no volverán a celebrar, los dos lo saben, los dos lo olvidan por unos instantes y viven su amor como la primera vez o quizá como la última.

Semanas más tarde, y sin fiesta especial, han bautizado a su hijo. Rodrigo le han puesto de nombre. Pedro ha acudido y Carlos con Myriam. Venancio, Miguel, Encarna, las gemelas y el travieso Tono han puesto una nota vivaz al acto. Encarna sigue sin saber, le ha dicho que tiene un fuerte resfriado que le ha dejado debilitado, no quiere que su prima sufra antes de tiempo.

Su último acto social culmina esa misma tarde, tocando el piano para los que quiere y le quieren, sonriendo tranquilo, sintiendo la música como nunca. Pedro no ha traído hoy al petirrojo.

Cuando Lola despierta por la mañana, Eloy no está en la cama. Baja a la sala y allí está sentado en el sillón, le dice, no contesta. Ha muerto.

Al entierro acude todo el pueblo, Jacinto como alcalde, no como amigo, no supo o no quiso al final serlo.

Han pasado los meses, Lola ha vuelto al trabajo en la escuela. Lleva a Rodrigo con ella, lo deja en la guardería, comen todos los días en casa de Encarna, que la tiene ahora como si hija fuera. Su vida vuelve a ser casi la misma de antes de conocer a Eloy, salvo que ahora ya no está vacía, la llena su hijo y el recuerdo del que ha sido el amor de su vida.

Carlos sube a la ermita, Pedro lleva tiempo esperando que lo haga, aunque ni una palabra le dijo, pero tenía la seguridad de que pronto o más tarde acudiría.

—Buenas tardes, Pedro ¿cómo te va?

—Como siempre, Carlos, en paz con Dios y con el mundo. Espero que a ti te vaya igual.

—Casi igual, casi, Pedro.

Se sientan a la puerta de la ermita contemplando florecer la vida en el verde intenso de los pinos, en los pájaros que alzan el vuelo y descienden para verlos. Carlos enciende la pipa en silencio, carraspea antes de hablar.

—Quisiera que me aliviaras el casi si puedes hacerlo.

—Si lo crees necesario, puedo hacerlo.

—Tengo que hablarlo, quizá no deba, pero tengo que hablar de ello. Lo hubiese hecho yo, pero no me lo pidió.

—No quiso comprometerte dada tu profesión, tampoco sabía tu opinión al respecto ni quería saberla por si fuera contraria.

—Fuera de mi familia nunca me llenó nadie como él lo hizo, no sé lo que tenía, quizás era su música. Antes no me gustaba, ahora la escucho a diario. ¿Por qué no trajiste al petirrojo ese día?

—¿Eso es lo que más te preocupa?

—Desde que te conozco siempre lo has llevado en el hombro, incluso a los conciertos lo llevaste. Me extrañó, eso fue lo único que me dio la pista. Hiciste un buen trabajo.

—Procuro hacer bien las cosas, así me enseñaron, aunque antes de poco me sirvió. Eso ha sido lo mejor que he hecho en mi vida. ¿Te pareció mal?

—No, ya te he dicho que lo hubiese hecho yo de habérmelo pedido. No has contestado a mi pregunta, ¿por qué no lo trajiste?

—Manías de viejo ermitaño loco. No quise que supiera, por si no lo entendía. Hablo con él, le explico las cosas, comprende. Pero él era su amigo, le quería, a veces el amor te ciega y no te deja hacer lo debido. Por eso no lo llevé, por si no lo entendía.

—¿Me explicarás algún día cómo lo hiciste?

—No, no debo, y tú no debes ni querer saberlo, tienes tu medicina. Actúa conforme a ella, tal cual has hecho toda tu vida. Eloy te quería, como a mí. Pasó la vida deslizándose por el teclado, amando solo al piano. Vino aquí para morir y vivió más que en toda su vida junta. Amó lo que nunca había amado, vivió, amigo Carlos, vivió y murió feliz.

Guardan silencio los dos, el trinar de los pájaros va silenciándose, el sol retirándose sin premura. La paz reina en el lugar y en los dos amigos de Eloy, el Pianista.

Carlos ha terminado su pipa, se levanta para irse, extiende su mano y el petirrojo se posa en ella, Pedro sonríe.

—Te acaba de hacer su amigo, yo hace tiempo que así te considero, vuelve cuando quieras. ¿Te vas casi en paz como viniste?

—No, me voy en paz con Dios, con el mundo y contigo. Gracias, volveré, yo también me considero tu amigo.

Al bajar al pueblo pasa por casa de Eloy, aún la llama así, siempre lo hará. Myriam está allí con Lola. De Isabel ya ni se acuerdan, solo la ven por la calle como a cualquier otra.

—¿Qué tal está Pedro?

—Bien, como siempre. ¿Y Rodrigo?

—Durmiendo como un bendito, me alegro que visites a Pedro, debe de echar mucho de menos a Eloy.

—Todos le echamos de menos. Querida Lola, tú tienes la suerte de tener a su hijo, tienes con él su música. Porque eso era el Pianista, música, y la música nunca muere ni se olvida.

Cuando se marchan, Lola pone un CD de Eloy, se sienta en la mecedora al lado del piano y cierra los ojos, su hijo entre los brazos dormido, apoyado sobre su corazón. Suena Balladae de Chopin. Sin darse ni cuenta musita la poesía que le surge desde dentro, desde lo más profundo, no de su corazón, de sus entrañas.

En la penumbra en que quedó mi alma,
escuché los sones que desde el más allá
tú me mandabas.
Cerré los ojos y me dejé inundar,
viajé por el sentir de los acordes.
Y como siempre que tú tocabas,
dos lágrimas resbalaron por mi cara.
En paz mi alma se llenó de luz,
la misma que tenías tú,
cuando el piano tocabas.

6 de junio 2008

Victoria Roch (La Pobla de Vallbona, Valencia, 1953)
Es autora entre otras de las siguiente novelas que puedes encontrar en Amazon

Alexandra Rey de Suecia
Tango
La Casa Maldita
Dos Mujeres
Jubilada
Locura del Vivir
Liliana y Da Vinci
Cuéntamelo
Conversando
Sin Nombre
Mi Deuda con Senegal
La Saga de los Aura
Justicia Maggie
Mirando al Mar
Lazos de Latón
Perdiendo el Tiempo
Atila
Las Modistillas
Lucubraciones de un solitario en una noche de insomnio
La Reina de la noche Romana
¿Cuándo duermen las Hormigas?
La Caja de Zapatos
Golondrinas Verdes
Jacaranda